

PQ
8497
S245
C67
1989


UNIVERSITY OF ARIZONA
39001029338947



Luis Alberto Sánchez

EL CORONEL

mosca azul editores



Digitized by the Internet Archive
in 2024

<https://archive.org/details/elcoronel0000luis>

Luis Alberto Sánchez

EL CORONEL

PQ
8497
S245
C67
1989



mosca azul editores

Primera edición
Lima, 1989

©

Mosca Azul Editores
Conquistadores 1130, San Isidro

Capítulo I

"EL CORONEL"

Don Mariano José Vergara, es decir, el señor coronel de ese nombre, era ya un anciano. Sin embargo, se conservaba y lucía juvenil. De corta estatura, muy blanca la tez, finas las manos, de porte atlético, escaso pelo canoso que se le enroscaba sobre las sienes; imperiosa la mirada aunque fatigados los párpados; la voz de mando empobrecida a veces por una tosecilla impertinente y vejatoria, el señor coronel don Mariano José Vergara se había erguido de su butacón de baqueta y tendió la mano al comandante.

—Lo felicito, señor coronel—dijo don Mariano José con altivo acento—pero me duele que ya no podré tenerlo en mi lista como hasta ahora. Un coronel no puede ser ayudante sino de un general.

—Perdón mi coronel—interrumpió Chaves—precisamente he venido a pedirle que me respalde en mi solicitud a la Superioridad para seguir sirviendo a sus órdenes; será un gran honor para mí.

Don Mariano José Vergara parpadeó emocionado; apretó vigorosamente la mano del flamante coronel y le dijo: —Yo jamás me hubiera atrevido a semejante paso sin su consentimiento. Es mucha honra para un hombre como yo.

El coronel Chaves, trajeado aún de comandante, con sus cinco galones en la bocamanga y cinco estrellitas doradas sobre los hombros, se irguió en actitud de "Firmes" ante su antiguo

jefe. Chaves era alto, robusto; los ojos bajo las pobladas cejas negras, miraban con agresiva atención. Usaba una corta y poblada barbilla, una barba de comandante, sólo que la de Vergara estaba nevada y la de Chaves estaba azabache.

-¿Y cuándo hacen efectivo su ascenso, coronel Chaves?

-A partir del próximo primero de febrero, señor.

-¿Y por qué la demora? ¡Estos burócratas; esperar tres meses!

- Señor, parece que es el reglamento.

-Ya lo sé, hay que cumplirlo.....lo cual no impide que sea un disparate.....demasiado largo el noviazgo.

El comandante Chaves hizo una venia de asentimiento y pidió permiso para retirarse.

-No señor coronel; si no le quito mucho tiempo hágame el favor de tomar asiento y bebamos una copa a su salud.

Chaves acercó un sillón de terciopelo y brindaron por el ascenso.

Don Mariano José se acomodó en su histórico sillón de baqueta. Después se pusieron de pie; el coronel Vergara asió el brazo del comandante Chaves y se encontraron en un amplio corredor. El piso era de vidrio grueso para dar luz al piso de abajo; una ventana abierta hacia el norte dejaba entrar luz y aire; estaban muy cerca del medio día y era noviembre. Un gato siamés, verdaderamente bello, se restregaba en las piernas del coronel Vergara, mirando con fogosos ojos al comandante Chaves. Del fondo de la casa brotaba una cálida voz femenina, cantando pasillos tropicales. El ordenanza del coronel apareció con un azafate en el que había una botella y tres copas.

-Está bien Eusebio; no tardará en llegar el coronel Alcázar; estuvo bajo mis órdenes; Ud. lo conoce coronel Chaves.

-Sí, somos amigos, a pesar de que él es coronel y arequipeño

-El coronel Vergara dejó escapar una risita cómplice, por entre sus bigotes y su pera.

-Yo también soy medio arequipeño, Chaves; ¿me alcanza su reparo?

-No señor; usted me conoce y es un honor para mí estar en Lima; cierto que ha estado usted de guarnición en Arequipa y que empezó su carrera en la batalla de Cerro Alto, pero.....pero eso le sucedió por estar con cuzqueñas.

-Yo también estuve en Cuzco y en Iquitos, pero no soy cuzqueño ni characato.

El coronel Chaves, siempre bien compuesto y muy erguido, miraba descuidadamente en torno suyo recorriendo con la mirada todos los recovecos de la cama y sus ornamentos, casi todos con un penetrante aroma a historia y a leyenda. Era en realidad, la primera vez que tenía la oportunidad de visitar en detalle esa parte de la mansión de los Vergara.

El coronel, don Mariano José, como interpretando el silencio del comandante Chaves, exclamó:

-Es curioso comandante, digo coronel. Hace un año que tengo la satisfacción de contar con su importante colaboración y, sin embargo, nunca hubo la oportunidad de que yo tuviera el honor de albergarlo, aunque fuera sólo por pocos minutos en esta su casa. Hemos ido y venido al Tribunal Superior; hemos leído y releído allá expedientes; tomábamos el té diariamente en la oficina y nos despedíamos siempre en la puerta. Temo haber sido demasiado seco; ojalá usted me comprenda.

El coronel Chaves hizo una venia y se llevó ligeramente la diestra a la sien.

-Mi coronel, no tiene usted nada de qué disculparse. Para mí ha sido y es usted un jefe perfecto. He aprendido mucho a su lado.

El coronel Vergara interrumpió a su interlocutor:

-Sabe usted, comandante Chaves; yo no soy de los que confunden a un edecán con un ordenanza, ni a un comandante con un edecán. Un edecán, la palabra lo dice: **aide de camp**, o sea ayudante de campo; colabora con su superior, mas no le sirve de criado ni de conserje. Usted es un oficial superior y, hasta cierto punto, un letrado; su tarea en la paz es de carácter

intelectual. Además, el padre de usted fue amigo de mi padre. El suyo tenía su casa en la calle de El Gallo, cerca de San Francisco, la calle de Los Zapateros; de veras, siento orgullo de eso. Desempeñaba una función administrativa en la Estación de Desamparados y, a pocos metros de distancia. Eran dos trabajadores.

El comandante Chaves, en lenguaje lacónico, acertó a decir: –Los Vergara y los Chaves muchas veces coincidimos en nuestros usos, en la guerra y en la paz.

–Así es y así será –sentenció don Mariano José.

El ordenanza del coronel, el cabo Pastrana, cuadrándose militarmente, interrumpió el coloquio.

–Mi coronel, el coronel Alcázar ha telefonado avisando que no le será posible venir esta noche. La señorita Esther me encargó decir que iría con la niña Carlita al cine-teatro.

El coronel Chaves tendió la mano a Vergara y, saludándolo disciplinadamente según el reglamento, se despidió.

–Mi coronel, ojalá la Superioridad me conceda seguir en algún servicio con usted; quisiera seguir aprendiendo.

Don Mariano José sacudió la diestra del coronel.

–Espero que la Providencia y la Superioridad le escuchen. Cabo Pastrana: acompañe al señor coronel hasta la puerta y espere el regreso de la señorita y la niña que han salido.

–Aunque no las conozco, mi coronel, le ruego ponerme a los pies de sus señoritas hijas.

El coronel, Mariano José Vergara, de pie, acompañó con la mirada al comandante Chaves hasta que éste salió de la casa.

Al volver a la sala tuvo un sobresalto: Esther y Carlita lo esperaban muertas de risa.

– Pero, ¿no habían ido ustedes al cine?

–No papá; es que la visita demoraba mucho y, ese comandante Chaves tiene facha de malo –dijo Carlita.

El coronel levantó ambas manos meneando la cabeza y sofocando la risa.

Capítulo II

ORO Y GUALDA

El coronel, don Mariano José Vergara y Rey, rodeado el cuello por una amplia y blanca servilleta, montados los espejuelos sobre la poderosa nariz, sorbía con deleite las últimas cucharadas de su chupe. El potaje olía a selva, a mar, a costa. Frente a él hacía lo suyo su hija Lola, la afrancesada. Más allá, una adolescente de labios abultados, acompañaba al coronel.

Si alguien hubiera sido llamado a ordenar por años la mesa del almuerzo del coronel Mariano José Vergara, habría sentenciado secamente: 70, 45, 40, 10. En efecto, las tres hermanas se diferían: entre poco, Lola y Esther pero, en cuanto a Carla o "Chiquita", según la llamaban, ésta podría ser hija de cualquiera de las otras dos y nieta de su padre. El coronel, algo cegatón, desdeñó un trozo de corvina que olía a milagro, y prefirió secamente una rebanada de cerdo asado, trascendente a comino, pimienta y un poquitín de ajo, y se sirvió una buena ración de ensalada. La lechuga verde y fresca sobresalía del plato. El coronel Vergara engulló con sabiduría y deleite su bocado y lo hizo parsimoniosamente. Chiquita, algo cohibida, hacía señas a Esther indicándole una fuente de arroz con leche. Esther, con un guiño, le dijo que esperara. Lola, con arte, en su francés decía:

– C'est délicieux.

– No te entiendo –gruñó el coronel– ¿qué dices?

Lola intervino: –Que está delicioso, papá.

El comedor era amplio y adusto. La mesa, de varias tablas móviles, podía adaptarse para seis o dieciocho comensales. Era una mesa de nogal tallada, con robustas patas aleonadas. Las butacas tenían alto respaldo y anchos brazos. El coronel ocupaba la testera de la mesa. Tras él se veía un opaco óleo que representaba una naturaleza muerta; la firma parecía decir "Merino". En la pared de enfrente, otro óleo considerable de amena figura. No se distinguía la firma pero el cuadro era de una exquisitez de maestro. Por la ventana de la derecha se filtraba el reflejo de un sol todavía pálido. Vibraban sordamente los cubiertos sobre los platos de porcelana del Buen Retiro.

El coronel tomó un sorbo de vino.

—Este vino es del compadre Serpa, de Lurín o Huaura ¿o me equivoço?

No te equivocas papá, pero sólo a ti te gusta.

—Y a ustedes, ¿qué les gusta?

Lola saltó a la palestra.

—Oh, un Beaujolais, un chateau Margot, papá; lo traen desde Francia y lo venden en la calle Divorciadas.

—¿Y cuántos francos cuesta, querida?

Lola fingió no haber oído.

La criada, una española rubia, de buen porte, risa fácil y boca sumida, se acercó con una fuente humeante y olorosa.

—Qué buen olor, es de maíz morado —exclamó don Mariano José, mirando con cierta gula el recipiente de mazamorra morada.

—Ten cuidado Marina, parece que la fuente está despostillada.

—Claro que debe tener cuidado; este juego de porcelana del Buen Retiro vale tanto como la Sevres o de Sajonia —exclamó el coronel Vergara.

—No exageres papá. Entre un Buen Retiro y un Sevres hay la misma distancia que entre un cuchillo de cocina y una espada de Toledo —protestó Lola, la afrancesada.

Chiquita prefirió hundir la cabeza en su porción de mazamorra morada, y engullirla.

—¿Te gusta, eh, Chiquita?

—Sí Esther, me gusta mucho y a ti, no te cae mal; si no, te velamos.

—Eso no se dice Carla, gruñó el viejo coronel empuñando la cuchara como si fuera un estilete.

Chiquita se puso colorada; miró de reojo a Lola y apresuró su regalado yantar.

Marina puso una tetera humeante sobre la mesa; la flanqueó con cuatro tazas, una azucarera y su correspondiente cucharón de plata.

El coronel había concluido su postre. Esther se adelantó a servir el té. Apenas se hubo terminado aquel rito el coronel, quitándose la servilleta que le colgaba el cuello y arrimando su butaca para salir adelante, hizo una inclinación de cabeza y dijo casi entre dientes:

—Alabado sea Dios; gracias Dios mío.

—Amén —vibró la juvenil voz de Chiquita.

El coronel Vergara salió a la antesala y se aprestó a dar vueltas a la manivela del teléfono colocado en la pared. Lola canturreaba una canción alsaciana; Esther, se hundió en el dormitorio y se tendió desmayadamente sobre la cama. Chiquita partió en busca de más postre.

—Aló, sí, habla el coronel Mariano José; quiero hablar con mi hermano, el coronel Pedro José. ¿Comó? Ah, eres tú....

—¿Teresa?, Bueno, ¿cómo están tus hermanas?. Apenas vuelva el coronel Pedro José dile que me llame; necesito hablar con él.

Lola salió al paso: —Aquí no se habla sino de coroneles y con coroneles. ¡Qué tortura!

Esther, desde su cuarto, recogió el comentario:

—Si lo dices por mi coronel Alcázar estás perdida; yo no me casaré nunca con un coronel; esperaré a que sea General o celebridad.

Don Mariano José había oído la exclamación de Esther.

—Eres una mentecata. Generales son muy pocos los coroneles son muchos y representan lo más característico del Ejército.

El coronel Alcázar abandonó su hogar para unirse al coronel Cáceres en la campaña de La Breña. El coronel Fuentes dejó su estudio de abogado para unirse al coronel Cáceres. El hijo del Presidente Prado, Leoncio, fue coronel en Cuba y fue fusilado por los chilenos siendo coronel. El coronel Soyer fue un combatiente en la guerra. El coronel Sarmiento es la mejor cabeza del Ejército. El General Muñiz fue coronel hasta hace pocos años. Mi padre, tu abuelo, fue coronel del general Castilla.

Esther soltó una risa cantarina y coqueta –¿Debo entender papá que quieres que me case con el coronel Alcázar?.

–Yo no soy alca.....celestina de nadie y menos de mis hijas pero, si quieres aceptar un consejo, no te cases con militar aunque sea general. Tu madre, que Dios tenga en la gloria, me repetía: “Si yo hubiera sabido lo que es casarse con un militar, no te habría hecho caso”. Y tenía razón. Los militares mandan muy poco, debemos obedecer. Mi pobre mujer, que tuvo el ejemplo de su padre, otro coronel, sufrió desde la primera noche de nuestro matrimonio. Ese día estalló un levantamiento contra el Mariscal Castilla, y yo tuve que salir en campaña.

Chiquita cruzó de puntillas la salita. Un ronquido intermitente anunció que Esther yacía entregada a los brazos de Morfeo, en el delicioso disfrute de su siesta de mediodía. Lola apareció en la sala y dijo:

– C’ est

–Deja de cotorrear ese franchute inferior que apenas dominas– dijo con sorna don Mariano José.

–Oh, la, la. Te dio con el poeta: “Par delicatesse j’ai perdi ma vie.”

Capítulo III

EL PELIGRO DE LAS MASAS

El coronel Chaves, sentado en el puesto de lustrabotas de la plazoleta de Santo Domingo, leía tranquilamente "El Comercio". El lustrador, un zambo quimboso y latero, cepillaba con frenesí los botines del coronel. De vez en cuando, los rociaba con agua y seguía en su cepillamiento. El coronel dejaba que el lustrador dirigiera sus pies como si fuesen los de un maniquí.

En el campanario de Santo Domingo sonaron varias campanadas. El coronel miró su reloj pulsera y, apartando a un lado "El Comercio", ordenó al lustrador: -Yo le dije que no disponía de más de diez minutos -y concluyó-: ¿cuánto es?

En esos felices días una "lustrada" de zapatos costaba sólo diez centavos. El coronel los pagó y abandonó el asiento. En ese preciso momento salía la concurrencia de la misa de once. El coronel tenía una cita en el Palacio a las once y media.

La puerta lateral del templo dio paso a una señora o señorita, tal vez cuarentona o algo más, y a una mozuela alegre y desenvuelta que apenas llegaría a los doce, según las peculiaridades de la ropa y ya no tanto por la expresión juguetona de su cara y de sus ademanes. La dama miró al coronel, ya erguido al filo de la acera, y sonrió; la chica estuvo a punto de esbozar un saludo. El coronel hizo una venia y quedóse mirando a la pareja que se alejaba por la calle de El Correo, atravesando la calzada y entraba a la botica del frente.

El coronel miró su reloj: las once y cinco. Tenía tiempo. Se

adelantó lentamente y emprendió la persecución de las dos mujeres por el Portal de Escribanos, ya en el centro. Cuando ellas se detuvieron en una puerta y traspusieron su umbral, el coronel se dio cuenta de que entraban en la casa del coronel don Mariano José Vergara y que, por consiguiente, pertenecían a la familia. El asunto se hizo más claro cuando una de ellas, tocada con mantilla de encaje y vestida de oscuro, dio rápidamente una ojeada a la calle y se sumergió de nuevo en el zaguán. Era Lola, que penetró enseguida a la casa.

Chaves se llevó la mano al kepís para saludar, pero la aparición de Lola fue tan veloz que no llegó a terminar su saludo. Habría querido acercarse a ella más, el inflexible reloj pulsera (novedad en esos días), marcó las once y quince. A grandes trancos dio media vuelta para encaminarse a Palacio. Traspuso la Puerta de Honor accesante; eran las once y treinta y dos; estaba con dos minutos de retraso. ¡Qué sacrilegio!

Lola Vergara y "Chiquita" entretanto, conversaban animadamente con Esther.

—Oye, ese intruso nos ha seguido desde la Iglesia. Yo le observé varias veces por el reflejo de los escaparates y algunas reojeadas sabias. Pero, no nos quitaba los ojos y, ¿sabes?, es muy guapo, es todo un hombre, un hombre "charmant".

Esther escuchaba sonriendo levemente.

—Chiquita, anda a vestirte de casa. Dentro de poco almorzaremos. Chiquita se alejó sin chistar.

—Mira Lola, yo te conozco muy bien. Nos conocemos, como conocíamos a nuestra finada Madre Matilde que, realmente, murió de amor. Yo te conozcotienes un fantasma admirador y eres una fantasiosa derrochadora. Te entusiasmas por un amorío y te entregas y sufres, y nos haces sufrir, sobre todo a papá.

—¿Y tú qué haces, chérie? —interrumpió Lola.

—Yo también me entusiasmo pero me contengo. Ya ves, al coronel Alcázar es el único enamorado y, aunque tengo debilidades, no le permito el uso del "tú" en público ni me escapo con él. Además, estoy harta de coroneles y de que nos busquen por

nuestro grado, nuestra posible autoridad y, porque al fin y al cabo, somos alguien, somos los Vergara de Pontolillo, aristócratas sin dinero pero con tradición, finura y nombre.

—Yo sé que esto es así; coqueteo, cierto, no lo puedo evitar. Así es como gustamos a los hombres; también ellos son de mi gusto, pero me contengo. Una cita aquí y punto. Tú no; tú eres una apasionada; tú te entregas. ¡Uf!, ya ves lo que ha sucedido y que no debe suceder de nuevo. Yo te conozco hermanita. Cuando hablas de Francia estás hablando de un amor imposible.

— ¡Jalouse!

—Déjate del francés; habla en castellano. ¿Cómo le vas a decir al coronel Chaves en francés?.

— Así, ya lo dijiste: “Charmant”.

—Pues bien, sí es encantador; ya veo.

Chiquita ya se había cambiado de ropa, colgando cuidadosamente la de paseo; se acercó furtivamente a Esther y mirando atentamente en derredor, cuchicheó:

—Esther, el coronel buenmozo nos ha seguido desde la Iglesia sin saber quiénes somos; no nos saludó, pero Lola, ¡ay, que no lo sepa!, Lola le hizo, creo, que un guiño; le sonrió y volteaba la cabeza; y él, entonces, empezó a seguirnos hasta que llegamos aquí. ¿Qué le pasa a Lola?. El coronel buenmozo es más joven; no sabemos si tiene familia.

Esther hizo callar con un gesto a Chiquita: —Esas no son cosas tuyas ni de tu edad. Lola sabe lo que hace. Pero no te alarmes; el coronel buenmozo sabe quiénes somos y es amigo de papá.

—¿Y si Lola le insinúa algo al comandante Cháves?

—Lo recibiremos como a un amigo; tranquilízate.

Marina tocó la puerta con los nudillos: —Señorita, ya el señor está en el antecomedor. Pregunta por usted un tanto malhumorado. Parece que alguien ha indagado por ustedes; no sé por quién.

—Gracias Marina. Debe haber sido un error. Chiquita, vamos al comedor....Marina avísele a la señorita Lola que el señor la espera en la mesa.

El coronel don Mariano José Vergara, vestido de color plomo, sin corbata, con un "cache-nez" en torno del cuello, saludó: —Vaya, vaya; por fin llegaron. Ah, un malcriado, de voz muy fuerte, acaba de llamar por teléfono y ha preguntado por la señorita Vergara. Yo le pregunté, cuál, y cortó la comunicación. ¿A nadie le remuerde la conciencia?

Chiquita estaba roja. El coronel Vergara añadió: —No Carlita, no me refiero a ti, tú eres todavía una niña. Tus hermanas mayores deben ser las buscadas por ese malcriado.

Tomaron asiento en torno de la mesa; quedaba una silla vacía frente al coronel.

Marina —dijo Esther— saca la silla de ahí.

—Parecería que tenía dueño. Yo avisé a tu hermano Luis José, que llegó anoche de Chile, pero seguramente no ha podido venir.

Marina depositó la silla nuevamente en su lugar; trajo dos fuentes: una sopera humeante y la otra, con un trozo de carne sancochada, con yucas, papas, coles, zanahorias y camotes. —El cocido está a punto —dijo Marina con su gracioso y cortés acento madrileño.

—Cocido no, Marina, sancochado limeño.

—Perdón, el nombre es diferente.

—Claro, en España usan garbanzos, chorizos, carne de cerdo, carne de pollo, de res, y no utilizan la yuca, ni la papa ni el camote.

Chiquita dijo: —Marina, por favor, que me frían toda mi porción. No resisto la carne sancochada.

Marina iba y venía como una lanzadera.

Llamaron a la puerta. Marina fue a ver quién era. Taconeando firmemente, abrió. Era Luis José. Familiarmente, dio un pellizco suave a Marina. Entró y besó la frente de su padre; luego besó a Lola y a Esther y, cuando llegó a Chiquita, la abrazó cariñosamente y besándola en la mejilla le dijo: —El regalo es

sólo para ti. Demoré donde Broggi. Estos pasteles son tu postre. Si quieres les invitas o te los comes solita.

—Cosa rara —exclamó Esther—. Sabes papá, en esta mesa sólo habemos civiles. Y miró a Lola que sonrió enigmáticamente.

Luis José era un hombre joven, de unos treinta o algo más. Muy acicalado; llevaba un bigotillo corto, negro y algo así áspero. Estaba recién afeitado; olía a colonia de Atkinson y a jabón Reuter. El coronel tuvo que soportar un desigual duelo entre el Gerlain de Lola, por un lado y el Reuter del recién llegado, más los efluvios de Coty de Esther y el Agua de Lavanda de Chiquita. Luis José siguió con atención los movimientos de Marina. Esta, muy señorita, atendía a cada uno.

—¿Cómo te ha ido en tu viaje?

—La verdad es que lo he pasado muy bien. Santiago es una ciudad menos pretenciosa que Lima, pero más limpia y ordenada; su calle principal, la de Ahumada, es tan angosta como Mercaderes, pero la gente camina con más orden. Una librería, la de un tal Nascimento, que se acaba de inaugurar, me hizo recordar la de Rosay y, la confitería Lucerna me hizo pensar en el Palais Concert, aunque más pequeña. La Alameda de las Delicias es muy larga y bastante ancha; espero que así sea ya la de La Colmena.

El coronel Vergara escuchaba atentamente mientras saboreaba el succulento caldo del sancochado y comía un trozo de papa.

—Espero que también no te hayan dado cuartel las chilenas.

—Sí papá, me alojé en el Hotel Savoy, en plena calle Ahumada. Allí iban a tomar el té muy lindas chicas, muy “dijes”.

—¿Eso qué es?

—Muy elegantes; como un dije o una alhaja. Iban solas.

—¿Solas?

—Sí, y a veces con sus pololos o enamorados. De veras que son muy dijés y muy elegantes, a pesar de los..... tobillos.

—¿Qué pasó con los tobillos?

—Un poco gruesos; pero qué ojos, qué acento, qué gracia...

Lola, instintivamente escondió las piernas sintiéndose

aludida con eso de los tobillos gruesos. Chiquita devoraba su sancochado frito. Esther se disponía a servir los "huevos a la nieve", blancas espumas sobre dulce de leche; claras batidas, azúcar, clavo de olor.

La conversación se volvió más pragmática:

—Papá, en Santiago tenemos parientes. Los Vergara de allá quisieran que yo fuera a trabajar a Valparaíso.

—¿Tú qué piensas?— preguntó con súbita gravedad Mariano José.

—Tranquilízate. Alégrate, dije que no. En el fondo, pese a gentilezas y amabilidades, siempre siente uno algo; no sé qué. Algo que le recuerda la guerra; y han pasado treinta años de la paz en Europa.

—Europa es Europa y América es América; y el Perú es el Perú —atajó briosamente el coronel.

Esther hizo un guiño a su hermano. Marina sirvió el té al final del almuerzo. Luis José miró de soslayo las pantorrillas de Marina. Chiquita, que se dio cuenta de ello, preguntó en forma natural:

—Luis José ¿se te ha perdido algo bajo de la mesa?

Marina se alejaba llevando los platos.

Luis José respondió: —No se me ha perdido nada. ¿Y a ti, no se te ha perdido la buena educación?

Chiquita se ruborizó más de ira que de vergüenza.

En el reloj de péndulo, ya sin cu-cú, dio las dos de la tarde. Había demorado excesivamente el almuerzo.

Capítulo IV

LOS CORONELES Y EL GENERAL

El coronel Chaves, muy tieso, muy marcial, a grandes y sonoras zancadas, llegó a la puerta principal del Palacio de Gobierno. El centinela le dio la voz de "alto" y llamó al cabo de guardia. Adelante surgió un teniente de gendarmes, con sus vivos en la chaqueta, y se cuadró ante el coronel.

–Su nombre.....señor?

–Soy el coronel Chaves y estoy invitado por el General Ministro de Guerra y Marina.

El teniente consultó una pequeña lista que tenía en la mano y saludando al coronel, llevó la diestra a la visera –Pase usted, mi coronel.

El coronel Chaves entró al patio principal después de trasponer el zaguán de la guardia. Como era febrero y medio día, el sol ardía. Prácticamente el patio estaba desierto. A la derecha se movilizaban cuatro o seis personas en la Dirección del Tesoro y la Caja Fiscal; a la izquierda se veían algunos guardias. Junto a la Caja Fiscal se hallaba el Ministerio de Guerra y Marina. El centinela se llevó el arma al hombro haciendo resonar los tacones al juntarlos.

El coronel Chaves se llevó ligeramente la mano a la sien derecha y saludó. En la antesala estaban, en plena charla, antiguos compañeros suyos: el coronel Balta, experto en Infantería

y hombre de prestigio; el coronel Alvarez, a quien se apostaba como futuro general de Brigada; el coronel Alcázar, amigo de Vergara y miembro del Club al que pertenecía el general; el coronel Gonzales, señor feudal del Regimiento número 9; el coronel Soyer, adornado con una barbiche negra y Jefe de la Caballería de la Escuela Militar; el coronel Duthúrburu, de comprobada cultura cívico-castrense; el coronel Sarmiento, uno de los conductores de la Infantería; el coronel Pérez; el coronel Vallejo; el coronel Samaniego; el coronel Sanabria, y veinte más.

Cuando entró Chaves, varios se volvieron a él y otros le volvieron la espalda. El coronel Chaves saludó cortésmente. Minutos después, hizo su entrada el Jefe de Estado Mayor, el coronel Benavides. Era un hombre joven, de ojos saltones, gesto duro, bigote negro, ligeramente calvo, sacando pecho para disimular la estatura modesta. Al verlo, todos se volvieron a él para saludarlo. El respondía con cierto aire de superioridad. El grupo llegaba a una cincuentena de coroneles.

Por la puerta del fondo apareció el comandante Sucre y, juntando los talones, con voz tonante anunció: —El señor general y Ministro de Guerra y Marina.

Entró a la sala un hombre flaco, alto y pálido; tenía el cabello ralo y gris; el bigote también había encanecido. Dio unos pasos hacia adelante y se detuvo. El primero en saludarlo fue el coronel Benavides; luego, el coronel Chaves. El Ministro parecía no oír bien; se inclinaba ostensiblemente para escuchar las palabras de sus coroneles. Después de que lo hubieron saludado, siempre de pie, dijo a sus compañeros de armas: —Señores coroneles, agradezco su presencia. Los he hecho venir por orden superior. —El general Ministro se interrumpió—: Comandante, sírvase cerrar todas las puertas—. Los he convocado para comunicarles la situación política y los deberes del Ejército.

—Comandante, sírvase usted salir también.

Durante hora y media discutieron los coroneles con el general ministro la situación. El Presidente, en abierta pugna

con el Congreso, insistía en desobedecerlo, lo cual acarrearía una guerra civil, teniendo al pueblo exacerbado.

Los diputados se habían pronunciado contra el gobierno. Se iba a clausurar los diarios de oposición. El Ejército debía respetar y hacer respetar la Constitución y, al mismo tiempo, no podía pronunciarse.

—Qué lástima que no está con nosotros el general Muñiz.

—Es verdad, sería una voz importante —exclamó el coronel Puente, alto y de pelo castaño.

De todo lo dicho, el coronel Chaves sacó una conclusión concreta: El ministro entendía que su deber era ser fiel al Presidente; el Jefe de Estado Mayor creía más en el Congreso.

El Jefe de Estado Mayor se despidió rápidamente y partió en su auto en compañía del coronel Ballesteros. Antes de partir llamó al coronel Chaves y, al estrecharle la mano, le susurró algunas palabras. Chaves asintió con un movimiento de cabeza. El general ministro se había retirado ya a su despacho. El coronel Puente, alto, de nariz perfilada, fue uno de los últimos en llegar y en salir.

—Qué diferencias las que nos han marcado las guerras, —exclamó dirigiéndose a Chaves—. En primer lugar, no tenemos sino unos pocos generales. Nadie alcanza a usar la pluma blanca y mucho menos la roja. Muñiz ha sido el primer coronel de la Ayudantina de Cáceres que tiene el grado de general de Brigada. Los otros son de la antigua Escuela, la de la Guerra del Pacífico. El ministro es otro de los generales de la Guerra y de la Coalición.

Chaves asintió.

—Es cierto. Cáceres fue coronel hasta que sacó a Iglesias, y sólo entonces se hizo general.

El coronel Sarmiento se acercó a la pareja de coroneles que pasaba, los coroneles Puente y Chaves.

—Realmente —dijo (como si hubiese escuchado la conversación anterior)— ahora sólo hay cuatro generales: dos de la Guerra del Pacífico, que son los generales Cáceres y Canevaro, y dos de la generación siguiente: Muñiz y Eléspuru; además, los

de la campaña de La Breña. Luego, en la época de Cáceres, Morales Bermúdez, que representa la promoción de los franceses.

En la guerra todos eran coroneles: Cáceres, Canevaro, Bolognesi, Leoncio Prado; los demás eran comandantes. Los franceses y los peruanos no pasaban del grado de coronel, Chaves concluyó, despidiéndose de sus colegas. —Todavía no ha pasado la era de los coroneles; debemos iniciar la de los generales.

Poco más tarde, secreteaba un grupo de coroneles, almorzando en el Hotel Maury. El problema era difícil: si se apoyaba al Congreso contra el Presidente, sin que se haya producido un solo acto contra el Parlamento, se estaría contra la Constitución; si se esperaba que se realice la disolución del Parlamento, que es inconstitucional, y se apoya al Ejecutivo, también se estaría contra la Constitución.

El coronel Chaves recibió un llamado telefónico y luego, llegó un Oficial-ayudante a conferenciar con él.

—Señores, mi opinión es muy simple. Para solucionar este impase, nos queda a nosotros, los soldados, sin alternativa, no actuar contra la Constitución. Por tanto, nuestro Jefe debe ser el Jefe de Estado Mayor. Si éste actúa como tal, podría ser un sedicioso, y ya que el Ministro es fiel al Ejecutivo, podría darse el caso de una renuncia del Jefe de Estado Mayor. Gobernaremos siempre con todos los partidos, en cuyo caso tendríamos que prescindir del Presidente y reforzar el Parlamento pero, habría una Junta de Gobierno presidida por uno de nosotros e integrada por representantes de todos los partidos.

—¿Y qué haremos con la mayoría parlamentaria que respalda al Presidente?

Hubo un largo silencio. Uno de los coroneles razonó: —O los convencemos o, tendría que ser neutralizada.

—¿Cómo? Hubo otro largo silencio.

Caía la tarde.

Capítulo V

ESTRATEGIAS Y AMORES

El coronel Alcázar, una vez concluida la reunión en Palacio, enderezó sus pasos hacia la casa del coronel Vergara, en compañía del coronel Chaves, y cogiendo del brazo a éste, le dijo:

–Estimado colega: estoy obligado a dar cuenta de este acontecimiento al señor coronel Vergara a quien estoy ligado desde que yo era recluta y cadete y él era mi capitán.

–Si usted no le teme a nada, me agradería ir en su compañía; usted representaría otro tipo de coroneles y el coronel Vergara estimará en mucho la lealtad de usted.

–Perdón, señor coronel, pero yo considero que ésta ha sido una reunión reservada.

–Claro que sí, pero no para coroneles como mi Jefe, que ha sido también comandante del general-Ministro.

El coronel Chaves frunció el ceño y, después de un minuto de reflexión, contestó secamente: –De acuerdo.

* * *

Esther acudió al llamado del timbre, ya que Marina estaba de asueto.

–Perdonen señores la demora, pero la mucama no está. (Se reúne con su marido una vez por semana fuera de aquí). Pasen por favor.

El coronel Vergara, con una gorra escocesa y un paletó militar cubriéndole las espaldas, daba vueltas en su escritorio. Parecía preocupado por algo. Al oír la voz de sus colegas, se detuvo frente al retrato de su abuelo, el médico, se quitó la gorra y metió los brazos en las mangas del paletó.

Esther, risueña y sonrosada, anunció:

—Papá, te buscan tus dos coroneles: el coronel Alcázar y el coronel Chaves.

El oír estos nombres, hubo un gritito de ahogado en la pieza vecina, y se cerró la puerta de comunicación. Esther salió del escritorio.

En su dormitorio, Lola había sacado toda la batería de su tocador, pinturas y aderezos faciales —“Mon maquillage, oh Dieu”—. Esther, que tenía que cumplir las obligaciones de la ausente Marina, entró como un tifón en el tocador de su hermana, donde Lola se daba los últimos retoques.

—Me parece estar en la clase de pintura de Teófilo Castillo en el Museo de Historia del Paseo Colón. ¡Qué palabra tan estu-penda! Uy, uy, uy, carmín, bermellón, azul cielo, verde inglés, negro humo, azul para la cuenca de los ojos. ¿Acaso con eso te verás mejor?

—Métete en tus cosas. Yo hago lo que me da la gana y tú Chiquita, no te metas en cosas de mayores. Esther tiene la culpa porque te malcría. Sal de aquí.

Chiquita estaba furiosa y salió. Luego, acudió a Esther: —¿Quién es el visitante?. Porque Lola ha echado mano a todos sus coloretos y afeites de Coty y de Guerlain.

—Vienen a visitar a papá.

Esther movió dubitativamente la cabeza. Se dirigió después al cuarto-tocador, en donde Lola preparaba su arrogante emporio.

—Lola, Chiquita.....

—No me hables de esa mocosa atrevida.....

—Pues, sí te voy a hablar de ella y de ti. No conviene despertar en ella sospecha alguna ni que te deje de respetar. Tú sabes lo que debes hacer; no se va a repetir aquello. Mamá ya no

está con nosotros, está en el cielo y desde allí puede hacer poco, pero no podemos usar de ella. Tú me entiendes. Ya estamos vejanconas. Yo sigo con el coronel; fue un error pero ya está hecho y no lo voy a agarrar con cosas raras. Le he dicho que sólo nos casaremos cuando él sea general.

—¡Estoy harta de coroneles.....Y de los hombres.....papá es un santo.....tú sabes lo demás!

—Déjate de sermones, yo sé lo que hago y, en cuanto a sentirme vejancona, eso es asunto tuyo no mío. ¡Voilà: les jeux sont faits! Voy a acabar de arreglarme y saldré a atender a los visitantes.

Esther se detuvo mirándola y luego, con un mohín, salió cerrando la puerta tras de sí.

El coronel Vergara escuchaba atentamente el relato de los coroneles. Subrepticamente, se había introducido su hijo José Luis, muy repuesto y apuesto.

—Por lo que ustedes me cuentan, estamos de nuevo como hace treinta años. La última vez que tuvimos que hacer frente a una guerra civil, no tuvimos sino un general y muchos coroneles, inclusive improvisados, y los civiles nos ganaron la partida. Los tiempos han cambiado. Ya no hay caudillos sino reglamentos.

La conversación se hizo agitada, casi violenta entre los tres coroneles, presididos por el viejo y noble coronel Vergara. Se repitieron las tesis de la reunión realizada en el Palacio de Gobierno y prosiguieron con la conversación íntima con el Jefe de Estado Mayor. En realidad, no había escapatoria. El Ejército tenía que violar la Constitución bien fuese que tomara el camino "A" o bien que siguiese el camino "B".

Si sostenía la autoridad presidencial, estaba obligado a desconocer la del Parlamento; y, si seguía el camino "B", tendría que defender la integridad del Parlamento a costa de derrocar al Presidente de la República. No cabían términos medios.

El coronel Vergara escuchaba con las cejas fruncidas y

agarrándose el labio superior con la diestra. El coronel Chaves fue más explícito:

—Una revolución sin coroneles no tendrá nunca éxito. Los generales.....;son los generales!. No tienen contacto directo con la tropa y viven más cerca de los funcionarios políticos; los coroneles somos la suprema autoridad de mando frente a la tropa. Vea usted, mi coronel Vergara: en la guerra con Chile, Leoncio Prado y Francisco Bolognesi fueron coroneles; y lo fue también Cáceres, ahora Mariscal. Los generales fueron cuestionados: A Prado y a Buendía se los llenó de improperios. Ahora, esto que va a suceder mañana o pasado, será obra de coroneles, y el general que quiera intervenir estará de sobra.

El coronel Alcázar interrumpió: —El “Sordo” Varela es Ministro y es general.

El coronel Chaves terminó: —Todos lo respetamos.

El coronel Vergara acotó: —¿Y si todos lo respetan, por qué no siguen su consejo?. Y, volviéndose a su hijo Luis José le dijo: —Luis José, perdona que te invite a salir pero esto es cuestión de militares y no de civiles.

Luis José pidió excusas, se levantó y salió de la habitación.

—Coronel Vergara —dijo el coronel Chaves—, agradecemos su celo por la independencia de nuestra conversación absolutamente castrense; sin embargo, tratándose de su hijo y nieto de militares, por mi parte, no encuentro negativa la presencia de su hijo Luis José.

Don Mariano José cortó la palabra al coronel Chaves con un vehemente: —Muchas gracias coronel; se ve que es usted de la cepa de los auténticos hombres de guerra y de la patria. Continuemos.

El coronel Vergara, enardecido por los recuerdos de ayer y las responsabilidades de mañana, no tuvo empacho para despedir, con cierta energía, a Lola cuando ésta, muy pintada y perfumada, apareció ofreciendo, en un azafate, una botella de jerez y cuatro largas copas de Baccarat.

—Hija, pon ese azafate sobre la mesa; estamos hablando de cosas de varones.

El coronel Chaves se adelantó a recibir el azafate. Lola le sonrió inefablemente, mirándolo a los ojos.

El coronel Vergara hizo una acotación.

—Observen ustedes que cuando nuestro general Cáceres derrocó al general Iglesias por haber hecho éste la paz con Chile en base a pérdida de territorio, no ascendió a sus coroneles. A los cuatro años de gobierno, dejó la Presidencia a un coronel, a Remigio Morales Bermúdez; éste murió en la Presidencia. El Segundo Vicepresidente era el coronel Justiniano Borgoño. El general cometió el error de nombrar Primer Vicepresidente al civil Pedro Alejandrino del Solar y, se provocó la unión de los partidarios de éste por Piérola. El coronel Borgoño presidió una rara elección de Cáceres, y le entregó el mando. Piérola se abstuvo de titularse general en la guerra civil del 95; sus hombres fueron todos nombrados coroneles: el coronel Augusto Durand, el coronel Felipe Oré; el coronel Hildebrando Fuentes; el coronel Leoncio Lanfranco. El generalato estaba vedado; lo contrario de lo ocurrido en la revolución mexicana en que todos resultaban generales.

Hubo una pausa.

Luis José, que permanecía junto a su padre, observó a Lola que había regresado, en sus arrumacos al coronel Chaves; salió bruscamente de su rincón, empuñó el azafate y con una sonrisa helada dijo a su hermana:

—Lolita, “ma cher souer”; estamos en una reunión de caballeros, de militares; los oídos femeninos no están hechos para este tipo de tertulias. Gracias por tu fineza pero yo los voy a atender, si me lo permites.....¿D’acord, mon cherie?

Lola miró a su hermano con ojos chispeantes mas, con exquisita cortesía exclamó: —Tienes razón hermanito ahora me retiro y a ustedes señores, mis excusas por esta nueva interrupción.

El coronel Vergara, después de saborear el aperitivo, concluyó diciendo: —Temo, señores coroneles, que estando en el comienzo del camino de la mexicanización, vayamos a crear

generales a porrillo. Por ahora, Cáceres el héroe; Canevaro, Eléspuru y Muñiz. ¿Cuántos se olvidaron?

—Oh, olvidaba a Varela que está de Ministro. En realidad, once generales de los cuales sólo tres están en actividad. Aunque los generales no van al retiro, los otros ocho están en suspenso.

El coronel Alcázar dio un salto.

—Perdone señor coronel; propongo un brindis por el heroico argentino, abogado en su país, general en el nuestro, compañero de Bolognesi en Arica y, que hoy preside a la Argentina; por Roque Sáenz Peña.

Los tres coroneles y Luis José levantaron sus copas. Chiquita, atraída por el vozarrón del coronel Alcázar, como si fisgoneara por el filo de la puerta y, aplicando como si fuera un festejo, gritó entusiasmada: —¡Viva la Argentina!

La familia de los Vergara provenía de España, de la región de Castilla la Vieja. Era gente de llanura y del interior, de la sierra de Guadarrama. No influían en ellos ni la molicie de Andalucía, ni la sequedad de los vascos. Eran castellanos que buscaban mejoría económica y mejor trato de la naturaleza; se embarcaron hacia América allá por la mitad del Siglo XVIII.

Don José Pepe Vergara y Vergara tenía entonces alrededor de cuarenta años o algo más. Era duro para el trabajo, terco para el debate, decidido para la revolución y leal a su Rey. Esto último lo movió, sin duda, a solicitar plaza en el Ejército del Virrey, que lo era el ilustre Gil de Taboada y Lemos. Por esos tiempos, había aparecido un periódico bisemanal que hizo recordar a don José Pepe, las gacetas de Madrid. Era un cuadernillo lleno de envidia, titulado **Mercurio Peruano**.

Don José Pepe, convertido ya en sargento Vergara, lo leía con provecho y fruición. Como había llegado soltero, a pesar de su madurez, no tardó en liarse en amoríos con una bella limeña, de pergaminos en nobleza y gracia, doña Manuela Rosa. Al casarse, el sargento se convirtió en Alférez y en parte principal de un título de Marqués que, por no pagar los impuestos respectivos, lo llevaba con parquedad y hasta en secreto.

El alférez Vergara ascendió pronto. Ya habían empezado las hostilidades con los patriotas de la vecindad. Lo malo es que doña Manuela Rosa, por origen y trato, era amiga de algunos terratenientes: el Conde de Baquíjano, el chachapoyano Rodríguez de Mendoza, el arequipeño Luna Pizarro; el otuzqueño Sánchez Carrión; toda la fauna patriota del Perú inquieta y lectora de los enciclopedistas franceses.

Don José Pepe, ya de comandante, tomó parte, bajo las órdenes del general Joaquín de la Pezuela y Sánchez, en la triple victoria de Villauma, Aychuma y Vilcapuquio; y cuando Pezuela fue nombrado Virrey, resultó personaje palatino y de consejo. Allí contrajo matrimonio con doña Manuela Rosa; nacieron varios hijos, uno de ellos hacia 1820, en vísperas de la llegada de las huestes del general argentino San Martín.

Fue el futuro coronel Vergara y Pontolillo el que ingresó al ejército hacia 1844, bajo las órdenes del áspero e irónico coronel Ramón Castilla y Marquezado, oriundo de la región meridional y pampera de Tarapacá. El coronel, después general, Presidente y Mariscal, Castilla, protegió ampliamente al coronel Vergara y Pontolillo.

A don José Pepe le encantaba leer. Como hablaba francés, fruto natural de su situación cultural en España, era un devoto de la Gran Enciclopedia y, a pesar de la censura eclesiástica y la real, había devorado sigilosamente *La Pucalle* y el *Zadig*, de Voltaire, y algo de sus *Cartas Filosóficas*; *El Contrato Social* de Rousseau y, *La Enciclopedia* de Diderot; también, algo del herético barón D'Holbach.

Este hombre era de fuerte carácter; más organizado que sus enemigos y amigos; tuvo así la oportunidad de relacionarse con "Cachabotas" como apodaban a Castilla sus enemigos.

También conoció a Bartolomé Herrera que, por ese tiempo, andaba predicando su teoría sobre la soberanía de la inteligencia, que el ejército aceptaba a regañadientes, aunque las fuerzas del general Vivanco, adverso a Castilla, aplaudían la tesis de Herrera calificada de *ultramontana* por sus contrarios. Vivanco, a quien Castilla venciera en la batalla del Carmen Alto, era

adicto al arte y la fineza, tanto en sus lecturas como en su trato y en su atavío.

El coronel Vergara, el segundo coronel Vergara, fue hombre de acción aunque fino y leído. Como se sabe, hablaba el francés y pudo aprovechar la cercanía al Mariscal y Presidente Gamarra para leer obras galas: el *Gil Blas de Santillana*, que el Presidente poseía en una linda edición francesa del año 1800.

El segundo coronel Vergara casi casó con una señorita de noble alcurnia. Rivalizó, al parecer, con el buenmozo coronel Althaus, codiciado por las damas, admirado por sus colegas, celebrado por la inquieta Flora Tristán y padre del poeta Clemente Althaus.

De ese matrimonio nacieron don Mariano José y don Pedro José Vergara, ambos coroneles, ambos casados con damas del Sur y, ambos admiradores del coronel Cáceres, sus seguidores y luego, fervorosos partidarios del general Cáceres cuando éste se entregó a la política, dejando las batallas por la Patria.

El coronel Mariano José casó con una dama arequipeña, Claudia Moscoso. El coronel Pedro José, con una dama del Cuzco, doña Clarita de la Parra, Condesa y propietaria de una pequeña hacienda. Fueron hijos de este matrimonio, Félix José, el mayorazgo, que se casó con doña Josefa de Bolívar; Luis José, alto funcionario en un Ministerio de Lima; después, Lola, soltera, apasionada y afrancesada; luego, doña Esther, hermana traviesa y fina y, al cabo de los años, Carla o Chiquita, brote súbito e inesperado, cuyo nacimiento permaneció en discretas sombras durante los primeros diez años de su nacimiento. Después surgió convertida en una belleza, corriendo, saltando.

El coronel Pedro José, como su hermano Mariano José, cultivaron la amistad de frailes y militares. Los domingos, de mañana, ambas casas eran lugar de tremendos conversatorios, donde algún Obispo de brillante oratoria y también brillante conversación, intervenía; también, frailes lectores de diversas Ordenes, especialmente dominicos y mercedarios.

Por las tardes y las noches, la tertulia era de coroneles y de religiosos y de algunos comandantes retirados. Tanto los hijos

de Mariano José como los de Pedro José, utilizaban los domingos para altos menesteres de la inteligencia y enredadas discusiones sobre teología, política y arte culinario.

Fray Benvenuto de Tordesillas y el bravo coronel Fulgencio Bravo de Rueda, sin saber cómo, poseían el arte de la repostería y conocían a monjas y viejas damas expertas en hacer dulces; los domingos eran los días de expectativas de mozas y soldados; de los defensores de Dios y los encomenderos del diablo: la Cruz y la espada. Ambos sectores mensajeros de la muerte y, por tanto, verdaderos disfrutadores de la vida.

El coronel Pedro José había sido jefe de varios regimientos; combatió en la Guerra del Pacífico, desde Tarapacá hasta Huamachuco; había luchado contra un millar de montoneros del coronel Oré, de la coronela Marta, "La Cantinera" y, finalmente, contra los insurrectos del coronel, doctor Augusto Durand y, el "coronel" Gonzalo Tirado. Nunca se le pasó por las mentes la idea de ser promovido a general. Tal vez lo habría conseguido porque tenía amigos influyentes de todas las tiendas entre los coroneles y, hasta los propios generales, el ex-Presidente Cáceres y el general Canevaro. Pero a él le parecía un sacrilegio molestar a su amigo y antiguo jefe de La Breña. Era fiel a sus principios y los seguía por ósmosis o por intuición.

—Nosotros aprendimos a formar parte de un ejército; somos como los nervios, los músculos, las arterias, las venas de un cuerpo; y acatamos su espíritu y su marcha. Es como dar la hora: coraje y obediencia a la patria. Cuando uno de los nuestros llega a general, se convierte en algo así como un padre, un santo; no aceptaremos en él debilidad ni flaqueza. Creo que ser coronel es la entrada de la perfección.

De estos temas conversaba a menudo con sus hijos, a falta de un auditorio castrense.

—Un combatiente debe ser un predicador insistente de las cualidades de su preparación y de la disciplina, obediencia y delicadeza superior—. El coronel Alcázar, que visiblemente cortejaba —o algo más— a la graciosa Esther, comentaba:

—El coronel Pedro José es un santo, pero ya se sabe: por la peana se llega al santo.

Capítulo VI

LOS GENERALES TAMBIEN MUEREN EN LA CAMA

Los acontecimientos políticos habían seguido su prevista fase insurreccional. Los coroneles habían llevado a cabo una conspiración sumamente reservada.

Aclaremos: el general-Ministro, después de reconversar con sus cincuenta coroneles, se retiró a sus oficinas y luego, comunicó al Presidente de la República aquella conversación.

—Si el Jefe del Estado Mayor hubiese venido solo en esos momentos, dijo el general-Ministro, de vuelta al despacho presidencial, es porque, una de dos: o se siente importante para desoír al movimiento conspiratorio castrense, y se aparta tanto del cargo como de las responsabilidades consiguientes o, se une al movimiento y salva las apariencias para no aparecer como un conspirador desde su alto puesto. En cualquiera de estos casos es un mal anuncio.

—Estoy de acuerdo general —dijo el Presidente—. De todos modos, es una traición; proceda usted de prisa y con energía.

Era ya de noche. El general-Ministro dio unas órdenes y despidióse del Presidente.

—Excelencia, esta noche dormiré en el cuartel de Santa Catalina en donde hay un fuerte contingente de tropa. Buenas noches excelentísimo señor.

El general-Ministro llegó al cuartel de Santa Catalina poco antes de la medianoche. Fue recibido con los honores de su rango por el jefe del cuartel (un coronel y sus oficiales). Después

de una hora de conversar con ellos, el general-Ministro se retiró a su provisional alojamiento y, a medio vestir, se tendió en la cama con su cartuchera al lado de la almohada.

Era una noche calurosa de febrero; se hallaba en el primer sueño cuando la puerta del dormitorio del general-Ministro fue abierta violentamente por un pelotón de soldados, a órdenes de un capitán y de un sargento. El Ministro se incorporó sobresaltado; a pesar de su sordera había oído los golpetazos de la puerta. Tenía al frente a un grupo de cuatro soldados con los rifles apuntándole.

Una voz tartajosa pero con tono de mando exclamó:

–Sargento, cumpla sus órdenes inmediatamente.

El sargento, sin soltar el rifle con su izquierda, se llevó la diestra a la sien derecha en señal de saludo y acatamiento de una orden: fusilarlo.

El cuerpo del general-Ministro, herido de muerte, dio un salto y cayó de nuevo vertiendo sangre por las heridas que le habían abierto en la cabeza y en el pecho. Estaba muerto.

Una hora después, cuatro regimientos a órdenes del renacido coronel Jefe del Estado Mayor (un día antes), se desplazaban por los jirones de la Unión, Carabaya y Camaná.

Las ametralladoras de los conjurados vomitaron fuego sobre el silencioso y apagado Palacio de Gobierno. De los techos y ventanas respondieron las ametralladoras y los fusiles del reducido grupo de gendarmes que montaban guardia. Durante una hora, la noche fue violada por los relámpagos de los disparos.

El coronel Luque se vio obligado a rendirse. Las tropas vencedoras entraron a Palacio. El Presidente y sus ayudantes estaban en pie en el despacho presidencial. El viejo Presidente, héroe de la batalla de Chorrillos, donde fue ocasional coronel, tenía el rostro descompuesto por el desprecio.

–Señor coronel ¿dónde está su jefe, el general Varela?

Nadie respondió.

–Ustedes jovencitos, hijos de su padre, ¿qué hacen aquí?, dijo dirigiéndose a Manuel y Jorge Prado, que formaban parte

de los asaltantes. ¿Los envió el alma de su padre para confirmar su traición del 79?

El coronel, ex-jefe del Estado Mayor, se adelantó intimidando al Presidente a firmar su renuncia.

—¿Dónde está el Ministro de Guerra, única autoridad castrense que reconozco?

Otro prolongado silencio. Lo quebró una voz ansiosa:

—Está muerto, señor; está muerto.

—¡Es un asesinato!

Otro silencio.

Una hora después, el Presidente salió de Palacio entre un grupo de oficiales: se dirigieron a la penitenciaría.

De Palacio al Panóptico; toda una página de la historia nacional.

El coronel Chaves, en uniforme de campaña, al pie del coronel Jefe del Estado Mayor, daba las primeras órdenes; era ya parte del gobierno.

El coronel Alcázar llegó, todavía uniformado, a la casa del coronel Vergara. Lo recibió Luis José; éste tenía cara de haber trasnochado; con los ojos inyectados y la barba crecida, recibió al coronel y lo condujo al escritorio de la casa. Esther, ya retocado el rostro, cubierta por una amplia bata de paño, saludó al coronel; se le veía inquieta. No había tenido tiempo de pintarse bien los ojos, que lucían con su brillo natural. El coronel intentó besarla.

—Por favor, papá está viniendo. Luis José anda por ahí—. Se oyó un rudo carraspeo. El coronel Vergara, tocado con su gorra escocesa y empuñando su bastón, entró en la biblioteca.

—Coronel, estoy seguro que usted no ha dormido; yo tampoco; he escuchado desde la Plaza de Armas el tiroteo, el galope de la caballería, los gritos y, sobre todo, he estado inquieto por lo que hubiera podido pasar. ¿Dónde está el general-Ministro? —reiteró el dueño de casa.

¿Qué está pasando y dónde está el Presidente?

El coronel Alcázar hizo un rápido recuento de lo ocurrido. El Ministro había sido asesinado; el Presidente estaba en la

Penitenciaria; se había formado una Junta de Gobierno de militares y civiles; el Presidente de ella sería el coronel ex-jefe del Estado Mayor.

El coronel Pedro José Vergara se puso de pie con el ceño fruncido y el gesto severo.

—Esto es lo que hicieron en 1872 al Presidente, coronel Balta; los tres coroneles Gutiérrez se sublevaron, y después de haber fusilado al Presidente en su cama, tres de los cuatro coroneles Gutiérrez fueron linchados por el pueblo y colgados de las torres de la Catedral.

Luis José, dejando de chupar su larga boquilla de ámbar, dijo entre dientes:

—Como siempre, entre coroneles anda el juego.

—Nuestro amigo, el coronel Chaves, se ha convertido en un personaje decisivo; es el alma del Gobierno. El sostiene que se debe derrocar al Ejecutivo y que el Legislativo es el amo de la situación.....siempre que sus miembros no sean gobiernistas.

—¿Qué tenemos nosotros que meternos en política?. Lo cierto es que el Presidente no había realizado ningún acto contra el Parlamento; por consiguiente, no había delinquido y, por tanto, somos unos sediciosos. ¿Con qué derecho sacamos al Presidente, para no poner el Gobierno en manos del Primer Vicepresidente, que ni siquiera se halla en el Perú?.

Los dos coroneles y Luis José discutían acaloradamente. Esther aprovechó de ello para retirarse discretamente; reapareció muy adornada y bien vestida.

Se oyó el ruido de un grupo de caballería acercándose; los dos coroneles se pusieron alerta. Luis José, desde un ventanal, divisó al coronel Chaves a la cabeza de un grupo de jinetes.

Lola con los cabellos revueltos, no se sabe cómo apareció en un balcón ondeando el pañuelo al vencedor. El coronel Chaves saludó con el fute.

—Uf, otro coronel en la danza y yo, un coronel retirado, con dos cicatrices en el cuerpo, debo asistir a este desastre nacional. Presiento que se avecina una era de generales como hace medio siglo. En 1823, el golpe militar lo dirigió un civil con galones de

coronel de reserva: era José de la Riva Agüero. Este Riva Agüero de hoy es también un coronel, pero de filas. ¡Para qué ha servido la experiencia de estos años!

—Calma papá —exclamó Luis José.

—Que se lleven el Perú si así lo quieren: ¡Ambiciosos!

Tener tranquilidad, era el lema de la casa del coronel Vergara.

—Tenemos un general nuevo.

—No tardaremos en ascender al ex-jefe del Estado Mayor.

—Sería penoso; se mata a uno para que ascienda el responsable de esa muerte; sería una vergüenza.

—El coronel Alcázar, con los ojos empequeñecidos por la forzada vigilia, se despidió.

El jefe de la conspiración ha sido el “coronel” doctor Durand, que tuvo que esconderse huyendo de la persecución política, lo que hizo caudillo del golpe al coronel ex-jefe del Estado Mayor. En estos momentos discuten quién quedará en el Gobierno. El hombre más importante es el coronel Chaves.

* * *

El coronel Chaves enrumbó enseguida hasta la siguiente calle, la de Boza, y entró a la Botica Alemana. Al verse frente a una balanza, decidió pesarse. —He engordado 4 kilos ¡Qué tal vaina! —murmuró éste a uno de los propietarios de la Botica, el cual le dijo:

—No tanto, sólo un poquito; está usted en forma; además, su estatura es de un metro ochenta; casi da lo mismo, le corresponde un peso de un metro setenta y ocho kilos; está en lo justo, en los ochenta y cuatro; seis kilos demás.

—Seis kilos demás, le parece poco don Enrique?.

—Casi nada. Yo tengo una estatura de un metro setenta y peso noventa kilos. ¡Lo que me ha costado llegar a ese peso! Soltaron la risa. Don Enrique prosigió:

—No hay de qué quejarse coronel. Yo entré a este negocio con un capital de casi un millón de soles y sospecho que estoy

rebajándolo por la mitad ¿he perdido?. Nada de eso. —Y don Enrique soltó la risa—. Hemos ganado mi socio y yo; yo he ganado la experiencia y él ha ganado parte de mi capital. Así es la vida coronel. Nadie tiene asegurada la fortuna.....ni la victoria.

El coronel Chaves entendió el sentido de la última frase. Azotándose el muslo con su fuste comentó: —Eso es verdad pero la vida se hace de una sucesión de pequeñas victorias, que nos llevan a la final: por lo pronto, ya ganamos la experiencia.

Se acercaban las fiestas de Carnaval. En las tiendas se lucían máscaras monstruosas y cómicas; narices rojas y abultadas, barbas y cejas descomunales; bocas abiertas en una risa estereotipada; con cabellos azules y mejillas de bermellón. Todo en cera, cartón o papel "maché". Había batas de fantasía, "dominós", disfraces de payasos. En los escaparates, rodeados por ruedas de polícromas serpentina, cajas de chisquetes de éter marca "Roger Gallet"; centenares de globos de colores, desinflados, en espera de ser lanzados con agua y tintes olorosos.

Los tenderos, asomados a las puertas de sus establecimientos, reían de las travesuras de sus propagandistas vestidos de "clowns" y de "tonys" y polichinelas. Empero, aquella algarrabía ocasional no podía ocultar la tensión cívica que los sucesos políticos de esa fecha habían ocasionado.

Sin embargo, la evidente cercanía de las fiestas del Rey Momo, hacía indefinible el temor de la gente.

El coronel Chaves tomó la calle de Baquíjano, frente a la inmensa y solemne casona de don Juan Vernal, entroncado por el matrimonio de una de sus hijas, con el Presidente derrocado. El portón estaba cerrado en signo de duelo.

El coronel cruzó la calle para visitar el diario "La Prensa", que había reaparecido después de su forzada clausura. Los pocos transeúntes lo siguieron con temerosa mirada.

Capítulo VII

SIN DUDAS NI MURMURACIONES

Sonó el teléfono. Minutos antes había estado largamente ocupado por el coronel don Pedro José. Estuvo conversando animadamente con su hermano el coronel don Mariano José. A juzgar por las respuestas y las exclamaciones, la conversación tuvo como tema la actuación del ejército en la sublevación contra el Presidente. Carla, que andaba husmeando por todos los rincones de la casa, informó a sus hermanos.

—Parece que el tío Mariano está furioso; a papá le he oído decir molesto: Hermano, eso no puede ser. El ejército no comete traiciones. Papá estaba molesto; se había quitado los anteojos y la gorra escocesa; mala señal. Yo ni me acerqué a él.

El timbre telefónico sobresaltó a Esther, que tomó el llamado:

—Sí, señor coronel Chaves. Lo recibiría mi padre con mucho gusto. Las seis de la tarde es una buena hora..... se lo agradecemos mucho.

Luis José, que acababa de llegar, dijo:

—No se lo digas a Lola; mejor es que se vaya al cine con Carlita. Dan una buena película de Perla White.....aunque ella prefiera las de Francesca Bertini.

Chiquita, experta conocedora de los gustos y mañas de Lola, explicó: —A Lola le gustan las películas italianas que a mí me aburren; le encantan Pina Menichelli y Francesca Bertini, sobre todo cuando ésta se enreda en las cortinas como un

gusano nervioso, o luce sombreros de plumas grandotas y se retuerce; o cuando Pina Menichelli se tira sobre las yerbas y se pone a morderlas como si fuese vaca, con los ojos en blanco y dándose vueltas sobre el césped; cuando esto sucede, Lola me aprieta el brazo y me dice: ¡Qué lindo, qué lindo! No sé qué le encuentra de lindo.

—Pero, ¿no prefiere ella las películas francesas?

—Sí, pero es mitad y mitad. Le gusta la naricita respingada de Suzane Grandais, y una rubia desteñida, Gabriel Robinne. Le gusta oír el francés y me lo repite.

Luis José escuchaba atentamente. Buscó un periódico y dijo a Chiquita: —Hoy dan en el “Excelsior” una película italiana. Anima a Lola y se van a la vermouthe de las seis.

Esther se incorporó al cuchicheo.....

—A Lola le gusta ir más al Cinema Teatro que al “Excelsior” y, a tomar el té donde Broggi más que en el Palais Concert.

—Puedes salir Chiquita; tú le dices que se te ha antojado tomar el té.

En la tarde sonó el timbre de la puerta. Hacía un cuarto de hora que Lola y Chiquita habían partido al cine. El coronel Chaves, rigurosamente uniformado de visita, llamó por segunda vez. El kepís le formaba un marco con la barbiche, el rostro severo de rasgos regulares. Los que pasaban volteaban para mirarle. Marina, con un delantal blanco, abrió la puerta. En el zaguán esperaba Luis José, muy peripuesto, con su terno plomo y con corbata negra; le señaló el camino; sostenía sus anteojos que reposaban en el bolsillo del chaleco.

—Coronel, qué gusto. Está usted en su casa.

El coronel se quitó los guantes de piel y los puso en el fondo de su kepís, que entregó a Marina, añadiendo su fujete; siguieron por el pasillo. En la puerta de la sala esperaba el coronel Pedro José, vestido de azul marino y muy sereno. Tendió la mano al visitante diciendo: —Yo debía ser su visitante para felicitarlo por su nuevo cargo y por la pacificación de nuestra sociedad.

El coronel Chaves, estrechando la mano al coronel Vergara

dijo: –Mi coronel, le ruego que excuse que me presente en su casa y que haga la visita con uniforme. Vengo de la Legación de Estados Unidos a donde fui a devolver la visita del Ministro. Hasta he usado un coche, pues no encontré automóvil de alquiler y, el mío, está en reparación. Permítame también preguntar por su familia. Discúlpeme usted.

–Con excepción de Luis José, el resto salió al cine –hizo saber al coronel Chaves.

Los dos coroneles tomaron asiento en la biblioteca. Marina se acercó con un azafate portando dos tazas de té, unos empaquetados y una botella con dos vasos. Desapareció enseguida.

–Nuevamente le pido me disculpe usted por haber venido con uniforme oficial, pero tuve una reunión.....

El coronel Vergara observó cordialmente: –Lo comprendo coronel, no tiene usted por qué excusarse; y agradezco su fineza; soy todo oídos para escucharlo y todo un soldado para compartir sus preocupaciones. No olvide que soy del tiempo de Cáceres y de Piérola, y que he asistido al drama aquél.

Los dos hombres se arrellenaron en el amplio sofá Luis XVI, vieja pertenencia de la familia Vergara.

–Mi coronel, como usted sabe, la suerte y la benevolencia de nuestros compañeros me han elevado a un cargo de mucha responsabilidad.

–Lo sé coronel Chaves; lo sé y me alegro por ello.

El coronel Chaves se cogió suavemente la barbilla negra.

–El derrocamiento del Presidente de la República se llevó a cabo porque iba a disolver el Congreso.

–Coronel, el Presidente se proponía disolver el Congreso, pero no lo hizo; perdone usted que sea un poco impertinente.

Hubo un corto silencio.

–Disculpe mi coronel, pero creo que debemos ser muy francos entre militares.

–Lo acepto, pero era imperativo que el ejército resolviera la situación del Congreso.

El coronel Vergara se acercó unos centímetros y dijo: –Quisiera ser muy claro. Derrocado el Presidente, se abrió una

primera opción legal: llamar al Primer Vicepresidente que no había tomado parte en nada de esto y, que se hallaba en el extranjero. Si esto procedía y todo el proceso quedaba reducido al Presidente, se debió disolver a ambos Poderes. En ningún caso se podía dar validez a la minoría del Congreso o de la mayoría; encuentro que esta resolución es absolutamente insostenible.

El coronel Chaves dijo: Consultamos a varios juristas y, a la Junta de Gobierno y, además, a varios generales.

—El general Cáceres está en Berlín.

—Se le cablegrafió consultándole; y también consultamos al general Muñiz. Este, aceptó nuestra propuesta y aceptó encargarse de la Presidencia del Gabinete.

—Había un tercer camino: convocar a elecciones generales, que es la tesis de don Javier Prado.

El coronel Chaves, irguiéndose en su asiento como para despedirse dijo: —Mi coronel, comprenda mi inquietud. No he faltado a nuestros propósitos. Respeto su celo por la Ley, pero las cosas son como son. Necesitábamos un hombre que se inmolara a cabalidad, que debía ser militar y tuviera una carrera distinguida en el ejército.

El coronel Vergara, meneando negativamente la cabeza y puesto también de pie, comentó:

—Para mí y para los que no hemos hecho otra cosa que servir al país, este golpe de Estado ha sido prematuro y demasiado favorable a la rancia plutocracia civilista. Si el Presidente quería disolver el Parlamento, había que esperar que lo hiciera, o interferir con su Ministro de Guerra para que se abstuviese de hacerlo; cualquier otro procedimiento era tomar parte en la conspiración.

—Si era el Presidente solo, antes de aquel intento, sólo él era el responsable y no el régimen constitucional; por lo que, en último extremo, debía reemplazarlo el Primer Vicepresidente. Si a éste se le ponía de lado, como se había hecho, no cabía otra solución que anular todo y, convocar a elecciones generales. Le repito mi coronel; optar por dar la razón a la minoría parlamen-

taria contra la mayoría y contra el Ejecutivo, no nos honra. Lo único que nos queda por hacer es acelerar el tiempo de Gobierno ilegal e ir a unas elecciones generales. Lo autorizo a usar esta opinión, que no es sólo mía sino, por lo menos, de todos los oficiales superiores en retiro.

Luis José acudió, a un gesto de su padre, y acompañó al coronel Chaves hasta la puerta. Unos cuantos coches cargados de gente colecticia pasó frente a la casa haciendo disparos al aire. El coronel Chaves se hundió en el taxi que lo esperaba y partió velozmente, en dirección opuesta a la de los manifestantes.

Capítulo VIII

EL GRAN VIAJE

Los preparativos para el viaje que realizaría Lola habían llegado a su fin. José Pepe y Luis José, tenían listas las botellas de la Viuda de Clicot para brindar por la despedida. Dos grandes maletas y un baúl llevaría la viajera en su periplo europeo.

Estaban en esos preparativos cuando el timbre de la puerta de la calle sonó con violencia. Marina abrió y Lola, arrastrando casi a Chiquita, entró como una tromba.

—Acabo de encontrar, saliendo de aquí, al coronel Chaves. ¡Así que hubo fiesta en casa sin avisar a toda la familia!

—Mídete hermana; estás ante papá y tu hermana; y aquí no ha habido fiesta de ninguna clase sino una reunión de hombres, de militares no de civiles. Te ruego que tomes las cosas con calma. No te olvides que Carlita está presente.

Don Pedro José frunció el ceño y salió de la sala.

En eso regresó Esther y dirigiéndose a Luis José, dijo: —Como habrás visto hermanito, Lola está enamorada otra vez.

Luis José bajó la cabeza y, mordiéndose los labios respondió: —El viaje lo resuelve todo; ya verás.

Previamente al viaje, se habían ahorrado algunas libras esterlinas y se había conseguido algunos francos franceses para los gastos de viaje; y la familia, estuvo dudosa entre un pasaje de segunda clase en el "Oropesa" de la Pacific Steam Navigation Company o, uno de los grandes buques de la Compañía

Transatlántica Francesa. Se decidieron por uno de segunda clase en el "Oropesa". El pasaje le daba derecho a Lola a visitar la cubierta de primera clase los días de baile, dos veces por semana. La travesía sería en seis días de viaje hasta Balboa, en Panamá; en tránsito por el Canal, ocho horas; luego, pasaría la noche en Colón, de donde partiría directamente a Europa.

Veinticinco largos días entre el cielo y el mar, comiendo al estilo inglés y paseándose por la cubierta en el restringido ámbito de segunda clase. Serían días largos, noches ventosas, sueños sobresaltados.

Se había llevado el equipaje al Callao el día de la gran partida. Toda la familia del coronel Pedro José Vergara, incluyendo a la española Marina, acompañaron a Lola, dándole en el camino mil y un consejos que ella no escuchaba, pero que decía "sí" a todos.

En el Callao, después de los trámites necesarios, alquilaron una lancha y toda la familia se trasladó a bordo del "Oropesa". Subieron con dificultad la escalerilla; ya en la segunda cubierta, ubicaron el equipaje y acompañaron a Lola hasta el camarote.

De vecina suya tenía a doña Sara del Río y Zamora, señora limeña largamente experimentada y viajada.

Sonó la sirena para que los visitantes bajaran a tierra. Al mismo tiempo, un gong especial (llamado el "dolcemele") convocaba a los pasajeros al comedor.

-Adios, **au revoir** -repetía Lola abrazando a sus familiares y llorando de gozo y, cuando llegó el turno a Chiquita, la retuvo largamente entre sus brazos y lloró de veras.

El viaje fue venturosamente tranquilo. El mar era como un inmenso espejo verde azulado. Pero al salir de Cristóbal y en las cercanías del Cabo Hateras, el "Oropesa" se movió de izquierda a derecha y de popa a proa. Lola dejó de comer un día entero, tendida en la cama. Doña Sara del Río y Zamora, su vecina, prefirió permanecer en su camarote para respirar mejor: una ola llegó hasta la cabina; la señora cerró la claraboya. De tarde paseaban por la cubierta o conversaban sentadas en largas sillas de madera, de cara al mar.

Fueron veinticinco días. Al amanecer del vigésimo sexto día, anclaron en Cherburgo.

Lola estuvo a punto de batir palmas al descubrir que los dueños del hotel eran dos viejas solteras, una de las cuales hablaba castellano. No se podía pedir nada mejor. Cierto que el hotelito no tenía restaurante propio pero había un pequeño bistro, a diez metros de la puerta, y el desayuno era servido en la propia habitación.

Lola recorrió París, Versalles, Neuilly y hasta Fontainebleau, en los primeros veinte días de su estadía, que no debía pasar de cuarenta.

Se había teñido el pelo de rubio y se había esmaltado el rostro; caminaba a saltitos. Estaba muy "chic".

Cierto que ahorraba en comer; mas, cuando el Vicecónsul del Perú o la esposa del Agregado Civil la invitaban (y le ocurrió varias veces), se resarcía de sus ayunos con almuerzos opíparos.

Si partir es morir un poco, regresar —dijo el poeta— es vivir de nuevo. Así le ocurrió a Lola Vergara al pisar tierra de Francia.

En su agenda de viaje tenía la dirección de un pequeño hotel cerca de la Opera y de la Madelaine: el Hotel Central.

El deslumbramiento de Lola, frente a París, llegaba al paroxismo. Vivió horas de encantamiento en la histórica Sala de la Opera, contemplando, midiendo salones, galerías. Preocupada porque no recordaba bien si Gastón Lervin o Mauricio Le Blanca hicieron el afanoso y legendario "El fantasma de la Opera".

Una amiga, corta y sabihonda en menesteres parisienses, estuvo a punto de ceñir una mordaza a Lola cuando, frente al sepulcro de Napoleón, en Los Inválidos, prorrumpió en alaridos de admiración; todavía no figuraba allí el sepulcro del Mariscal Foch, vencedor de la Guerra del 14.

Los restaurantes le atraían menos a causa de sus precios y de tener que hojear los "Menús" reglamentarios y exhibidos en la vitrina frontal.

* * *

El 28 de julio acudió a la Legación, en la Avenida Pedro I de Servia, a celebrar el aniversario nacional. Estaba muy entretenida conversando con un peruano de larga estancia en París, cuando una voz estentórea y muy conocida, pronunció su nombre y puso la mano en su brazo haciéndola volverse.

—Señorita Vergara ¡feliz 28 de Julio! Qué grata sorpresa encontrarla aquí. Había preguntado por usted.

—Oh, coronel Chaves, qué gusto.....

Lola se abalanzó sobre el coronel que, muy erguido, con su uniforme militar de parada, la recibió con visible agrado y hasta con cierta gula.

Ya no hubo más fugas a Versalles, a Neully, ni tantas visitas a Notre Dame, a la Catedral de Chartres, a La Madeleine o, a la Opera.

El coronel Chaves se convirtió en su voluntario cicerone. A partir de ese 28 de julio, París "fue una fiesta" para Lola Vergara. El coronel, muy solicitado y tenorio, la acompañó diariamente a la hora del almuerzo y, después de las seis de la tarde, hasta medianoche y algo más. Lola cambió de preferencias; dejó a Napoleón por el joven y apuesto boxeador Georges Carpentier; La Opera por el Folies Bergere y, el Louvre por el "Moulin Rouge".

—Déjate de cosas muertas —ya se tuteaban los amigos— y busquemos la vida. En la Opera, la gente se muere cantando y a plazos; en el Folies Bergere oyes la música y ves a veteranas que conservan la silueta y otros agregados, y se mueven como jovencitas; eso es vida.

Lola se atrasó en explicar al coronel, en un exceso de decencia, que el Moulin Rouge era más famoso por un gran pintor lisiado, Toulouse Lautrec, y que el Panteón valía mucho más que el Bal Tabarín, lo que no convencía mucho al coronel que, sin pudor alguno, en pleno restaurante Maxim's, le dio un beso. El camarero, muy compuesto, preguntó con una sonrisa: —¿Más champagne monsieur?.

El coronel calculó mentalmente el cambio del franco en libras peruanas y respondió afirmativamente.

* * *

Esa noche Holofernes cortó el cuello a Judith. Biblia al revés. El coronel, empero, estaba preocupado. El había ido a Francia en busca de armas para el ejército del Perú. Visitó la fábrica de los Schneider-Canet y estuvo en Saint Cyr, conversando con los mejores técnicos galos.

Lola reía de todo aquello, entregada a su locura parisina. Sin embargo, no todo era Pigalle y Montmartre, ni Quartier Latin.

* * *

“Le Journal” y “Le Matin”, traían titulares impresionantes. El asesinato del Archiduque de Austria en Sarajevo a manos de un patriota servio. Las conclusiones de la Asamblea de la Segunda Internacional, fracasaban.

El ukase de Nicolás II, Zar de todas las Rusias; el asesinato de Jean Jaures; esto último hirió a Lola. Ella había leído una historia de la Revolución Francesa por el gran líder socialista; era un intelectual asesinado en un café y por la espalda.

* * *

El coronel Chaves comunicó severamente a Lola: –Mi amor; tengo que viajar a Londres y de allí a Madrid y de allí a Lima. La guerra ha roto nuestros planes. Debo volver al Perú.

–Yo también regreso.

–Tienes que hacerlo. Ahora, aquí, los extranjeros son sospechosos. Ya no nos engríe nadie. Voy a arreglar tu viaje.

Al día siguiente, Lola acompañó melancólicamente al coronel Chaves, a la Estación del Norte, a San Lázaro. El tren que conduciría al coronel a Calais, partió a las dos de la tarde.

Lola regresó lentamente a su pensión. Se comunicó con el Consulado y empezó a arreglar su equipaje.

Esa noche no hubo cena alguna.

Tres días después tomaba el tren rumbo a Le Havre, de

donde partiría a bordo del "Oriana". El Sol brillaba vigorosamente. Un verano caluroso los acompañaba, de popa a proa.

La víspera de su partida, Lola recibió una noticia sorprendente. La guerra había sido declarada. El Kaiser, Guillermo II, anunciaba una guerra total y, aunque no se había iniciado ninguna campaña de submarinos, el Almirantazgo británico había resuelto modificar la ruta de los barcos mercantes de la rubia Albión. No había otra alternativa para Lola: iría por tren hasta Barcelona y de allí, evitando la riesgosa parte septentrional del Atlántico, se embarcaría para el Perú.

En menos de una semana, París había cambiado su fisonomía. Los más viejos y contumaces latinoamericanos que moraban en la ciudad, la habían abandonado.

Se hablaba de peligrosas divisiones en el ataque que dirigía el General Von Kluck. El General Galliani, Gobernador de París, llamó a las armas a los ciudadanos parisienses. Sería otro 1871; otra Comuna, gruñía un anciano camarero de "Fouquet". No había nada que hacer.

Lola recibió un cable de Londres: "Aconséjote regresar Perú cuanto antes. Yo volveré en uno o dos meses. Cariños. Chaves".

Lo besó enternecidamente y se lo guardó entre el corpiño. Había terminado la soñada peripecia de trotamundos por Europa. No había conocido Roma ni Madrid. Todavía era verano "Ilete" de 1914.

Capítulo IX

“PATRIA, FEROS Y SANGUINARIO MITO...”

Tres timbrazos seguidos y enérgicos, cuatro golpazos de bastón sobre el piso de azulejos; una garraspera endiablada pidiendo ayuda.

–Señorito Luis José, debe ser el coronel Alcázar; siempre hace mucho ruido. Voy a abrir si no, rompe la puerta.

–Avisa de paso a Esther.

Marina partió como un celaje hacia la entrada y, al pasar frente a la alcoba de la señorita Esther anunció: –Señorita, señorita, el coronel.

Llegó a la puerta; ya el coronel había hundido, como desaprobandando, el bastón en el botón del timbre.

–Señor coronel, disculpe la demora.....

–Siempre lo mismo; disculpe, disculpe, disculpe. ¿Por qué no está en su sitio y abre la puerta a tiempo?

Esther, fresca, recién pintada, detuvo los ímpetus del coronel. –Tú siempre regañando; pareces viejo...– y tal vez lo era.

El coronel Alcázar había colgado su sombrero en la percha y colocado su bastón en la bastonera. Avanzó muy imperativo hacia Esther, la cogió de un brazo y le asestó un ruidoso beso en la boca.

–Qué se ha figurado, viejo atrevido, protestó ella.

–Déjate de hacer comedia y háblame de tú. Ya es tiempo de que todos los de esta casa sepan que somos novios; y después,

vestiré de general; tarde, pero nuestro amor será una realidad como lo es desde hace mucho tiempo.

Luis José surgió del interior de la casa alisándose los aceites cabellos y ajustándose la corbata.

—Mi coronel, ¿qué hecho lo trae por acá a esta hora?

—Quise saludar a Esther y a Carlita. Mi colega, el coronel Febres que se encuentra como Agregado en París, nos ha cableografiado que Lola ya salió de Europa en un buque.

Chiquita, que había oído lo del cable, impetuosamente, con un movimiento de cabeza, preguntó: —¿y cuándo llegará Lolita?

La conversación se enredó en torno del viaje de Lola; de los submarinos alemanes, de la puntualidad inglesa y, de la política nacional. Luis José, que era muy politiquero, trató de sonsacar al coronel Alcázar. Según Luis José, el día anterior se había enterado de una amplia reunión de coroneles y de generales en el Palacio de Gobierno. El coronel-Presidente pidió a los coroneles reunidos que opinaran sobre la posibilidad de que se eligiera por el pueblo a su sucesor; que el candidato fuese un militar de prestigio entre los civiles como el general Muñiz, a quien habían invitado especialmente a la reunión.

Pero, esto no había impedido que se proyectara un acto provisional: convertir en Presidente Provisorio de la República al coronel Presidente de la Junta de Gobierno. Era una manobra audaz porque la mayoría del Congreso era partidaria de autorizar legalmente al Primer Vicepresidente, en tanto que la minoría apoyaba la designación del coronel Presidente de la Junta, en el sentido de convertirlo en general y en Presidente de la República Provisorio; todo un golpe y sin pestañear.

Para esto, se requería un militar de prestigio y "trejo", como por ejemplo el coronel Chaves. Pero Chaves estaba todavía ausente. Una amplia junta de coroneles, en la que figuraban los Sarmientos, Soyer, Urdanivia, Ballesteros, Romero, Salgado, González y veinte más, decidió esperar el regreso de Chaves.

El acto público preparado, se realizó y el coronel-Presidente de la Junta, resultó general y Presidente Provisional de la República.

—¿Quiénes eran los de la minoría? y, ¿por qué votaron por el coronel-Presidente de la Junta?

—No hubo votación por nadie pero está claro que el civilismo trabaja por un candidato propio y que su candidato parece que sería José Pardo y Barreda, el ex-Presidente que ha pasado años en Biarritz y volverá al Perú después de siete de ausencia.

—¿Y qué dice mi amigo, que es su amigo también? —Luis José frunció el ceño.

El coronel preguntó a Esther: —¿Te gusta la política como a tu hermano?

Esther sonriendo dijo: —Sí, pero sólo por curiosidad.

—Bueno, les explicaré algo más acerca de la situación política mundial.

Esther y Chiquita mostraron tomar interés en la conversación.

—La guerra europea nos ha golpeado más de lo que esperábamos; los productos de exportación han subido de precio, lo que es bueno. La propaganda aliada, es decir, de Francia, Inglaterra, algo de norteamericana y, sin duda, la rusa, se pronuncian contra el militarismo alemán y contra la vieja tradición austriaca y también, contra la supuesta actitud antipopular de los Saboya de Italia. Nosotros estamos hechos de raíz española e índica, de cultura francesa y de economía británica. Nuestros instructores militares han sido franceses, de modo que el antigermanismo es muy notorio y traspone el muro del antimilitarismo criollo. Nos hemos dado cuenta de que en el propio ejército aparecen rasgos autoritarios. El Presidente empieza a ser comparado con el Kaiser por los ricos que hicieron posible el “golpe” del 4 de febrero. Por todo eso es evidente y conveniente que la vida constitucional se restablezca, eligiendo a un candidato militar, debidamente “electo” o, permitir que los civiles y los civilistas hagan de las suyas y coloquen a un candidato de sus filas; a un ricacho o financista que restaure lo que había antes del fugaz gobierno de don Guillermo, que lanza improperios desde su destierro en Arica.

Esther le alcanzó al coronel Alcázar un vaso de soda “Las

Leonas". –Ha hablado usted mucho mi coronel; beba un poco de soda que está rica.

El coronel Alcázar miró largamente a Esther y, ante el un tanto asombrado Luis José, dijo muy suelto de huesos:

–Quiero expresarle que Esther y yo nos tuteamos desde hace mucho tiempo pero nos hablábamos de usted en público para no disgustar a su padre y, ya que estamos juntos Luis José, yo le pido oficialmente la mano de Esther para casarme cuando..... yo sea general..... ¿No es así Esther?

Esther, entró corriendo y preocupada, comentó: –Lo que es cierto, sin duda de ninguna especie es, que usted es muy hablantín.....

Luis José no dijo nada. El coronel Alcázar, un tanto desconcertado; recogió su sombrero y su bastón y, sorprendiendo a Esther, la cogió de un brazo y la besó en la boca: –Esther, tu novio se despide ¡hasta mañana! Luis José, con permiso, queden en paz.

Chiquita, que había corrido, miraba la escena con los ojos y la boca abiertos como quien ha visto fantasmas o una escena dramática de Búffalo Bill.

Marina, que había acudido para abrir la puerta, sonrió a todo dar. Ella conocía los misterios y las estrategias del coronel quien, sin soltar la mano de Esther, se despidió solemnemente.

–Desde hoy, Luis José, permitirás que también te tutee. Pronto seremos una sola familia y..... pronto yo seré general.

Esther no hurtó el rostro cuando él, abrazándola nuevamente le selló los labios con otro beso, que olía a tahúr y a vejez.

* * *

Al amparo de aquella transformación, acelerada por la guerra mundial, los hombres de "vestido negro", escarbando bien la realidad, escogieron como su representante para la próxima lid electoral, a su ex-Presidente más próximo, hombre de apellido, dinero, de alcurnia colonial y prestigio republica-

no. No cabía duda; el candidato castrense, por mucho que fuese su prestigio, quedaría fuera de carrera. Para realizar sin crueldad ni apremio la jugada, inventaron un nuevo artificio: una Convención de partidos. Para eso contarían con la presencia solemne del general Cáceres y la del hermano del extinto caudillo Nicolás de Piérola, es decir, de los dos extremos de la baraja política de ayer. Había que esperar el regreso del candidato civil y la decisión del precandidato militar.

* * *

El coronel Alcázar con las dobles ojeras abultadas, el ceño fruncido y con más gargarismo que de costumbre, contó en la casa de los Vergara, el terrible suceso en la reunión de la tarde anterior: treinta coroneles seguían apoyando la posible candidatura del general Muñiz pero diecisiete simpatizaban más con la del ex-Presidente civil (y civilista) y, veinticinco se abstenían de opinar.

—Son unos pen...— El coronel Alcázar se tapó la boca con la mano y continuó—: Estoy decepcionado. Si las cosas continúan así no seré general por ahora, como me habían prometido.

Luis José lo miró sorprendido y se limitó a comentar: —Coronel Alcázar, sus colegas son más inseguros que la "Donna e mobile" de Rigoletto; parece que Lima es una ciudad que barre con todo, hasta con los buenos propósitos.

El coronel Alcázar dio media vuelta, cogió su sombrero, lanzó un gutural ¡hasta luego! y, dando un portazo, abandonó de nuevo la casa de los Vergara.

Capítulo X

LA TELA DE PENELOPE

Desde Panamá recibieron los Vergara un cable muy lacónico: "Llego amaneciendo martes". Nada más.

La casa empezó a alborotarse. Chiquita, que no cesaba de arreglar y desarreglar y volver a arreglar todo lo perteneciente a Lola, especialmente su pequeña biblioteca. Mientras tanto en la cocina, Marina, señora de esos dominios, preparaba dulces para recibir a la viajera: suspiros a la limeña, mazapanes, canapés, huevos chimbo, pastelillos de yuca.

En tanto, Chiquita, con ojos agrandados por el asombro, en compañía de Esther, empezó a hacer, al tiempo que limpiaba y acomodaba en un estante de pulido cedro, el inventario de los libros a los que Lola rendía su silencioso tributo.

En voz alta y, entre desconcertada y asombrada, leía los títulos: "LOS CIVILIZADOS" de Claude Farrere; "MONSIEUR DE PHOCAS", de Jean Lorrain; "LAS DESENCANTADAS", de Pierre Loti; y, aquí hay otro de Loti: "RAMUNTCHO". ¿Y, qué tenemos acá? ¡Oh! "SALAMBO" y "MADAME BOVARY" de Gustavo Flaubert. Y, mira Esther, "LA TABERNA", "GERMINAL" y "NANA", de Emilio Zolá. Y "LOS MISERABLES", "LOS TRABAJADORES DEL MAR" y "NUESTRA SEÑORA DE PARIS", de Víctor Hugo; "LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA" de Felipe Trigo; "VIDA DE JESUS" de Ernesto Renan.

Chiquita ojeaba y ojeaba los libros con entusiasmo y fruición.

-Deja esos libros Chiquita. Lola se pondrá furiosa si se

entera que los has estado revolviendo y más, si sabe que has ojeado la "VIDA DE JESUS".

—Yo sólo los he estado acomodando. He leído un poquito de cada uno..... Tú no se lo dirás, ¿verdad Esther?

—Bueno, pero no sigas. Mañana es martes y espero que el barco de Lola llegue muy temprano.

Marina, que plumero en ristre había estado ayudando a Chiquita, depositó, sin sacudirlo, el libro que tenía en las manos, sobre el estante, "EL BUEN MOZO" de Guy de Maupassant y dijo, para sorpresa de Esther y Chiquita: —Me gusta Maupassant; escribe con ganas.

* * *

La travesía a bordo del pequeño paquebote inglés no fue como la anterior. El barco navegaba con precaución; de noche las luces se amortiguaban y, después de las 9, se apagaban casi totalmente. No se apartaban, en lo posible, de la costa.

Naturalmente, los ingleses de a bordo se mostraban dueños de sí mismos, con una serenidad glacial; sin embargo, las horas de comer y de dormir habían sido adelantadas. Lola conoció a bordo, en una fugaz visita a Primera, a un individuo de ojos dormidos, cabellos crespos, tez blanca y labios gruesos. Era un hombre largamente avecindado en París y que volvía a su patria en vista del forzado éxodo a que lo obligaban las ordenanzas de guerra. Estaba excitado, escribiendo una novela sobre la tragedia del "Titanic".

—Soy un sobreviviente, señorita Vergara. Estuve a punto de tomar pasaje en el "Titanic". Yo estaba en Londres, pero no llegué a tiempo. Qué emoción cuando supe que el tremendo buque había chocado con un iceberg y que más de dos mil cadáveres flotaban entre las aguas heladas del Atlántico. Entonces todos pensamos en que éramos dueños de la paz y de la guerra.

—¿Puedo conocer su nombre?.

—Eduardo Bello, escritor chileno, para servirle.

Durante el resto de la travesía conversaron de muchas cosas. A menudo, Eduardo quería conocer qué pensaban los peruanos sobre las cautivas Tacna y Arica.

Al cruzar el Canal de Panamá experimentaron la sensación de atravesar por una zona peligrosa. Los soldados norteamericanos, con sus anchos sombreros y sus carabinas, tenían puestos los ojos vigilantes sobre los trabajos del Canal.

El barco entró en el Mar Pacífico; habían pasado los peligros del Atlántico. Entre Balboa y Guayaquil hubo celebraciones a bordo. Por fin anclaron en el Callao, a respetable distancia de la orilla. Un conjunto de lanchas a vapor y de remos se acercó al barco.

* * *

Al otro día, muy temprano, toda la familia Vergara partió hacia el Callao en el tranvía eléctrico de las seis de la mañana. Hacía un poco de frío. La neblina apenas permitía distinguir los contornos de las caras. Bajaron en la Plaza Grau. El cortejo era respetable: José Pepe, Esther, Chiquita, el coronel Alcázar, Luis José y Marina. En la casa había quedado, como improvisado guardián, el marido de Marina.

Entre la niebla del puerto y un grupo tupido de botes y gaviotas, se distinguía, ya anclado, el barco en que retornaba Lola.

El coronel Alcázar había conseguido una lancha de la Capitanía. Descendieron por la escalera del muelle de guerra y partieron al encuentro de la viajera.

Mediante permiso muy especial, subieron al barco. Lola, con abrigo de pieles y sombrero muy francés, calado hasta las orejas, se movía penosamente entre el tumulto de maletas. Chiquita echó a correr soltándose de la mano de su hermana Esther y, saltando sobre las maletas, se arrojó a los brazos de Lola, que lloraba de alegría.

El coronel Alcázar, muy de uniforme, hacía valer su permi-

so castrense. Pronto la familia se encontró en la lancha, rodeados de maletas y bolsos, rumbo al muelle.

—Has adelgazado Lola —comentó Esther—. ¿Has tenido algún contratiempo?

—No, ninguno; he estado muy feliz; pero no me llames Lola, dime Loló, como me decían en París.

—¿Tampoco te llamas Vergara?

Lola se ruborizó y balbuceó: —Me apellidaban “Vergará”... con acento en la última letra.

Esther repitió, como quien mira a un ser extraño:

—Oui, oui, madame Loló de Vergará, bonjour.

Al ver a José Pepe, preguntó: —¿Y papá?

José Pepe se adelantó a responder: —No te lo hicimos saber para no alarmarte; está enfermo, en cama. Está respondiendo pero su estado es de cuidado.

Subieron al tranvía eléctrico en la Plaza Grau y se dirigieron a Lima. Como Lola insistiera sobre la enfermedad de su padre, José Pepe, con la voz un tanto cortada, le hizo saber que el tío, el coronel Mariano José, había fallecido un mes atrás y, al saberlo, su hermano menor, el coronel Pedro José, se puso mal. Un ataque cerebral lo dejó semiparalítico. La hemiplejía se había apoderado de él.

Lola soltó el llanto en pleno tranvía. Apenas llegaron a la estación de La Colmena, los Vergara pidieron dos autos de alquiler y se dirigieron a casa. El coronel Pedro José, sentado en una silla de ruedas, con su boína calada y sus anteojos calzados sobre las narices, esperaba impaciente frente al pasillo de entrada. Lola se le arrojó al cuello y lloró.

—Yo no sabía, no sabía; si me hubiesen avisado habría vuelto antes, gimoteaba.

José Pepe la cogió de los hombros y suavemente la llevó hasta su cuarto: —No lo debes molestar; papá tiene que estar tranquilo.

Esther le informó: —Hay dos cables para ti; el primero lo abrí, era del coronel Chaves. Parece que tuvieron citas en París.

—No tuve citas. Lo encontré al llegar. A ver, dame el cable;

y Lola leyó en voz baja los dos mensajes; sus ojos se secaron; hasta llegó a sonreír.

—Buena la aventura, creo —comentó su hermano—, con tal que no salgas con un embeleco como el de hace casi veinte años.

Lola se llevó el pañuelo a los ojos y, lentamente repuso, con voz cortante.

—No, todavía no hay tal “embeleco” como el de entonces. Además, ya no está mamá y papá se encuentra muy mal. Si algo sucediese, yo asumiré la responsabilidad.

Luis José se acercó: —Hermanita, veo que la has pasado bien. ¿Te acordaste de mis encargos?

—Sí, pero cumplí a medias. La guerra lo descompuso todo. Es terrible.

—Aquí también sentimos la guerra.

—No como allá hermano; es cosa distinta.

* * *

Lima seguía igual en la superficie. Algo estaba cambiando. Por lo pronto, Lola estuvo a punto de rechazar unos papelillos verdes y otros rojos con que le dieron el vuelto de una compra que hizo.

—Ay... no sabía. Hemos vuelto al papel moneda... ¡qué horror! Con él perdió su fortuna mi papá; declararon nulos los billetes y nos quedamos con un baúl de papel coloreado, que no valía nada.

—Eran otros tiempos Lola, otros tiempos. Ahora, son cheques que tienen un retrato y respaldo del Fisco por más de un cincuenta por ciento.

Lola se había guardado los cables del coronel Chaves, de su coronel. Llegó otro cable en respuesta al que ella enviara. Regresaba.

Lola tuvo una sonrisa triunfal. Esa noche, José Pepe, muy serio, la llamó aparte:

—¿Tú sabes que el coronel Chaves es casado?

—No es cierto, es soltero y viudo.

—Como todo militar, es aventurero. Está casado y separado, pero está casado. Además, tú estás en una edad que no es para ilusiones de jovencita. No te pregunto nada. Tú sabes lo que es la vida y no es justo que, de repente, nos veamos envueltos en escándalos. No habría cómo disimularlo.

Lola bajó la cabeza muy pálida y dio la espalda a José Pepe. Este, salió de la habitación.

El coronel Alcázar, sigiloso y tosiendo sonoramente, llegó como era su costumbre. Le ofrecieron asiento y Marina corrió a avisar previamente.

—Señorita, el coronel está de mal humor. Algo le ha pasado.

Luis José salió al vestíbulo a recibir al coronel Alcázar. Este respondió su saludo con una tupida colección de enojos.

—Ustedes tranquilos y su padre muriéndose; el coronel no quiere ascender a general. No se olviden que él participó en la defensa del Callao contra los españoles; en la revolución del Coronel Balta contra Prado; en las batallas de San Francisco, Chorrillos y Miraflores, durante la guerra con Chile; en el combate de Concepción también contra los chilenos, a órdenes de Cáceres y, en las guerrillas contra los montoneros de Piérola. De ahí sus tres condecoraciones y dos largas cicatrices en pecho y espalda.

¡Yo le vi; yo oí cuando a tu padre le zumbaban las balas!

Lola apareció un tanto desolada. La seguía Chiquita, con sus ojos almendrados muy abiertos.

Entonces el coronel dijo:

—Ya sé; todo se sabe: ¿Qué tal le fue en Folies Bergere? Me han contado que ustedes, sí, ustedes, iban con frecuencia al Café Pigalle que no es muy recomendable.

—¿Ha estado usted en París, coronel?

—No, sólo llegué a Madrid, pero conozco a muchos amigos de Francia.

—Lo felicito coronel. Buenas noches; tengo unos papeles que enviar.

José Pepe besó en la frente a su padre y dirigiéndose a Esther, recomendó: —Por favor, déjenlo descansar. Yo estoy de

paso, en el Hotel Europa, en la calle de Melchormalo; el teléfono es 4128; estoy en la habitación 25.

El coronel Alcázar pudo, al fin, quedarse a solas con Esther.

—Tengo una buena noticia... pues que en febrero nos casaremos dentro de la ley parroquial y civil.

Ella hizo un mohín coqueto, simulando indiferencia.

—Sabes, el sombrero de picos de general no te caerá bien y mucho menos el frac de gala; estás largo, flaco y barrigón. La ocupa y los ajíes rellenos te caen mal.

* * *

El coronel, don Pedro José, había doblado la cabeza hacia atrás y roncaba sonoramente por la boca desdentada y, entre dientes, brotaba un hilo de saliva; parecía muerto.

Marina, alarmada, llamó a Luis José. El médico de cabecera meneó la cabeza; tomó el pulso al anciano coronel; lo auscultó afanosamente; le puso un espejo ante la boca ¡nada!.

Alzándose desde su hinojamiento, dijo bruscamente:

—Todo ha terminado; el coronel Vergara ha dejado de existir. Lo siento de veras, mi pésame más sentido. Voy a redactar el certificado de defunción. ¡Qué pena tan grande!, ¡qué pena!

Chiquita se arrojó sobre el coronel yerto; lloraba a raudales, con sollozos profundos. Lola quiso retirarla con mano firme. El coronel Alcázar besó la frente de Esther, que sollozaba.

Era una noche de invierno. Había empezado a lloviznar menuda y copiosamente. Marina, con los ojos enrojecidos, salió a abrir la puerta. José Pepe, el primogénito, muy desencajado, entró a grandes pasos y se abalanzó sobre las rodillas de su padre.

Toda la noche llovizó con esa terca garúa limeña, casi casi impalpable. Lola observó que se acercaba la Primavera y que le asaltaban terribles náuseas. La vida es así; mezcla de alegrías y penas, de pequeñeces y grandezas y siempre, junto a la virtud, salta el pecado.

José Pepe dictaba órdenes a Luis José.

Empezaron a llegar amigos de la casa. Siete coroneles, tres comandantes, cinco parejas de civiles. Sobre el lecho, en espera del ataúd de la Funeraria Guimet, sujeta la mandíbula por un pañuelo, con un crucifijo de metal entre las manos, yacía para siempre el coronel Vergara; toda una tradición de coroneles honestos y valerosos.

En el reloj de la Catedral sonaron, como dobles funerarios, cuatro campanadas que marcaban la hora.

Era la primera vigilia, la primera mala noche de Chiquita y un desvelo angustiado para Lola. El coronel Alcázar decidió pasar la noche velando a su viejo amigo; bebió una taza de café con pisco. Tenía los zapatos abiertos y la corbata floja.

Las mujeres, arrodilladas en torno al lecho mortuario del coronel Vergara, empezaron a rezar el rosario.

—Santa María: Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús...

Poco antes del amanecer, trajeron el ataúd de roble, con agarraderas plateadas y, los cuatro candelabros de plaqué, para alumbrar al que se iba.

Un frescor penetrante se filtraba por todos los resquicios de puertas y ventanas. Los gallos empezaron a cantar a lo lejos; el cielo se iba haciendo más claro sin dejar de ser sombrío. Los velantes se refugiaron en el café y el cognac; la muerte suele tener extrañas compañías.

Se iniciaba la aurora.

Capítulo XI

EL SEÑOR CORONEL ES IMPORTANTE...

El camarero del hotel en donde residía el coronel Chaves, llamó a su puerta: Cable para el señor.

El coronel rompió el sobre; un gesto de triunfo se dejó ver en su rostro, entre sus bigotes y su "barbiche". Guardó la comunicación en un cajón del escritorio y se dirigió al Foreign Office.

La guerra comenzaba a ser tal. Un ejército alemán había irrumpido por la frontera belga. La ciudad de Lieja era pasto de incendios y saqueos. También lo era Namur. Las tropas alemanas se lanzaban a través de la llanura de la Champaña, sobre París.

El Perú permanecía neutral. El coronel consideraba que era el momento de pronunciarse por los aliados. Esa era también la opinión del ex-Presidente Leguía, residente en Londres. Los cálculos en el Foreign Office eran realistas. Italia no podría permanecer al lado de Alemania. Austria no prestaba mucha ayuda. Los alemanes tratarían de entrar a París y reducir a Francia; el Japón flanquearía a Rusia por el lado asiático; la guerra submarina sería un arma terrible.

Aunque los polacos no consideren bien a los rusos, no olvidan a Napoleón ni a María Waleska; ni a Chopín. América Latina tiene que estar con los latinos. Sin embargo, pensaba el coronel Chaves, si Pardo llega al poder tratará de ser neutral.

De todos modos, cavilaba el coronel, lo primero que debe-

mos hacer es regularizar nuestra situación constitucional. Era tarde. Dirigió un largo cable cifrado al general-Presidente, transmitiéndole las informaciones que había recogido de creíbles fuentes francesas y británicas.

El ex-Presidente Leguía, de corta estatura y largas narices, pulcramente vestido de color plomo, muy a lo inglés, le preguntó su opinión al respecto. El coronel fue muy explícito. Leguía lo escuchó atentamente. Su comentario fue breve.

—Sí, ya sé que los civilistas, mis ex-amigos, trabajan para que regrese Pepe Pardo. Están en su hora, los conozco muy bien; titubearán antes de romper relaciones con Alemania y, por lo bajo, negociarán con los Gildemeister. A mí me consideran un personaje lunar. El actual Presidente Provisorio, jefe de usted, teme y detesta el nombre de los Leguía, a pesar de que yo lo honré extremadamente por un acto que no fue todo de él. Volveré antes que termine la guerra o, cuando termine la guerra y entonces, tendré que pedir cuentas.

El coronel Chaves se abstuvo de transferir la última parte de su diálogo al Gobierno de Lima.

* * *

Después de la conversación con el señor Leguía, el coronel Chaves recibió comunicación de un colega, el Agregado militar en Madrid, el coronel Santander y, del coronel Ugarte, Agregado de Tokio. Las informaciones ofrecían una perspectiva fabulosa.

El Rey, Alfonso XIII, aunque casado con una princesa británica sobrina de la Reina Victoria, simpatizaba con los alemanes por cuenta de una futura política africana y de una potencial liberación de Gibraltar. Muso Hito, que había enviado a numerosos jóvenes a educarse en las Universidades inglesas y norteamericanas, rechazaba las posibilidades de un reforzamiento británico en Hong Kong y Singapur, y en su trato con China, así como dejaba sentir sus ambiciones sobre Corea, situada frente al Japón.

—Esto es prodigioso —exclamó el coronel Chaves—, hace cincuenta años Japón no admitía trato con los occidentales. En cuarenta años ha cambiado tanto ante la inminencia de cualquier impase con Rusia pero, tratarán de humillar de nuevo a Rusia y después, a la inquieta Inglaterra.

* * *

El coronel Alcázar mostró confidencialmente a su equipo de coroneles y comandantes, las observaciones del Cónclave.

—El barbudo Chaves es un estratega de polendas. Lo necesitamos para aclarar nuestra conducta futura en el Estado Mayor.

—La guerra nos absorbía al fin y al cabo y debíamos estar en el campo de las soluciones de nuestro litigio; arreglaríamos el del Norte y el del Nordeste.

Bravo, bravo —aplaudieron los coroneles—.

Ese día se dirigió un cable tentativo a Londres. El coronel Chaves se supo condenado a volver a su ambiente político indoamericano.

José Pardo regresó a Lima. Estaba más grueso que cuando ejercía la Presidencia. Cierta calvicie y el bigote cano daban a su fisonomía un carácter más solemne. Ya no era el buenmozo de Pepe de la primera Presidencia. Conservaba sí, su aire bondadoso a pesar de su arrogancia. Llegó y lo eligieron Rector de la Universidad Mayor de San Marcos, como un anticipo a su candidatura a la Presidencia de la República.

El general Muñiz, en plena campaña presidencial, sintió el impacto de aquel hecho, máxime porque había ido siguiendo las andanzas de don Pepe con quien había compartido común inquietud desde 1903, cuando Candamo estaba al frente del Gobierno. Los dos hombres se vieron y convinieron en arreglar el incendio de una presunta rivalidad, en una convención de partidos. La decisión de ésta sería inapelable.

Al saber todos estos hechos en Londres, el coronel Chaves

cablegrafió a Lima anunciando que regresaría en el primer barco disponible.

Entretanto, las columnas del general Von Kluck avanzaban sobre París. Era inminente una batalla decisiva en las orillas del Marne, es decir, en las mismas puertas de Lutecia.

El coronel Chaves se trasladó inmediatamente a suelo francés mientras llegaba el barco que lo transportaría al Perú. El general Galliani, gobernador de París, había ordenado la requisita total de todos los autos, taxis y omnibuses, para trasladar a las tropas al campo de batalla. Comandaba las tropas francesas el general Joffre. París sobrevivió.

* * *

El coronel se dirigió a la Legación del Perú. El suntuoso hotel Plaza Athenée, que estaba muy cerca, parecía una fortaleza; montones de sacos de arena guarnecían sus puertas y ventanas. De allí, el coronel se dirigió a un restaurante del centro, entre La Madelaine y la Plaza de La Concorde. La estatua de Juana de Arco desaparecía bajo un tumulto de costales de arena. Las luces de la ciudad habían bajado. De cuando en cuando "el clamor de las sirenas" prevenía contra un posible ataque aéreo. No se había desarrollado aún la guerra aérea, pero se realizaban simulacros.

Aquello era distinto. El taxista, un hombre ya viejo, bigotudo y gruñón, estaba orgulloso de su gremio:

—Oh, la, la; los jóvenes choferes están todos en filas combatiendo. Nosotros, los veteranos, mantenemos nuestros taxis y, ganaremos la guerra en menos de veinticuatro horas. Y guiñando un ojo, agregó: La victoria es nuestra. Ellos tienen su "Berta" y aeroplanos; nosotros, ametralladoras y nuestro 75 a Gavroche.

El coronel decidió no aturdirse, pero no conocía este último nombre; nunca había leído a Víctor Hugo, y preguntó: —¿Gavroche?

—Claro, es el único héroe, pilluelo parisiense que sabe morir

cantando y despreocupado. Un "poilu" con licencia pasó cantando "La Madelón".

Un caporal en tenue de fantassin.

Al descender en un bistro, otro grupo de soldados, cantando siempre "La Madelon", pasó a su lado y él los acompañó coreando el canto.

* * *

Frente a una humeante sopa de cebolla, el coronel Chaves abrió el cable que le habían entregado en la Legación. Eran dos mensajes: el uno le urgía volver a causa de las complicaciones políticas; el otro, decía simplemente: "Espérote. Cariños. Lola."

Empero, pese al ambiente bélico y pasado el inminente riesgo del Marne, París había recuperado su gracia, aunque no su alegría. En cierto modo, a ello contribuía la ausencia de los "sales étrangers", los sudamericanos, los hábitos de los cafés de la rive gauche y de Saint Germain; y del Bosque de Bologña; y el del Boulevard Raspail, éste último al otro lado del Sena.

El coronel Chaves comió con apetito. Luego, dio otro paseo como una nostálgica despedida, por las calles de Saint Germain des Pres.

La fiera estatua de Danton contemplaba muda al coronel Chaves en su último paseo por París.

Un **poilu** se le acercó para pedirle fuego para su apestoso cigarro negro. El coronel se negó con un movimiento de cabeza. El **poilu**, sin respetar el uniforme del coronel, exclamó:

—¿Y qué hace usted aquí, en mi tierra, si ni siquiera es capaz de encender un cigarrillo de un combatiente?

El coronel se detuvo y le hizo frente:

—Soldado, salude a un coronel o lo reporto a su unidad.

El **poilu** titubeó pero triunfó la disciplina y, cuadrándose marcialmente, se llevó la diestra a la sien con la palma extendida hacia adelante y dijo: disculpe coronel. ¡Vive la France!

El coronel respondió el saludo y exclamó: ¡Vive la France!

Capítulo XII

LO QUE NUNCA FALTA

Esther había esperado pacientemente una circunstancia que no podía fallar: Quedarse a solas con Lola.

Era de mañana; ausente Chiquita en el colegio; Marina en el mercado; Luis José en su oficina. Esther entró silenciosamente a la habitación de Lola que revisaba sus libros y, cogiéndola suavemente por los hombros, le dijo:

—Hermana, te ruego me perdones mi entrometimiento pero noto que tú no te interesas por el nombre de los Vergara, por el porvenir de Chiquita, ni por el nuestro.

Lola abrió los ojos con asombro: —No sé a que viene el sermón hermana.

Esther se sentó sobre la cama y muy suavemente prosiguió:

—Perdóname de nuevo que te recuerde que nuestro padre ya no está con nosotros y que no podría ofrecernos su amparo en casos como el de.....tú sabes a lo que me refiero.

Lola, nerviosamente, interrumpió.

—Supongo que no vas a reprocharme algo que ya pasó y que está santificado por la bondad de nuestra madre y la bendita tolerancia de nuestro padre.

—Yo no te reprocho nada de ayer; me refiero a lo que pudiera ocurrir hoy y, en tal caso, no podemos olvidar que ya no tenemos el amparo moral y.....legal; sí, legal, que dieron nuestros padres.

—Estás hablando demás Esthercita; es mejor que te vayas a tu cuarto.

—Aunque me botes, no me iré si no me contestas: ¿Hasta dónde ha llegado tu amistad con el coronel Chaves? Me han dicho que en París andaban juntos desde el sol de la mañana hasta la noche.

Lola contestó insegura: —Pues, hacíamos como los demás, pasear.

—¿Sólo fueron paseos de turistas?

—No te permito esa clase de insinuaciones, ni tengo nada que explicarte o, ¿no soy mayor de edad?

—Lo mismo dijiste entonces. Perdóname de nuevo, yo no quiero molestarte; lo único que debo decirte es que todo tiene su límite, y que un dúo es un dúo y no un terceto.

—¿Y lo tuyo con el coronel Alcázar?

—Es distinto: él ha pedido mi mano; él quiere casarse conmigo hoy mismo; somos solteros y guardamos las formas; me casaré con él aunque no llegue a general. En cambio, entiendo que el otro coronel es casado y aquí no hay divorcio.

Lola saltó como una gata salvaje: —¡Cállate! nadie tiene que ver con mis sentimientos. Cuida de los tuyos y yo cuidaré de los míos. Por favor, retírate de aquí. Vete a tu cuarto.

En el pasillo sonaron fuertes y menudos los pasos de Chiquita. Lola pasó la mano por la cara de Esther y le dio un beso. Se había encendido la tormenta.

* * *

Eran las ocho de la noche. La concurrencia a los cines se desbordaba lentamente por las calles centrales en busca de sus viviendas. Luz pobre en lo alto de la verja de hierro; el coronel Alcázar, de uniforme, entró en la casa de los Vergara; se le veía preocupado, maltratado. Marina que le salió al encuentro, no se pudo contener.

—¡Ay Dios! ¿Se siente malo señor coronel? Pase, pase y tome asiento; voy a avisar pronto a las señoritas.

—Tenía razón mi coronel don Pedro José, tu padre —le dijo

a Esther—. El decía que cuando estalla una guerra lo menos importante son las batallas, aunque de la suerte de ellas depende el resultado final.

—Lo principal, decía, era la relación entre los civiles y los militares; que de ello dependía la suerte de la nación. Y por eso, para evitar rupturas, el general Muñiz, el mejor representante del ejército, ha declinado su candidatura y se somete a una convención de partidos. Eso es ser un hombre; eso es ser patriota; pero nos revienta a sus partidarios.

Tanto más razonable. El pertenecía a la Ayudantina de Cáceres, a los partidarios de Balta, a los combatientes del 2 de Mayo, al ejército del Sur. Tenía varias cicatrices en el cuerpo, y seguramente muchas más en el alma.

Luis José, siempre curioso dijo: —Tengo como balón de ensayo los rumores que circulan entre oficiales, clubes, oficinas; se han rendido los coroneles y el general-Presidente, y apelan también al general Cáceres, que no ha regresado aún al Perú; y, al general Canevaro, que está un poco mal de la memoria.

Dicen que el ejército está dividido políticamente y que hay síntomas de sublevación. Que el comandante Ferreccio y su regimiento han dado un ultimátum al Gobierno. Que el coronel Rivero podría levantarse en Huaraz. Dicen que, también ha llamado el coronel Chaves. Dicen que la Escuela de Chorrillos es partidaria de don José Pardo. En cambio, dicen que un grupo grande de coroneles invitó al general-Presidente para que se proclame Dictador. Dicen que la Marina de Guerra, no está de acuerdo con esto....Dicen....

El coronel Alcázar abandonó el asiento y dando zancadas a la vez que golpeaba con su bastón, exclamó: —¿Y qué es del resto de la familia? ¿Dónde está María Esther? ¿Y Lola?

Luis José, acomodando el cigarro en su larga boquilla de ámbar, lo encendió con un encendedor a gasolina, que le había traído Lola de París, y respondió lentamente: —Como no esperábamos visita, se han acostado. Perdone usted coronel.

En ese momento, abriendo la puerta con un dedo, apareció por el pasillo de entrada Esther.

—¿Cómo, no estaban acostadas?

—Tú debes ser prestidigitador Luis José.

—Usted es hipnotizador coronel. Bueno, voy al Club y vuelvo en una hora. Con permiso.

—Hemos visto una película espléndida: “Los Tres Mosqueteros”. Qué bien estuvo D’Artagnan. Chiquita quería ser florentista.

El coronel Alcázar, frunciendo el ceño, indagó: —¿Han ido solas?

—¿Y con quién quiere usted que vaya, valeroso guerrero, si no es con Carlita?

Chiquita sonrió a plenitud. Era una muchacha bien formada; sus ojos rasgados miraban con gracia. Apareció Lola con un salto de cama parisiense de bordados y, pálida de rostro, cogiendo del brazo a Chiquita, se encaminaron hacia el comedor. Ya a solas, el coronel Alcázar se acercó a Esther y la besó en la boca

—Estoy muy preocupado. Si el general-Presidente espera que se cumpla el plazo constitucional para la transmisión, habrá sublevaciones. Si se produce la Convención, habrá partidarios del uno y del otro. No hemos sabido. El general ha llamado al coronel Chaves y a otros militares que andan por Europa; necesita sus consejos y su apoyo.

—No se lo digas a Lola, por favor.

Pero Lola no se había ido a su alcoba; escuchaba atentamente lo que decían en la pieza vecina. Salió y encarándose a Esther, le dijo:

—No seas intrigante hermanita. Deja que el coronel nos informe bien. Yo sé que el coronel Chaves ha dirigido un cablegrama al general-Presidente. ¿Qué nos dice usted?

El coronel Alcázar tragó saliva, cogió su bastón y su sombrero y, dirigiéndose a Esther, se despidió:

—Hasta mañana Esthercita. Te ruego me acompañes hasta la puerta. Tengo mucho que hacer esta noche; quizá con ello se friegue mi generalato. Buenas noches Lola; que lo pasen bien.

El coronel Alcázar salió dignamente golpeando discretamente su bastón.

Capítulo XIII

PEGASO Y ROCINANTE

Los periódicos de la mañana alarmaron a sus lectores con un titular asombroso: "El comandante Ferreccio fue asesinado en el cuartel de su propio Regimiento, en su alcoba". Más tarde, otro titular comunicó: "El coronel Rivero se ha rebelado en Huaraz". En la Sección de Rumores, se hablaba de movimientos subversivos en el Sur.

—¿Contra quién son estos levantamientos? —preguntó José Pepe. Luis José replicó entre tartamudez y ademanes de asombro:

—Por lo tanto, contra el gobierno.

—Ese es el quid de la cuestión; aquí no hay socialistas y sólo unos cuantos anarquistas teóricos. Aquí sólo hay civilistas, militares y logreros.

—¿Logreros?. Claro, gente que se mueve sólo cuando hay que lograr algún provecho.

—¿Y qué provecho?.

—Hermano, en ese punto no sé nada más.

La calle estaba inquieta. Por lo pronto, habían salido las consabidas patrullas de gendarmes a caballo, con sable colgando del arzón y carabinas terciadas.

La policía estaba acuartelada. En el Cuartel de Santa Catalina y en el de Barbones regía severa orden de inamovilidad; los centinelas impedían el paso de cualquier transeúnte, desde una cuadra a la redonda.

Esther se disponía a ir a misa cuando el coronel Alcázar, en uniforme de campaña, y su Ayudante, un Alférez, se apeó del caballo en el que se dirigía al Ministerio de Guerra situado en el Palacio de Gobierno.

—Vuélvete enseguida a casa; hay rumores de revolución.

Esther, tendió la mano suave y perfumada al coronel oliente a tabaco, quien montó en un coche y partió hacia el campo de batalla: al patio interior del Palacio.

El Ministro de Guerra y Marina era en esos momentos, un coronel alto y fuerte como un gladiador. Vestido de chaqueta y pantalones azul marino, recibía a sus invitados, los coroneles de las guarniciones y sus aledaños.

Un carromato pasó frente a Palacio arrojando volantes que decían: "Teatro Excelsior —Asista usted a la conferencia del ilustre orador Mariano H. Cornejo sobre la institución del Jurado y sobre la urgencia de que el Perú se junte a los aliados de Europa. Entrada libre. Hoy a las 5 pm."

—Este sureño feo, loco y verboso, quiere ser el D'Annunzio peruano. Tendría que escribir otro "TRIUNFO DE LA MUERTE", comentó el coronel Heredia, que era muy letrado y cultivaba la amistad del escritor Valdelomar, quien poco antes había regresado de Italia.

La **Opinión Nacional** que dirigía Andrés Aramburú y Sarria, proclamaba la urgencia de restablecer el orden constitucional mediante un acuerdo de Partidos, exaltando la figura del general Cáceres. Era la idea de la Convención que habían promovido los secuaces de don José Pardo.

A las diez de la mañana el patio del Ministerio estaba repleto de coroneles, comandantes y otros oficiales. Allí lucían sus seis galones coronélicos, los coroneles Sayán, Puerta, González, Ballesteros, Perret, Urteaga, Urquieta, Sánchez Pérez, Alvarez, entre los de edad mediana y, Alcázar, Barrientos, Castro, Yarlequé, Soria, entre los más adustos.

Voces estridentes sonaron. El asesinato de Ferreccio unificaba a todos; la reunión se concentró en la llegada del Ministro.

Este, subió a un pequeño estrado con un comandante a su diestra y declaró:

—Señores Oficiales Superiores: me he permitido convocarlos hoy por asuntos de suma importancia. Las Fuerzas Armadas del Perú tienen ante sí un deber ineludible: ser como un puño cerrado para destruir la insurrección. El señor general-Presidente ha dispuesto que esta reunión sea amplia y de total franqueza. Se trata del futuro de la institución cuyo porvenir está ligado íntimamente al de la Patria y, se encuentra en manos de ustedes señores coroneles.

Resonó un largo aplauso. En ese momento, como si aquello hubiera sido una señal, el comandante Herbozo, rojo, de buena salud y mejor trago, surgió en la puerta de la sala, y haciendo sonar su sable contra el piso, anunció:

—Señores Oficiales Superiores, el excelentísimo señor Presidente de la República.

El general Benedicto, un hombre todavía joven, bastante calvo, contextura gruesa y talle mediano, apareció por la puerta. Lucía uniforme de campaña con los bordados de general en los hombros y en el cuello. Sus ojos eran grandes y ovoides; caminaba con soltura. Su bigote corto se mantenía aún casi negro. Se le notaba algo nervioso. El ministro, que se hallaba en el estrado, descendió y saludó al general. Se produjo un silencio expectante.

—Señores coroneles, ante todo, agradezco la puntualidad para la convocatoria de que somos partícipes. Los he convocado porque debo informarles de la situación política por la que pasamos. En verdad, el Perú ya ha elegido a su nuevo Presidente. Nos urge saber lo que él piensa acerca de nuestra posición internacional, para adoptar las medidas congruentes.

En esos momentos, volvió a abrirse la puerta del fondo y se coló en la sala, fiero, erguido, el coronel Chaves, todavía portando un maletín en la diestra.

—Agradezco al coronel Chaves la prontitud de su regreso. Como él está muy vinculado con los orígenes de la presente crisis, deseo decirle que confiamos en su competencia.

El coronel Chaves avanzó, con seguro paso, hasta el lugar donde se hallaba el general Presidente; se cuadró militarmente, saludó con la mano en la visera, la bajó y dijo: –A sus órdenes excelentísimo señor. –Este, se levantó y tendió la mano al recién llegado–: Te esperaba, pero no sabía que ya estuvieses en Lima.

–Señor, he venido directamente del barco; sin abrir las maletas, pensando que usted me necesitaba y, estoy pronto a servirle.

–Hablares en seguida que concluya esta Asamblea.

El coronel hizo una inclinación y en voz baja dijo: –Tienes que adelgazar un poco pero se te ve muy bien.

El Presidente sonrió. El coronel se irguió saludando y dirigióse a un sillón que le ofrecía el coronel Alcázar.

–Los suspiros son aire y van al viento, –socarroneó el coronel–: ¿Estás bien?

En ese momento, el general Presidente pidió nuevos informes y se dirigió al recién llegado.

El coronel Chaves fue muy breve. Para él, la guerra la ganarían los aliados. Informó que el ex-Presidente Leguía le había manifestado en Londres que el ejército ruso estaba muy deteriorado; que era numeroso pero sin disciplina ni conocimiento táctico; que aumentaban las crisis internas; que los mujiks habían abandonado el campo; que el descrédito de la familia real aumentaba; que los grandes Duques decían que mandaban el ejército por derecho divino; que entre los marinos abundaban los descontentos. En suma, que Leguía le había confiado que ya iba resultando mal el negocio. Que, en cambio –informaba el coronel Chaves–, en los Estados Unidos crecía el prestigio del Presidente Wilson y, un sentimiento deportivo-religioso surgía entre la juventud norteamericana para ir a la guerra, quebrando el aislamiento tradicional de la política internacional norteamericana.

–Creo que pronto tendremos en Europa dos o tres millones de “boys”, fuertes y agresivos, que compensarán con creces las fallas del ejército imperial ruso.

Se transmitieron los informes de los Agregados Militares de

grado inferior al de coronel. El del mayor, Agregado del general Canevaro en Italia y, del mayor Guerrero de Alemania. El coronel Ballesteros informó sobre Urteaga, en el Japón, cuyo criterio era muy semejante. Japón había crecido bajo la influencia sajona de Inglaterra y precedida por la precursora acción de la Marina norteamericana, allá por el año 1860. Su triunfo sobre China y sobre Rusia habían exaltado definitivamente el nacionalismo nipón, al punto que se sentía capaz de revolveerse contra sus antiguos amigos e instructores anglosajones.

Para el imperio teocrático de Mutsu-Hito, el Imperio de Guillermo II, resultaba un reto. Además, era otra oportunidad para humillar a China y a Rusia, invadiendo Corea y Manchuria. En resumen, el Japón era un peligro considerable y se mantendría al lado de Austria y Alemania.

El coronel Sánchez se atrevió a exponer una síntesis aplicada al Perú: "Nos interesa y conviene apoyar a los aliados; la suerte de los imperios autocráticos carece de atractivo y de porvenir.

El general Presidente, al cerrar el debate, hizo una señal al coronel Chaves y lo instó a no retirarse.

Capítulo XIV

ULTIMATUM

El general-Presidente, una vez en su Despacho, apretó la diestra del coronel Chaves y, volviendo al trato familiar de otrora, lo llamó por su nombre y lo tuteó:

—Julio César, estamos en una situación muy delicada, interna y externamente. Esta reunión de Jefes de Zona y de Regimiento, me lo ha confirmado; quisiera contar con tu opinión sobre lo que sucede y cómo lo han visto y lo ven desde afuera.

El coronel se alisó la barba y empezó a decir con cierta solemnidad: —Ante todo, no hay cariño en esta casa. En mi opinión, todo está claro y conviene tomar decisiones rápidas.

El Presidente afirmó: —Tienes razón. Te ofrezco un pisco de Moquegua, de Word o, un puro de Ica como los de aquel tiempo. Si prefieres, y de recuerdo con tu corta etapa europea, tengo un buen Gin Gordon y un whisky “Black and White” y, para un buen martini tengo un vermouth Noilly Prat.

El coronel sonrió entre su barba y dijo: —Yo sé lo que a ti te gusta.

Estaban sentados frente a frente en la mesa del Despacho presidencial. El día tibio anunciaba una de esas impertinentes garúas limeñas. Por una ventana se veía el jardincito donde plantara su tradicional higuera el conquistador Francisco Pizarro; al frente del general se divisaba, por la otra ventana, el puente de piedra que cruzaba el río Rímac. El coronel extendió ambas manos sobre el escritorio.

—Noto que no llevas anillo de matrimonio. Siento tu alejamiento de Betty.

El coronel se miró el anular huérfano y, sin levantar la voz, dijo: —Mi separación de Betty es un hecho consumado. Espero que dicten la ley de divorcio para legalizar mi relación con otra persona. Creo que las cosas íntimas, a pesar de nuestra intimidad, no son importantes. Y para tu tranquilidad, no tengo proyectos matrimoniales; y, en cuanto a Betty, nos hemos separado de perfecto acuerdo.

En eso apareció el mozo con dos copas de mosto verde. El general Presidente levantó la suya, y brindando dijo: —Porque todo te ande de lo mejor.

El coronel Chaves respondió, humedeciendo apenas los labios: —Tú no necesitas buenos propósitos; la suerte siempre te acompaña. Y dejó el vaso sobre el azafate.

El Presidente encendió un cigarrillo negro e invitó uno al coronel.

—No fumo. Me cuido porque soy deportista y, como ves, bebo también muy poco.

—Pero, en París, parece que olvidaste el deporte.

—Lo sustituí por otro más agradable y más dinámico.

—Sí, ya sé; todo se sabe.

—Si me permites, quisiera usar el teléfono para una buena excusa. Vuelvo al instante.

Cuando el coronel tomó nuevamente su puesto en el Despacho presidencial, el general-Presidente le invitó a expresarle su criterio.

—Es muy sencillo, mi general. Dimite hoy mismo a tu cargo y llama a Pardo, que ya ha sido designado por la Convención; y lanza un manifiesto a la Nación.

—¿Así, tan sencillo?

—Sí. El ejército está dividido y soporta el peso de la crisis económica. Además, hay guerra mundial y síntomas de guerra civil.

El general Presidente se miró las manos; en el anular

derecho lucía un brillante; tocó un timbre y ordenó al mozo que sirviera el almuerzo. Enseguida, dijo lentamente:

–Agradezco tu franqueza; tienes derecho a lo que sugieres; el Régimen es, en gran parte, obra tuya. Pero, no estoy dispuesto a ser barrido. Lo más que puedo hacer es adelantar en quince días la trasmisión del mando, explicando mi posición personal, por la unidad del ejército y ante el conflicto mundial.

–Tú pareces germanófilo, con ese privilegio de Salaverry y Puerto Chicama a los alemanes de Gildemeister.

–No, eso era inevitable; pero yo quiero a Francia en donde me he educado y en donde también he gozado tanto.

–Te repito, Presidente; lo único que quiero es que nuestra institución se refuerce y el país salga adelante. Mi hijo es ya mayor y pronto será comandante; Jaime Chaves será coronel como yo. Apenas dejes el mando me mandaré cambiar a Europa y aunque soy ya hombre de edad, creo que me aceptarán en la Legión Extranjera. Me dedicaré a muchas cosas o.....a que me frieguen cualquier día. No tengo porvenir en la institución y el país empieza a no gustarme.

Se habían sentado a la mesa.

–Tú sabes de mi desinterés y de mi amor al ejército –dijo el coronel Chaves.

El Presidente despidió cortésmente al Edecán que esperaba órdenes.

Un rayo de sol irradiaba como un reflejo de la jardinera de metal del centro de la pieza. Sonaron las dos de la tarde; había llegado la hora del café. El general-Presidente, encendiendo otro habano, dijo:

–Coronel, lo autorizo para anunciar a los colegas que mañana convocaré el Congreso a sesión especial para que reciba mi mensaje fiel y minucioso y, para que tomen juramento al Presidente electo. Estoy conversando con mi penúltimo Consejo de Ministros. No estoy seguro de que ésta sea la mejor salida pero sí que ésta es una salida honorable y que mantiene la unidad nacional.

El coronel, pálido, se levantó de su asiento y extendió la mano al general Presidente, diciéndole con voz ronca:

—General, cuenta conmigo para todo. Señor Presidente: ordene usted.

El coronel Chaves se dirigió inmediatamente a la sala en donde todavía se hallaban reunidos los Oficiales Superiores. Entró y se detuvo mirando en torno suyo. El coronel Alcázar se puso de pie y se acercó. Chaves anunció:

—Estoy autorizado por el Presidente para comunicarles que ha decidido acortar el plazo para la transmisión presidencial como demostración de su desinterés personal y, como contribución a la unidad del país en esta hora de guerra mundial.

El coronel Alcázar, convertido en megáfono viviente, repitió la noticia. Los coroneles se pusieron de pie silenciosamente y, luego, se dirigieron a sus oficinas y cuarteles.

El coronel Alcázar cerró el paso al coronel Chaves: —Ahora tengo que decirle que en la casa de los Vergara lo esperan desde esta mañana, con mucho entusiasmo y afecto. He excusado su tardanza. Vamos allá, lo acompaño.

—Discúlpeme coronel; quisiera estar con la familia a solas, una media hora; después, tendré un gran placer en estar con usted.

Eran las cuatro de la tarde. El coronel Alcázar llegó a la casa de los Vergara a la hora del té. Esther trató de ser discreta hasta donde pudo. Se acercó a su eterno novio, muy perfumado, y le espetó:

—¿Tú sabías que el coronel Chaves es casado?

—Sí, lo sabía y sé incluso que tiene ya un hijo crecido que es militar. No sé si tiene madre viva ni si es hijo legítimo, aunque esto último resulta de su partida del Registro Civil. El coronel Chaves es casado con una gringa a quien llama Betty. Yo la he visto, pero Chaves nunca está con ella. No es viudo; es casado y no puede divorciarse ya que el divorcio no existe en el Perú.

—Claro que no puede divorciarse —dijo Esther—. Tendrá que ir a los Estados Unidos, a Guatemala o al Uruguay, donde hay

divorcio, con el riesgo de que los Jueces de aquí lo consideren bígamo.

–Bueno, basta de chismes. De repente tú resultas viudo...

El coronel Alcázar se enojó; frunciendo el ceño vociferó: –A mí no me metas en tus enredos; yo nací soltero y moriré casado contigo, amor. Dime, ¿qué es de Lola?

–Hace rato estuvo con nosotros tomando el té y de repente salió a relucir esto del matrimonio del coronel Chaves. Lo dijo inocentemente Luis José. El coronel no negó y habló de su hijo militar. Lola pidió permiso para retirarse y ahí está, tendida con un vértigo o una jaqueca. El doctor Mendoza de Osma, nuestro médico, hace un cuarto de hora que la está atendiendo.

El coronel Alcázar se rascó la calva con el dedo índice de la derecha; era la imagen del estupor.

–¿Es algo serio?

–No sé qué es ni cómo es.

Apenas le pasó el desmayo y el coronel se hubo marchado, Lola entró en la pieza y se volvió a desmayar; esta vez con convulsiones; y Chiquita entró y salió dando de gritos y, Marina, llamó de nuevo al doctor y éste felizmente estaba en casa.....y vino pronto.

En ese punto, llegó el hermano mayor, José Pepe, acompañado por Luis José; ambos demudados.....sin palabras.

–¿Qué ha pasado. ¿Qué dijo el doctor?

Esther señaló el sombrero hongo del médico; miró hacia la alcoba de Lola, señaló a Chiquita tendida sobre el sofá y bajó la cabeza. El coronel Alcázar, con su habitual inoportunidad, propuso: –Que Marina prepare un té para el doctor cuando salga de la alcoba.

Furiosa Esther replicó: –Déjate de tanta ceremonia. Lo que pasa es que tú tienes hambre. Aquí nadie quiere saber de té. Tómatelo en la calle y regresa.

Se impuso un silencio glacial.

Capítulo XV

LA VIDA COMIENZA CADA DIA

El doctor de Mendoza de Osma no podía ocultar su inquietud. Al fin y al cabo él había sido el médico familiar de los Vergara, de don Pedro José y de su esposa, doña Clotilde, Condesa de San Blas, toda la vida.

El doctor Mendoza de Osma había estado siempre unido a los Vergara sobre todo, sentía ternura por la austera, bondadosa y unida familia de los Vergara; más aún, desde una dolorosa noche, diecisiete años atrás. Lo habían llamado entonces, de urgencia, como ahora, para la misma paciente: Lola.

Aquella vez Lola tenía el vientre hinchado, pero no se quejaba de dolor alguno. Le preguntaron los acongojados padres:

—Díganos la verdad doctor. ¿Qué es lo que tiene Lola?

El doctor, después de escarbar la imaginación tuvo que llegar al punto: —Lola está.....embarazada, tiene cinco meses de preñez, pero se halla en buen estado.

Había que encarar aquel drama de honor. Los dos viejos acordaron, en un gesto de sublime amor a su pecadora hija, que doña Clotilde debía fingir que ella era la preñada, a fin de salvar el honor familiar y considerar a su nieta como hija.

Fueron meses terribles para la familia Vergara. Al fin, llegado el término del plazo natural, el doctor Mendoza de Osma, requerido para actuar, prefirió que se llamase a una famosa y discreta comadrona de la Lima de entonces: Magda-

lena Palacios. Y, bajo los cuidados de ésta, se llevó a cabo el feliz alumbramiento de la hija-nieta de los señores Vergara.

Hoy se reproducía el cuadro aquel. El doctor llamó aparte a Esther y le dijo con frígida indiferencia profesional:

—Lola ha querido suicidarse. Ingirió una fuerte dosis de láudano, que es opio líquido. Eso ha sido conjurado lavándole el estómago y poniéndole una inyección; pero, las contracciones provocadas por el láudano, han precipitado un aborto que es lo que tenemos que atender; sólo que se trataría de un aborto medicamentoso y yo no hago abortos de ninguna clase; moral y profesionalmente no me siento hábil para ello. Estamos frente a un dilema. Sugiero que llamen al doctor Salazar, que es un ginecólogo de experiencia y renombre y además, a la Magdalena o a la Gabriela, que son comadronas con experiencia y conocimiento envidiables. Yo he cumplido en lo que me corresponde pero, comprendo que ya no están en vida la ilustre señora doña Clotilde ni el coronel don Pedro José, y las cosas son distintas.

Los tres hermanos cuchichearon durante unos minutos. Lo primero que resolvieron fue que Carla, o sea Chiquita, debía ser acompañada por Marina a casa de José Pepe, en donde se entretendría con los hijos de éste. Lo segundo, enviar un coche por doña Gabriela a quien ya habían prevenido por teléfono. El coronel Alcázar se había retirado apenas abandonó el médico la alcoba de Lola.

Llamaron por teléfono; Esther acudió a responder la llamada: Aló... sí Esther... El médico ha hecho algunas indicaciones..... No, no es necesario que vengas... No, de ninguna manera; no digas nada, menos a ese mier...; no lo enteres de nada. Hasta mañana.

—¿Quién es?... preguntó Luis José.

—El coronel Alcázar. Figúrate, quería dar noticias a ese hijo de perra, el coronel Chaves.

* * *

Esa misma tarde los diarios vespertinos publicaban el decreto por el cual se adelantaba la fecha de la trasmisión del Mando. El coronel Chaves era el centro de la atención general. Se decía que él era el *Deus exmachina* de aquella maniobra.

A las tres de la tarde de la fecha señalada, el general-Presidente, en la clásica carroza del Gobierno, semejante a la del Rey de Inglaterra, una carroza dorada tirada por cuatro hermosos caballos blancos, salió de Palacio. Dos filas de soldados, con uniformes de gala, la flanqueaban desde Palacio hasta el Congreso. Vestido de frac verde con pantalones cortos y medias blancas y largas, sombrero de media copa, el cochero italiano mantenía las riendas de los caballos; a su lado, el ayudante, trajeado como el cochero, tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

El general-Presidente, con su uniforme de gala y bicornio emplumado, estaba sentado en la parte posterior del coche, al lado derecho según el protocolo; a su izquierda iba el Jefe del Gabinete y al frente, sus Edecanes. El coche arribó al Congreso; tocaron la Marcha de Banderas; luego, el Himno Nacional.

Ocupó su puesto en el estrado y leyó un pequeño mensaje. Enseguida, entre vítores y aplausos, ingresó al hemiciclo del Congreso el nuevo Presidente vestido de frac; severo aunque sonriente, y subió al estrado. El general-Presidente le tomó juramento y, quitándose la banda presidencial la ciñó al pecho de su sucesor.

Una ovación estruendosa precedió al Himno Nacional, que fue coreado por toda la concurrencia. El general Presidente abandonó el estrado y luego, el hemiciclo.

Al salir del local del Congreso para subir a su coche particular, estalló un griterío estruendoso contra el general, ya ex-Presidente, que un poco pálido encaraba, con una falsa sonrisa, los vituperios populares. Algunas piedras alcanzaron a los caballos que trotaban rabiosos. La silbatina era espantosa. El nombre del general surgía cubierto de insultos. Así llegaron nuevamente a Palacio.

El nuevo Presidente, pálido pero sereno, hacía ademanes

para tratar de aquietar a aquella multitud hostil y frenética. Por fin llegó a Palacio. El general acompañó a su sucesor hasta su Despacho y con voz firme comentó:

—Excelencia, usted ya conoce esta casa y me la podría mostrar a mí como un antiguo propietario. Se la devuelvo.

—Señor general, el título de Excelencia que le corresponde también a usted, será abolido dentro de pocos días; somos dos ciudadanos de buena voluntad y este Palacio será siempre tan suyo como mío y como de todo el que nos suceda. —Y agregó—: Y me sería muy grato acompañarlo, general, hasta su casa.

El coronel rehusó cortésmente y sólo pidió una hora para disponer lo necesario para el buen orden de su salida.

Llamó por teléfono al general Muñiz para que lo acompañara en ese enojoso trance. Muñiz sufría un agudo ataque de asma. Sin embargo, respondió:

—Iré en coche; estaré en Palacio en el término de la distancia.

La salida del general ex-Presidente y su recorrido desde la Plaza de Armas, por el Jirón de la Unión culminó con la llegada hasta la casa de su familia.

El comentario posterior, de Muñiz con el coronel Alcázar, fue breve.

—He hecho lo que he podido; él no provocó la Guerra Mundial.

Alcázar invitó a Muñiz a reponer fuerza. El general estaba lívido y con los ojos hundidos, las mejillas flácidas.

* * *

El coronel Alcázar llamó varias veces a la puerta de los Vergara. Al fin salió Luis José en persona. No le abrió la puerta, la entreabrió:

—Coronel, le ruego regresar dentro de dos horas. Tenemos algunas dificultades. Por favor, coronel.....

El coronel rezongó algo entre dientes, pero se retiró con prudencia.

La gente miraba con sorna su uniforme de gala. Habían

pasado los días de las glorias marciales. El coronel se dirigió a la Confitería Broggi, que estaba a medio cerrar. Su propietario, el suizo don Pietro Broggi, se hallaba en la entrada.

—Don Pietro —le dijo— invíteme usted un refresco con granadina; estoy exhausto.

—Lo entiendo coronel; le voy a preparar un ponche de cognac con helado de vainilla y jugo de albaricoque. ¿Le gusta?.

—No sé, pero necesito eso y un buen pisco puro. Esta gentuza es una mierda.

Don Pietro comentó: no le he oído coronel; estoy un poco sordo.

Capítulo XVI

ASOMAN LOS GENERALES

El señor Presidente celebraba el consuetudinario acuerdo ministerial con el Ministro de Guerra y Marina. El general Bedoya había concluido de revisar los cuadros de los comandantes de las guarniciones. El señor Presidente opinó con voz doctoral:

—He pensado, señor Ministro, que debemos hacer algunos cambios en los mandos militares; debemos dar más fuerza a los generales pero, tenemos muy pocos. A la vez, creo que los generales deben tener ocupaciones no sólo castrenses sino también políticas, diplomáticas y sociales, de modo que, desde sus cargos, ejerzan influencias sobre la sociedad, incluyendo a civiles y militares. El general-Ministro emitió suavemente su opinión.

—¿Estimó su Excelencia que al general Cáceres, reliquia de nuestro ejército, lo debemos enviar como Ministro Plenipotenciario a un país europeo? Su hija, doña Zoila Aurora, conoce muy bien el ambiente social y literario de París.

Hubo una corta pausa. El Presidente continuó su análisis:

—Me parece deberían ser generales el veterano coronel Freyre y mi antiguo Edecán, el coronel Huguet.

El Ministro le dijo:

—Hay un nuevo plantel de coroneles cuarentones que deberían ser generales; algunos de ellos con experiencia en la vida social y trato político. Por ejemplo, el coronel Chaves.

El Presidente hizo un brusco movimiento de cabeza.

—Es una buena propuesta. Se me ha tenido informado de su intervención tan conocida y cercana al golpe que creó la Presidencia Provisional y ahora, es usted el que me lo propone. No me parece lo mejor; más bien, habría que tenerlo lejos.

—Hay otros más —acotó el Ministro—; por ejemplo, los coroneles Sarmiento, Martínez, Soyer, Puente, Ballesteros, Fernández, González.

El Presidente sólo musitó un¡hum!.

* * *

La llegada de doña Gabriela a la casa de los Vergara fue muy silenciosamente. La acompañaba su asistente que portaba un maletín. De inmediato, se encerró en la alcoba de Lola. Poco después salió e informó a Esther: —Es un aborto de tres meses.....Lolita está extenuada y todavía tiene huellas de intoxicación y, de las emociones y sabe Dios que otras cosas, han deteriorado al feto.

Esther no contestó; sólo dijo: —Voy a consultarlo con mis hermanos.

Nadie discutió la opinión de doña Gabriela, que coincidió con lo diagnosticado por el doctor Mendoza de Osma. La comadrona se había quitado la mantilla; se lavó y desinfectó las manos; se puso los guantes para operar; hizo hervir sus instrumentos, dispuso que le tuvieran una tetera con agua hirviendo y cogió un frasquito de cloroformo y un trozo de gasa para una rápida anestesia; hizo que se desinfectara la asistente; se puso su mandil blanco de operadora y cerró las puertas tras de sí.

Al cabo de media hora reapareció. El sudor le chorreaba por la frente. Adentro había dejado a Lola que dormía con un rictus de dolor en los labios; y, en un balde, se veían trozos de algo sanguinolento y unos trocitos que parecían ser de tejido humano. Doña Gabriela se dirigió al baño: —Todo salió bien Esther; Lola está descansando. Le dejo aquí una receta.

José Pepe y Luis José fumaban como murciélagos, silencio-

samente, en el escritorio. Desde la pared del fondo los contemplaban dos viejos: los retratos de don Pedro José y de doña Clotilde.

-Ay.....si papá y mamá hubiesen sabido de esto.....

-No lo sabrán, no sufrirán tanta pena y vergüenza.

José Pepe, después de una dilatada pausa exclamó: -No cabe duda, el tal coronel Chaves es el causante.

Luis José replicó lentamente:

-Puede ser cierto, pero si Lola no hubiese querido.....si no fuese tan fantasiosa y apasionada..... si no hubiese viajado sola a París.....; si no hubiese conocido al susodicho.....

-Ya; déjate de tantos "sí". Ella y el coronel son responsables y tanto él como ella son mayores, y ya saben lo que es eso. No los podemos exculpar. Cuidemos el secreto.

-Lo malo es que el coronel Alcázar, tan hablador, lo sabe.

-Esther se encargará de hacerlo callar.

Efectivamente, el coronel Alcázar no podía callar ni sus pecados. Desde luego no esparció la noticia sino, para el coronel Chaves a quien increpó su conducta. Y el coronel, cínicamente había respondido: -¿Y qué quería usted que hiciera yo? ¿Qué la repudiara como el casto José a la mujer de Putifar? Mire coronel Alcázar, se necesitaría ser un ángel, si los hay, para no caer en la tentación. Lo único es, que no se tomaron las precauciones debidas. Lo demás anduvo bien.

Capítulo XVII

LA AUSENCIA CURATIVA

El coronel Chaves había alquilado un pequeño departamento en una casa grande de la calle Gremios, a cuatro cuadras de la Plaza de Armas y, por tanto, a igual distancia de la del Ministerio de Guerra y Marina. Era una casa de estilo republicano. La puerta de cedro, de dos alas, lucía un grueso llamador de bronce; después seguía un vestíbulo de azulejos; luego, un patio blanco, sin techo, lleno de luz y de plantas. Las habitaciones a ambos lados del vestíbulo quedaban a continuación pero a la izquierda del pequeño vestíbulo había una puerta con vidrios y contraventanas; era el departamento del coronel.

Constaba de dos piezas amplias y un baño sin ducha; una cocina moderna y un lavabo de mármol. Las habitaciones tenían dos grandes ventanas a la calle de Gremios y tres a la de Borriquetas. Eran ventanas con rejilla de hierro que permitía observar la calle, de manera que el curioso pudiera ver sin ser visto.

El mobiliario no era lujoso, ni mucho menos; dos camas de hierro de plaza y media, un escritorio, una silla, un estante con portezuela de vidrio, una mesa auxiliar con cuatro sillas; un ropero de dos cuerpos; una cómoda inglesa con tres cajones horizontales; una mesa de comedor; una imagen del Corazón de Jesús, una gran fotografía de la Plaza de Armas; un sofá de terciopelo y dos butacones haciendo juego y, un armario con alguna piezas de cristalería y otras tantas fotos.

Al costado del baño se abría la habitación donde había una cocina de kerosene, una mesita auxiliar, dos sillas, un lavabo; en un rincón había platos, tres ollas y una sartén. El coronel pagaba setenta soles al mes como alquiler.

Esa mañana, después de prepararse y tomar el desayuno, empezó a leer los diarios aún vestido con su pijama de seda china y su bata de felpa color carmesí. Se había calado los espejuelos. De repente, soltó una exclamación: ¡Carajo, me jodieron!. El coronel volvió a leer la noticia. El Gobierno lo había designado **attaché** militar en Washington.

Estrujó el diario y se levantó para llamar a alguien por teléfono. Habló un par de minutos; luego, se sumergió en el agua tibia de la tina y se vistió de uniforme para salir a la calle. Le temblaba la barbilla de rabia. En ese momento sonó el timbre de la puerta; abrió. Era el coronel Alcázar, vestido de civil, muy acicalado y oliendo a agua de Kananga.

—Lo felicito colega; su designación es justa y muy merecida. Le felicito. —La respuesta dejó paralizado al coronel Alcázar:

—Gracias, aunque me parece muy brusca su felicitación. Este nombramiento es un destierro; yendo a Washington me sacan del juego y, para que no me queje, me pagarán en dólares cuatro veces lo que aquí percibo de sueldo. Me encargarán unos cuantos informes y, cuando se hayan olvidado de mí los compañeros de la carrera, entonces me permitirán volver y ya no tendré oficio ni opción a reingresar en mi carrera para un trabajo que valga la pena. ¿Valdrá todo esto la pena?

El recién llegado permaneció de pie, sin aceptar el asiento que Chaves le ofrecía.

—Querido colega, siento mucho haber venido a perturbarlo. Dé por retirada mi felicitación. Quede usted con Dios. Hasta luego.

El coronel Chaves se dió cuenta de que se había excedido en su protesta y, quitándole el sombrero a su amigo, lo abrazó.

—Por favor, excúseme coronel. Si Ud. me permite, vamos a conversar. Agradecería mucho su comentario.

El coronel Alcázar llegó tarde donde su novia, sin haberse repuesto de su ocasional choque con el coronel Chaves.

—Tienes cara de fastidio. ¿No pasaste buena noche? ¿No has dormido bien? —interrogó Esther.

El coronel Alcázar refirió, a grandes rasgos, lo ocurrido. No se dio cuenta de que Lola, muy calladita, en bata de levantarse, estaba escuchando. Lo que lo turbó más.

—Buenos días Lola; no la había visto.

—Así que Julio César se marcha a Norteamérica. Feliz él. Lástima que no tenga quien lo acompañe porque ni siquiera su hijo irá con él.

* * *

La campaña en pro de un pacto con los Aliados sacudía los ambientes mesocráticos del Perú. La masa popular se dividía entre admiradores de las victorias germanas y fervientes partidarios de Francia e Inglaterra.

La influencia inglesa venía desde los tiempos de la Independencia y, la mayor parte de las casas exportadoras eran de origen británico. Por otra parte, el Ferrocarril Central estaba administrado por la Peruvian Corporation, cuyo Gerente, un gringo flaco como un galgo, alto como un álamo y rojo como una betarraga, tenía constante acceso a las oficinas públicas. Además, la Escuela Militar estaba dirigida por franceses y, los discursos de "El Tigre", Clemenceau, y la resistencia del Marne y de Verdún habían sido ampliamente popularizados por la prensa diaria. Se hablaba de Gavroche, el muchacho héroe de Víctor Hugo, como si fuera un ser vivo.

Como un símbolo de ello, a la espalda del Hotel Maury, dando frente al atrio de la Catedral, se había establecido un buen hotel con el nombre de "Francia-Inglaterra"; en él se refugió el caudillo liberal, Augusto Durand, durante la noche del golpe de Estado contra Billinghurst; allí se alojaban artistas y personajes de trapío.

Se vislumbraban las elecciones parlamentarias de 1917. Sin embargo, desde Washington, el nuevo *attaché* militar, el coro-

nel Chaves, comentaba sarcásticamente: –Estos gringos quieren combatir en Europa y, para diciembre estarán en el Viejo Mundo sus mejores “boys”; el general Pershing, que los va a comandar, fue abatido en la frontera con México por los hombres de Pancho Villa.

Los inmigrantes italianos de Chicago y Nueva York, los miles de alemanes del estado de Nueva York, Michigan y Providencia, cada cual por su lado, gastan en su propaganda todo lo que pueden. Había aparecido una nueva generación de escritores, nada pusilánimes y demasiado afrancesados: Ernest Hemingway, John Dos Passos, Sherwood Anderson, Waldo Frank y Sinclair Lewis.

El Presidente del Perú, navegando a contramano en medio de la crisis, trataba de modernizar la estructura del ejército: –Necesitamos generales más que coroneles. Así había un trato concreto y definitivo.

Los coroneles se dividían entre los que preferían seguir siéndolo y, los que se quemaban en el altar de los generales frustrados.

Capítulo XVIII

LE PERE VICTOIRE

Sucedió lo que tenía que suceder. En 1916, el inmenso ejército ruso sufría las terribles derrotas de Los Lagos Mazurianos, a manos del General Von Hindenburg y el Perú entraba en la contienda del lado de los Aliados a causa del hundimiento de un barco petrolero; hundimiento atribuido a un submarino alemán.

En 1917 estalló la Revolución Rusa y terminó la mexicana. En febrero de ese año, 1917, la Revolución Menchevique, dirigida por Alejandro Kerensky, apresaba al Zar y a su familia y proclamaba la República de los Soviets. En octubre, el sector maximalista del P.C., Lenin, Trotsky, el viejo Kamenev, derribaba a la república de Kerensky, e hicieron matar a toda la familia real en Ekaterinburgo, y concertaron la paz con los alemanes con el Tratado de Brest-Litovsk. En esos momentos, el general Pershing desembarcaba en Francia con sus primeros centenares de millares de soldados, para reforzar y reconstruir el frente occidental.

Ese mismo año, la revolución mexicana quedó sellada con la Constitución de Querétaro.

El ex-Presidente Leguía, quebrado a consecuencia de la derrota rusa, desde Londres, iniciaba la primera etapa de su campaña para reconquistar la Presidencia del Perú. Agobiado por tantos sucesos, el Presidente Pardo robusteció el Regimien-

to de Gendarmes, aunque continuó prestando asistencia a sus coroneles más adictos.

El coronel Alcázar había telefoneado exultante a Esther: —Ahora sí que seré general; me lo ha prometido el Presidente: “Hágase su uniforme de general; es caro pero duradero y le dará muchas satisfacciones”. He salido de Palacio solamente para telefonearte.

Chiquita dio un salto de alegría al oír la buena nueva y, abrazando a Esther gritó: —¡Viva el general y la generala Vergara de Alcázar! Lola bajó la cabeza como avergonzada y se marchó a su habitación.

Esther, conservando la calma, aunque estaba muy pálida, acertó a contestar:

—Esta angustia se cura con una pizca de carmín, un poco de colorete, otra pizca de rimmel y un poco de jerez puro. Así lo hizo.

Luis José llegó de la calle con un diario bajo el brazo:

—Esther, te felicito, si es que realmente quieres a tu coronel.

Esther tenía los ojos llenos de lágrimas y se bebió de un trago la copa. Marina aplaudió. Luis José llamó a la puerta del cuarto de Lola; no tuvo respuesta.

Por la tarde, entró en la casa triunfalmente el ascendido general Alcázar. Dio un cariñoso pescozón a Marina, abrazó a Luis José y, amorosamente colmó de besos a Esther; y preguntó luego:

—¿Dónde está Lolita? Le traigo un recuerdo de París.

Esther le arrebató el paquetito y el sobre que envolvía, pero lo guardó rápidamente. Lola había salido de su cuarto; estaba blanca como el papel. No se había peinado; con voz tenue, se dirigió al coronel:

—General, lo felicito. General, no pierda la amistad del coronel.

Luis José, sigiloso, dijo: —Ingenioso, hermana; ingenioso.

—Cállate; tú nunca supiste distinguir entre la alegría y la pena. Eres un hombre inconmovible y figurón.

El flamante general Alcázar se sintió algo fastidiado, sin llegar a comprender lo que pasaba.

Se improvisó una comida triunfal. José Pepe fue invitado con su familia. Esther se las arregló para servir un menú rápido y sabroso. Lola, apenas probó bocado. Llegó a felicitar al nuevo general, el vecino, que era un abogado especialista en contratos. Después de las frases de rigor y mirando en torno de la mesa, pronunció un pequeño discurso para el general Alcázar y, pidió un brindis por el coronel Chaves.

Aunque de mala gana, todos levantaron su copa. La de Lola se derramó sobre el mantel.

El abogado, siempre inoportuno, comentó:

-Creo que he metido la pata. Perdónenme.

-No es nada doctor; no ha ocurrido nada.

* * *

En Washington, blanco y monumental, el apestado coronel Chaves recibió la bendición helada del clima local.

Un grupo de funcionarios de la Legación del Perú había acudido a la estación del Ferrocarril. El coronel llamó a un "red cap" entregándole la seña de su equipaje. Soplaba un viento terrible; en la estación había más uniformes que trajes civiles. El coronel estaba de civil, envuelto en un grueso paletó, con un sombrero de fieltro encasquetado hasta las cejas y sus manos enguantadas. Rápidamente, abandonó la estación y se dirigió al alojamiento que le habían preparado sus colegas.

Las colonias de los países aliados, organizaban continuas manifestaciones callejeras en contra de Alemania y de Austria. El kaiser, Guillermo II, con sus bigotes altaneros, engomados y su recio perfil bélico, sus vistosos uniformes y su casco de acero y, la fama de su cañón Berta, eran objeto de caricaturas y sátiras. Francisco José de Austria, con sus patillas de abuelo, recibía las audaces sátiras de caricaturistas.

Algunos latinoamericanos recordaban con ironía, la figura de Maximiliano de Austria, fugaz Emperador de México, fusi-

lado allá por 1867, en el cerro de Las Campanas, por Benito Juárez.

Los discursos de Woodward Wilton nos hablaban de idealismo, de moral, de solidaridad. El ex-Rector de la Universidad de Princeton había tomado como suya la causa de los Aliados y la idea de un mundo unido y pacífico.

* * *

El coronel Chaves, fácil lector del inglés, pidió los diarios del día no bien hubo llegado a su hotel. Su habitación, en el tercer piso, tenía una amplia ventana desde la que se divisaba el río Potomac y el Washington Memorial. En el parque vecino, las ardillas subían y bajaban de las acacias deshojadas, con sus ramas desnudas como brazos de mendigos. El coronel probó la cama; era mullida y bien abrigada.

No bien se despidió el Secretario de la Legación, tocó el timbre y pidió un whisky doble; lo bebió con avidez y se decidió a descansar hasta el día siguiente.

Ningún recuerdo turbó su sueño. El ambiente calefaccionado contribuía a elegir a Morfeo como el supremo dios de un nuevo Olimpo.

Capítulo XIX

NUEVOS AMORES

El Presidente y su Ministro de Guerra revisaban los informes provenientes de sus Agregados Militares acerca de las últimas variantes de la guerra.

Al llegar al del **attaché** en Washington, el Presidente dispuso:

Este **report** lo veremos también con el Ministro de Relaciones Exteriores. Era un informe corto pero nutrido y agregó:

—El coronel Chaves es un hombre de múltiples conocimientos y vínculos. Entiendo que nuestro **attaché** combina los asuntos de la guerra con los de la política y con los del..... amor.

El Ministro de Guerra sonrió con malicia:

—Creo que estos últimos lo embargan tanto como los otros; por algo es uno de los coroneles mejor plantados de nuestro ejército.

El Presidente, sonriendo agregó:

—Parece que al fin se está arreglando la cuestión de su divorcio. Esta es una de las causas de su rezagamiento. Necesitamos gente que esté bien con Dios.

El Ministro estuvo a punto de añadir "y con el diablo" pero, detuvo la frase y cortó diciendo: —Tal vez ahora formalizará su aventura con la hija del coronel Vergara.

El Presidente, sin levantar los ojos de un documento que firmaba, acotó:

—Parece que es seguro y, ojalá así sea; los Vergara son

personas de linaje puro, bien nacidos, bien educados pero no siempre bien guiados. Con todo, su apellido es una parte de nuestra tradición y una parte de nuestra historia; eso es lo que hay que tener en cuenta. El coronel es un tanto tarambana y me dicen que en Washington anda en amores con una gringa muy bien puesta y de alguna fortuna.

El Ministro de Relaciones Exteriores, con una carpeta bajo el brazo, se hizo presente. Comenzó el "acuerdo" biministerial.

En efecto, el informe del coronel Pando tenía más de política que de guerra; a primera lectura se advertía, a través de sus observaciones, que no guardaba mucho respeto por las lecciones de West Point, aunque sí, parecía tener mejor concepto por los productos de Annapolis. No se podía negar; el coronel Chaves era un producto europeo, de la escuela francesa de St. Cyr y, un admirador de la organización naval británica.

En cambio, sus observaciones sobre el ambiente político norteamericano eran muy agudas. Según él, la guerra europea estaba ganada; el ejército norteamericano había suplido con creces la eliminación de los ejércitos rusos, después del Tratado que él calificaba como "la traición" de Brest-Litovsk.

El informe no era muy técnico; traslucía que todavía no estaba bien aposentado. Se apreciaba que había almacenado un buen número de lecturas pero, no creía mucho en la pericia estratégica del generalísimo John Pershing, y se le advertía dudoso de las pautas que el Presidente Wilson había señalado como objetivo de la intervención norteamericana. Para un hombre pragmático como el coronel Chaves, no cabía comparación entre el catedrático Presidente Wilson y el combativo George Clemenceau, a quien no tardarían en llamar, unánimemente "El Père Victoire", el Padre de la Victoria, por su tenacidad incansable para dirigir la contienda desde el lado francés.

En ese aspecto, el informe del coronel Chaves era absolutamente positivo.

El informe del Coronel Chaves suponía que la popularidad del Presidente norteamericano, después de su victoria en la intervención coronada en Europa, no resistiría el peso del

tradicional aislamiento yanqui. El coronel decía además, que las bajas sufridas en los campos de batalla –que habían sido miles– no significaban mucho.

–Este hombre no tiene sentimientos; es una máquina de calcular –masculló el Presidente.

Según el informe del coronel, ya el propio partido del Presidente Wilson, cuestionaba sus ideas de formar una futura Sociedad de Naciones: –¿Qué vamos a hacer nosotros solos en una liga europea en que los demás serán estrellas?. Basta leer los discursos del Ministro Clemenceau, las declaraciones de los británicos, desde Asquith hasta Gray y el severo Chamberlain; también la opinión del Conde Sforza, de Francisco Nihi. Parece que queremos decir que seremos sirvientes de las potencias europeas.

El Ministro de Relaciones Exteriores interrumpió la lectura del informe para decir:

–Esta parte del informe del coronel cuenta lo que Francisco García Calderón, de gran prestigio, y el doctor Mariano H. Cornejo, que aunque ex-pierolista y un tanto leguista, ha generado una corriente de opinión peruana, dicen. Ambos coinciden en que el “wilsonismo” es una nueva concepción de la política mundial y que ésta, es la doctrina vencedora del futuro inmediato.

Prosiguiendo la lectura del informe, el coronel solicitaba una pequeña licencia de dos semanas para viajar al Sur de los Estados Unidos. El Canciller puntualizó:

–Entiendo que el coronel ha formalizado su divorcio en México y que se va a casar con una señorita Mary de Hamilton, también divorciada y, para colmo con un hijo.

–El divorcio no está permitido en nuestra legislación, pero si se hace en México o en Uruguay, tenemos que considerarlo seriamente; realmente, el coronel Chaves ama la aventura y carece de prejuicios. Es un hombre peligroso.

Después de un minuto de reflexión, el Presidente añadió:

–Esto comprueba dos cosas: que estuvimos acertados al no ascender al coronel Chaves y, que hicimos bien en enviarlo al

extranjero. Ahora, señor Ministro de Guerra y Marina, debemos resolver qué hacemos con él después de que concluya la contienda europea y con ello, su misión en el extranjero. Hay que ver dónde lo mandamos porque aquí, tal como lo veo, resulta sobrando.

* * *

Los diarios publicaban nutridas informaciones sobre la firma de la paz de Europa. El general Foch, había obtenido el triunfo e impuesto sus condiciones a las tropas alemanas; había que firmar un Tratado de paz multinacional. El centro de esa tarea, eminentemente política, sería el Père Victoire y, las cuestiones doctrinarias se basarían en "los catorce puntos del Presidente Wilson".

El coronel Chaves informaba con cierto esceptismo. Como era partidario de la fuerza, sus "reportes" empezaban a dejar sentir cierta admiración por la organización del ejército alemán y, al mismo tiempo, una peligrosa simpatía por el Ejército Rojo de la Rusia comunista.

El Presidente, al leer una de esas páginas, señaló con lápiz rojo el nombre de León Trotsky. El Ministro comentó que, "parecería que al coronel Chaves le gustaría organizar un Ejército Rojo en el Perú".

De Alemania llegaban noticias insospechadas. El Kaiser Guillermo II, se había encerrado a piedra y lodo, en el castillo holandés que le dieron por prisión y refugio. Había renacido el movimiento socialista de los tiempos de Bismarck. Un burgués gordo, locuaz y partidario de las ideas socialistas se destacaba como conductor del pueblo alemán; se apellidaba Eberth, y había hecho una mezcla seductora de los principios saintsimonianos, de las lecciones de Bebel, de las proclamas de Liebknecht y, de un cierto sentido democrático francés.

—¿Qué saldrá de ese menjunje?— comentó uno de los Ministros en el Acuerdo Presidencial.

–Los alemanes tiene el don de organizarlo todo..... hasta el desorden.

Entre las noticias de la página social, apareció en “El Comercio” de Lima, una nota dando cuenta que el coronel Chaves había contraído nuevo matrimonio en New York.

Lola reclamó los diarios, como era su costumbre, y se dio con la noticia: “El coronel Julio César Chaves, Agregado Militar del Perú, contrajo nupcias con la señora Mary W. Hamilton, en la ciudad de New York. Los novios se embarcaron rumbo a Francia.....”.

Luis José le arrebató el diario rápidamente. Lola reclamó:

–El diario, por favor; que te compren uno.

–¿Qué mala noticia hay? ¡Qué cara la de ustedes!

Luis José se hundió en las páginas de otro periódico. Esther tomó a Chiquita de un brazo y le pidió:

–Anda con Marina, aquí cerca donde Kitsutani, y cómprame un frasco de sándalo y uno de palillos de dientes.

Chiquita salió. Luego, se escuchó una especie de aullido; un grito inmenso y gutural.

–Dios mío, Lola –dijo Esther–, que con Luis José se precipitaron a la alcoba de su hermana.

* * *

–La verdad es, que el método de ascender a coroneles parece ser anticuado y, ascender a comandantes y a mayores, no ha surtido el efecto deseado. Ahora, ya no son los coroneles quienes hacen política sino los generales. ¿Qué hemos ganado? Nada. El general tiene mejor acogida que el coronel, por tanto, si están descontentos el descontento es la mayor tragedia.

El Presidente de la Cámara de Diputados, que era un veterano de la Guerra del Pacífico, el Ministro de Guerra y Marina, el Ministro de Gobierno y Policía y, el Secretario de la Presidencia, escuchaban preocupados las palabras de su jefe y mentor.

–Los coroneles derrocaron a mi antecesor legal; los jóvenes

civilistas adularon a los coroneles; los coroneles obligaron al general-Presidente a dimitir el mando antes de lo previsto; los coroneles apoyaron decisivamente para que los generales perdieran la primicia. Buscando analogías, nos detuvimos en Francia y Alemania, que tienen un numeroso grupo de generales y en donde, los coroneles guardan estricta subordinación a los generales. Nos decidimos pues a ascender a un mínimo de coroneles de confianza y de prestigio, y ahora, esos nuevos generales hacen lo mismo que los antiguos coroneles, y con más fuerza. Sigo preguntando: ¿Qué ganamos con ello?

Se produjo un largo silencio. Todos pensaban en lo que estaba ocurriendo. A principios de año, había regresado el candidato refugiado en Londres. Inmediatamente, inició una serie de almuerzos, lonches y comidas, con los generales, coroneles, comandantes y, hasta capitanes; todos ellos bien aleccionados y bien seleccionados.

No hablaba de política local. El candidato les contaba cosas de la guerra europea y posibilidades de renovar el estilo de las Fuerzas Armadas. Las hazañas de la Real Fuerza Aérea de los británicos, de la marina norteamericana; de los navíos y la capacidad organizativa de los alemanes; la sintonía entre el ejército y el pueblo, en Francia, Inglaterra y Alemania; y decía que los norteamericanos hacían los armisticios. El ilógico repudio a la idea de la Sociedad de las Naciones, la actualización de los problemas de Tarapacá, de Tacna y Arica; la decadencia de las colonias; la urgencia de un nuevo sistema económico—social; la urgencia de los sindicatos; la presencia de los estudiantes universitarios. ¡Qué inmenso y atractivo conjunto de temas y sugerencias!

Se hallaba, el señor Presidente, despachando con su Secretario, feo sin duda alguna, cuando entró precipitadamente uno de los familiares de aquél; venía azorado. Era un cuarentón rubicundo, robusto, de cara alegre y gesto desembarazado. El señor Presidente plantó la mirada y la fijó en el recién llegado.

—¿Cómo estás Alfredo?..... Te veo inquieto, ¿ha ocurrido algo malo?

El llamado Alfredo se pasó el pañuelo por la frente y tomó asiento en uno de los butacones del despacho.

–Acabo de pasar por la calle de Cueva; venía de Santa Teresa y quise cortar camino y, en la calle de Pando vi una hilera de coches frente a la casa de tu amigo el candidato y, ¿quién crees que bajó de su coche, muy enlivotado y con “tarro de unto”? Pues el señor general Cáceres, con sus patillas al viento, alto y erguido como siempre.

–¿Y qué tiene eso de extraño?.

–Pues sólo que no era el único general de visita con el candidato; juraría que estaban todos los generales, excepto el... Ministro de Guerra.

El señor Presidente se quitó los lentes, los limpió con su pañuelo de hilo, se los caló nuevamente y sentenció: –Eso ocurre siempre que uno está terminando de gobernar. Pero, lo más feo es que están algunos de los generales que yo ascendí para acabar con las intrigas de los coroneles; y, lo peor es, que nuestro candidato, el nuestro, Juan Pepe, sigue siendo un hombre elegante, fino, bien puesto; de larga tradición de piero- lista; con su hermosa querida, su simpatía de gran señor y su mucho dinero para... malgastarlo.

–Hay tiempo para lanzar a otro.

–El otro sería otro gran señor; de mucho dinero, haciendas y, muy poca popularidad. resignémonos; el candidato de la oposición ganará las elecciones. Tiene experiencia, astucia y audacia.

Capítulo XX

LA CALLE ARDIA DE "VIVAS"

La calle ardía de "vivas" y "muertas" de diferente tono. Era una hoguera de pasiones y alaridos. Se habían realizado las elecciones y, como tantas veces, los adversarios trataban de destruirse recíprocamente. Según todas las apariencias, el candidato chiquitín, anglófilo y vecino de la calle Pando, era el triunfador. Su rival, un solemne caballero, alto y bien nutrido, de elegancia británica, apenas llegaba al mínimo de los sufragios. Sin embargo, se discutía el reconocimiento del vencedor. Era lo mismo que en 1912. Un amplio triunfo popular y un regateo de la oligarquía.

La situación se agravaba día a día, al punto de que el comandante Landázuri y el capitán Price, hombres de confianza del vencedor, habían llegado a expresar públicamente, una alternativa amenazadora: —¡O triunfa la voluntad del pueblo o se liquida el Congreso! La voz la tiene el pueblo y los cuarteles, que también son populares.

—Lo que pasa es que los ascensos a generales han creado una situación nueva, nada agradable para los coroneles que no han sido ascendidos —comentó uno de los asistentes— y ahora, tenemos que continuar con las inquietudes no sólo de los coroneles sino de los generales.

El candidato intervino:

—Yo siempre tengo presente, con respecto a estas intrigas, mi experiencia personal del 29 de mayo de hace diez años.

Como ustedes recuerdan, me sacaron de Palacio, después de matar a mi Edecán, al mayor Eléspuru y al soldado Choquehuanca, centinela de la Puerta de Honor de Palacio. Me pasearon por el centro cerca de dos horas y sólo, cuando estuvimos en la Plaza de la Inquisición, apareció un alférez; sí, un alférez, con veinte hombres a caballo. El hombre, miró al grupo que me tenía junto a la estatua de Bolívar, y siguió su camino. Al poco rato, volvió con su gente, sin caballos, dio una voz de alerta y disparó sobre el grupo. El negro que me acogotaba, cayó sobre mí bañándome en sangre; los demás, fugaron o murieron.

—El Alférez, se me acercó pistola en mano; yo me levanté y le dije: ¡Gracias, señor capitán! Desde entonces, el alférez Gómez fué el capitán Gómez. ¿Y los generales? El jefe del ejército, un general francés, casado con una limeña, estaba a dos cuadras, discutiendo con otros jefes, sin hacer nada; coroneles y generales habían desaparecido de la escena. Volví a Palacio con el alférez y su gente; ya el Prefecto me andaba buscando; mi experiencia sobre los mandos no era muy ligera.

—Dejen de discutir esas cosas y atendamos a lo inmediato, sugirió alguien del grupo.

El candidato, que alcanzó a oír el áspero comentario, amonestó suavemente.

—Señores, no digan eso; no lo resisto. Los cuarteles son una expresión profesional cerrada y sólo actúan en las ocasiones irremediables.

El comandante estrechó las manos de su jefe y exclamó, con voz ahogada:

—No hay malos hombres con usted, Presidente.

—No se trata de eso amigo mío. El ejército es un conjunto de hombres de varias clases y de equipos. Los hombres son variados: los hay ambiciosos, gordos, flacos, idealistas, pragmáticos; cada uno tiene su color, su pasión, su ideal o... su precio. Si uno desea contentar a todos por igual, tendría que ser un hombre de cien cosas. Yo no lo soy y por eso, debo escoger contigo un promedio y actuar también promedialmente. Nadie es bueno,

ni nadie es malo, no lo olviden. No me hablan, en total, de ejércitos, ni colores, ni dolores que carecen de valor operativo.

—Tenemos que ser realistas y nunca desunir ni oponer el interés de los civiles al de los militares. Deben complementarse. A mí, no me hablen de grados militares. A veces, un capitán vale más que un coronel, pero eso debemos superarlo y reorganizar las instituciones con jerarquías auténticas. Eso sí es importante.

* * *

El Presidente, en su domicilio particular, escuchaba la lectura de los diarios; leía cartas y conversaba con su Secretario y con su hermana mayor. Esta, señalando un suelto del periódico admitió: —¿Tú has dado permiso al coronel Chaves para que abandone su puesto en Washington y que regrese al Perú?.

El Presidente miró a su Secretario y preguntó: —¿Qué hay de eso?

El coronel ha solicitado licencia sin goce de haber, por sesenta días.

—Sesenta días, o sea hasta las Fiestas Patrias.

—Claro, hasta después de que termine el proceso electoral.

El hermano mayor prosiguió: —El coronel ha venido con su nueva esposa, una americana; lo recibirá su hijo que ya es Mayor.

—¿Y cuándo llegó?

—Hace tres días.

—¿Y no se ha hecho presente ante su Ministro, ni me ha pedido audiencia?

El hermano mayor agregó: —Según he sabido por ahí, el coronel ha tenido tiempo para presentarse y saludar al candidato. Entiendo que en la calle de Pando.

Se impuso un corto pero penoso silencio.

* * *

Al mismo tiempo, en casa de los Vergara, se suscitaba un amargo diálogo. Esther, con gesto enojado, ordenaba a Marina.

—¡ A partir de hoy no se comprarán más diarios en esta casa; sólo semanarios. Los precios son intolerables !

—Señorita Esther, pero apenas han subido cinco centavos.....

—Pues no se compran más. Dame el que has traído hoy.

—Lo tiene la señorita Lola.

—Esther se llevó las manos a la cabeza y, con paso rápido, se dirigió a la habitación de Luis José.

En el reloj de casa sonaron las nueve de la mañana.

* * *

El doctor Mendoza de Osma estaba presente, sin afeitarse; se había vestido rápidamente y tenía el ceño fruncido:

—Apenas me dieron la noticia me vestí como pude y, como el cochero acababa de llegar y no había guardado el coche, me vine casi corriendo. Luis José, lléveme a la habitación de Lola, por favor.

Luis José y Esther lo condujeron a la alcoba de Lola. El médico dió una ojeada al conjunto y, llamando a Esther a un lado, le dijo: —Quédense conmigo; que los demás se vayan. Tengo la sospecha de que aquí hay gato encerrado.

Todos salieron, menos Esther. Lola yacía en la cama con su kimono y una bata japonesa de color claro. Parecía dormida, pero una espuma, apenas rojiza, se le deslizaba por la camisura izquierda de la boca. Pálida, muy pálida, con las manos engarfiadas al cuello, respiraba penosamente; un olor a almendra amarga saturaba el ambiente.

En el suelo, había rodado un frasquito vacío. El doctor Mendoza de Osma se quitó el saco, extrajo de su maletín un frasco, vertió su contenido en una toalla y lo aplicó a la nariz de Lola. Esta, no se movió.

Esther escuchó horrorizada un comentario a "sotto voce", que el doctor Mendoza de Osma acababa de formular: —Muerta

no está, pero se nos puede morir enseguida. Se ha envenenado otra vez.

—¿Qué pasa doctor.....?

—¿Su hermana ha tenido alguna emoción, algún entredicho? Por que los síntomas son de eso. ¿Qué ha sido Esther?

Esther recordó nítidamente los hechos y dijo: —Leyó el periódico.

El doctor había hecho llamar a su enfermero. Esther salió de la habitación. Después de media hora el doctor Mendoza de Osma reapareció enjugándose las manos:

—Esther, perdimos. Debemos llevarla a una clínica. Propongo el Hospital Santa Ana o a la Clínica de la Maison Santé. Lola necesita un tratamiento específico y muy costoso para recuperar la salud y quizá la paz que requiere. Tal vez haga falta un viaje para que se recupere. Ha ingerido un poderoso somnífero y el cerebro está herido; le toca ahora al doctor Matto o, con el joven Valdizán, que me parece más indicado para este caso. Lola ha sufrido una conmoción y una emoción muy intensa. Se quería calmar con productos letárgicos, que le pueden causar la invalidez o..... la muerte. He tomado su pulso, su temperatura, sus latidos cardiacos; he examinado su córnea y sus reflejos musculares y dudo que Lola se pueda recuperar totalmente. Hay el peligro de que se quede descerebrada. Procedamos de prisa.

—El doctor que dirige la Maison Santé, es amigo mío; no está lejos, en la calle de Juan Pablo.

Esther exhaló un gemido; se cubrió el rostro con las manos y soltó el llanto, un llanto largo, profundo, demoledor.

Capítulo XXI

TRIBULACIONES Y DEUDAS

Se habían reunido, según su costumbre, en la sala del Ministerio de Guerra y Marina, una decena de generales y algunos coroneles en trance de convertirse en generales. Varios de los coroneles de anteriores asambleas, lucían palmas y los bordados de generales; entre ellos estaba el coronel Alcázar, convertido ahora en el general Alcázar. Su colega y paisano, el general de Brigada, Bringas, observaba con impertinencia cómo el general Alcázar, que se gastaba malas pulgas, le salió al encuentro:

—Colega Bringas, ¿tengo algo de malo o de raro? Noto que usted me examina como si fuese yo un bicho extraño. ¿Quiere usted explicármelo?

—No se enoje, general Alcázar; lo que ocurre es, que hace dos o tres reuniones lo noto a usted, que siempre ha sido animoso, alegre y locuaz, un poco retraído, y me preocupa porque lo estimo de veras. Disculpe usted la impertinencia.

El general Alcázar sonrió y tendió la mano a Bringas; y se trabaron en animada conversación sobre los sucesos del día.

En realidad, el general Alcázar había cambiado desde que se casó con Esther Vergara. La flamante esposa después de la primera semana de luna de miel, regresó a la casa familiar, no por deseo de su esposo sino por la preocupación que le causaba el estado de salud física y moral de su hermana Lola.

—Puro amor —había dicho el general Alcázar.

—Tú sabes que siempre tuvo sus historias amorosas. Alguna terminó con desagradable intervención médica. Además, tú también sabes que ella es una rómantica perdida y vive las historias de los libros que lee. Viaja en sueños, le gusta lo raro. Pero hoy, se le ha metido en el alma el coronel Chaves y, su idilio en París la ha marcado a fuego; ya no vive sino para su recuerdo. Es una prometida del silencio. Es una novia despechada y esto, la está matando.

El general lanzó un gruñido.

—Sí, y lo malo es que o lo saben los colegas o lo han adivinado.

—Por eso mismo tenemos que cuidar de ella, sobre todo en la noche, por algunas semanas hasta que se cure. Vamos a dormir en mi casa; te lo ruego amor.

Resultado de tal conversación había sido que el general Alcázar se había convertido en inquilino precario de la casa de los Vergara y eso lo tenía entre rabioso y triste.

* * *

El general Bringas volvió a la carga; se acercó a su colega Alcázar y le invitó a pasar al despacho del Ministro, que deseaba conversar con los generales. El objeto de la conversación era complicado; el coronel Chaves, que acababa de regresar de su misión en Washington, había renunciado a su cargo y solicitaba su pase a la disponibilidad, en vista de haber cumplido el tiempo necesario al servicio de la Nación.

—Ustedes conocen al coronel mejor que yo. Sus antecedentes lo señalan como un buen jefe, aunque muy inquieto y arrogante; ha estado comprometido en varias conspiraciones, siempre junto con su Unidad y en defensa de principios. No es un jefe aprovechador. Lleva una vida austera. Se ha batido tres veces con compañeros de su arma. Tiene una herida en el tórax, un balazo y, actuó en la revolución de 1895. He hablado con él y, queríamos enviarlo al Japón; él ha insistido en su solicitud de

retiro. Me sería muy grato remover esa negativa y, para ello, cuento con la cooperación de ustedes.

El general Bringas hizo comentarios sobre ciertos pasajes de la vida profesional del coronel Chaves; el general Alcázar, más parco, se limitó a decir que trataría de satisfacer el pedido ministerial, aunque dudaba del éxito.

Al llegar a su vivienda, en casa de los Vergara, el general se apresuró a llamar a su esposa Esther, y le comentó lo conversado con el Ministro. Esther fue bastante perentoria:

—Yo creo que el coronel es un hombre ambicioso, egoísta, valeroso y audaz. Por lo que he oído de él, busca una posición más alta.

—¿Cuál? No creo que le interese el Ministerio, ni podría pretender la Presidencia.

El general se impacientaba: —Yo no te he pedido que me cuentes la vida del coronel. Quería cambiar impresiones sobre sus actividades públicas de ayer y de mañana.

—Cada cual con su vida privada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues lo que digo; lo creo capaz de cualquier cosa.

Esther entró en la habitación de Lola que, tendida en su cama, tenía los ojos cerrados y un pañuelo empapado en agua de colonia sobre la frente. Sentada a su vera, Chiquita se hallaba enfrascada en la lectura de una revista gráfica.

Esther entró de puntillas. Chiquita, con un guiño, le señaló a Lola; ésta, entreabrió los párpados y muy lentamente dijo:

—No sé si he soñado, pero sentí la voz de tu esposo que nombraba al quien tú sabes. ¿Qué pasa con él?

Esther miró a Chiquita, que parecía no haber escuchado la pregunta de Lola y, también suavemente, respondió:

—Creo que anda en malos pasos. ¿Tú lo crees capaz de hacer un acto de deslealtad al gobierno?

Sin abrir los párpados y midiendo las palabras, contestó Lola:

—Nunca se me habría ocurrido discutir la lealtad de Julio

César. Pregúntaselo al general ex-Presidente y, ahora, al Presidente civil, y a su primera esposa y a mí.

Chiquita cerró bruscamente la revista y diciendo: —¡Buenas noches!—, abandonó la alcoba.

Esther alcanzó un vaso con una pócima a Lola. Al poco rato, ésta se durmió con un leve ronquido. Esther salió del cuarto y se dirigió a su dormitorio. El general la esperaba ya en pijama.

Sin dejarla hablar, la abrazó y la tendió en el lecho.

Capítulo XXII

OTRA VEZ EL DESTINO

El coronel Chaves concluyó de hacer su diaria práctica de gimnasia; cincuenta flexiones de piernas, cincuenta flexiones de brazos, treinta extensiones de tórax, estando tendido en el suelo; veinte flexiones de rodillas, treinta planchas de brazos, treinta giros de cintura, treinta tocadas del suelo, sin doblar las rodillas. Cinco minutos de carrera, de salto a la soga; cien golpes con una pelota de tennis ensartada en una varilla: total, treinta minutos.

Se metió en el baño mientras su flamante segunda esposa preparaba el desayuno. Para ella, jugo de melón, huevos con tocino, tostadas con mantequilla y mermelada, café con leche y "Corn Flakes" con crema; para él, jugo de naranja, café negro, dos huevos pasados y tostadas con mantequilla.

—Darling, breakfast is ready —dijo ajustándose la bata de seda.

—Just a minute. I am ready —respondió él.

Los periódicos correspondían a sus respectivos gustos: "West Coast Leader" para ella; "El Comercio" y "La Crónica", para él.

La conversación era en monosílabos, entre tragos de café, bocados de tostadas y palabras entrecortadas.

—...Voy a Palacio..... El Presidente me llamó; quiero irme de aquí pero sin cargo oficial..... o quedarme, no sé para qué.

-Of course. I hope you will accept any proposal from Mr. President. I should like to stay here in Lima.

El coronel acabó de vestirse.

-¿No usas uniforme?9495

-No, soy un civil.

-Wonderful.

Ella lo besó en la boca; él le acarició la barbilla y le apretó los senos. Ella se quejó coquetamente. El salió dando un portazo.

Sus pasos fueron muriendo a medida que se alejaba.

Ello lo llamó:

-Darling, había olvidado; mañana viajo a Nueva York; mamá está enferma.

El contestó desde donde estaba: -Lo voy a sentir; have a good trip.

El edecán de servicio, un comandante joven, lo saludó cortésmente.

-El señor Presidente lo recibirá dentro de veinte minutos. Tome asiento mi coronel.

En la sala de recibo se hallaba una señora muy empingorotada, con sombrero arábigo y tul sobre la frente y nariz; muy enguantada, ojeaba una revista de modas. Un caballero de chaqué, con un monóculo bajo la ceja derecha, se pulía las uñas. El coronel calculó fríamente: esta señora no se suelta en menos de quince minutos; este caballero, empleará diez minutos sólo en frases de cortesía y diez, en sus objetivos; falta que salga el interlocutor que está dentro: total, no menos de cuarenta minutos antes de que llegue mi turno. Y, pensándolo así, se levantó de su asiento y se dirigió a la secretaria privada para hacer un llamado telefónico. La voz del Edecán lo detuvo.

-Señor coronel, el señor Presidente lo espera en su despacho.

El coronel giró en redondo sorprendido; tiró el cigarrillo que acababa de encender, en un cenicero y traspuso el umbral del despacho.

El Edecán dijo con voz tajante: -Tome asiento señor coronel

Chaves. El Presidente, que se hallaba en su escritorio, se levantó y tendió la mano al coronel.

El señor Presidente le ofreció un habano, que él aceptó con una venia. Mientras encendían los cigarros y olían su perfume, se preparaban para la conversación. —Nada hay como una pipa o un cigarro puro para encender una charla— había dicho el señor Presidente en más de una ocasión.

La presente oportunidad se prestaba para repetirlo y aplicarlo al señor Presidente, que estaba interesado en las opiniones políticas que el coronel había vertido en Europa, durante la guerra.

—Son —había respondido el ex-Agregado Militar en París y en Londres— conclusiones obtenidas de una experiencia inmediata. Lo primero es, que la guerra ya no es problema sólo de las Fuerzas Armadas sino que en ella participa el pueblo. París habría caído en 1914 si los taxistas no hubieran cooperado valerosamente. En Berlín los socialistas habrían hecho lo que hubiera venido en gana si una parte del pueblo y antes que el ejército, no hubiera actuado conciliatoriamente. Señor, no se puede hablar de pueblo y Fuerzas Armadas como organismos opuestos y diferentes. Tenemos que hacer civil al ejército y dar disciplina militar al pueblo. En Alemania, el Mariscal Ludendorff, ha puesto en práctica esta teoría, pero en sentido destructivo: la guerra total en el ataque simultáneo a todos los factores de una nación, ejército, pueblo, marina, etc. Los mandos militares pues, señor, no son absolutos.

—¿Quisiera usted explicarse, coronel? ¿Y, en cuanto a la reelección, el Poder civil, Poder militar....?

—Fluye de lo expuesto. El hombre de Francia es hoy el viejo Clemenceau, "Le Père Victoire", como le llaman y no, los generales Foch, Petain, Joffré, Galieni; en Inglaterra, las hazañas del general Kitchener, guardan distancias y respeto a las decisiones de Mr. Asquith, Mr. Grey o Mr. Baldwin. En Rusia, ¡para qué hablar!, un puñado de civiles proscritos hasta la víspera han comprometido no sólo el honor de la Nación sino también la suerte de las armas.

Nuevamente, el señor Presidente interrumpió al coronel.

—No me explico cómo con esas ideas y esas conclusiones pudo usted, coronel, permanecer tanto tiempo en filas.

El coronel sonrió y, después de una última chupada a su cigarro, respondió lentamente:

—Señor Presidente: los hombres no podemos dividirnos en dos personajes contradictorios. Es cierto que la educación militar nos sitúa hacia una orientación determinada, clara y enérgica, pero no siempre se logra eliminar al “animal civil” que llevamos dentro. Tiene usted razón, señor Presidente; al cabo de muchos años he llegado a la conclusión de que soy inapto para entregarme sin reticencias, “sin dudas ni murmuraciones”, a ideas y posiciones que no haya compartido. Sé que ésta es una herejía constitucional, y nunca la he practicado, aunque la he sentido. Por eso, en la posibilidad de faltar a mi deber, cosa que rechazo, he insistido en mi solicitud de retiro. Y, debo decirle, lo hago con mucha pena.

—¿Pretende usted incursionar en la política?

—Con todo respeto, señor Presidente, no lo he decidido, pero quisiera estar en posibilidad de hacer lo que todo ciudadano.

Hubo un instante de embarazoso silencio. El señor Presidente retomó el diálogo con Chaves y precisó:

—¿Habrá influido en estas reflexiones tuyas coronel, el habersele postergado en su ascenso a general?

Se abrió otro paréntesis de silencio. El coronel, muy suavemente, explicó:

—Tal vez, aunque yo no lo haya pensado, señor Presidente. Hay razones que llevo metidas en el fondo del alma y, de pronto, decidí mi situación. El hecho, señor Presidente, es que soy un coronel que pide su pase al retiro para convertirse en un ciudadano común y corriente, aunque temo que nunca podría dejar de lado mi vida en el cuartel; eso se marca a fuego. Qué haría yo, volviendo a la cuestión del ascenso; qué haría yo como general, si otros generales que fueron mis subordinados, serían más antiguos y tendrían más autoridad que yo. Disculpe,

señor, la franqueza; yo he sido y soy todavía soldado y no sé explicarme de otro modo.

El Presidente consultó su reloj; el coronel se puso de pie; el Presidente hizo lo mismo y le tendió la mano.

—Por algo es que hemos hablado, coronel; estimo que muy pronto lo veré a usted en la política militante, quizá como adversario..... lo sentiría de veras.

El coronel Chaves hizo una venia y estrechó con respeto la mano que el señor Presidente le tendía.

—Au revoir, monsieur le coronel.

—Au revoir, Excellence —respondió el coronel, siguiendo el juego.

Un edecán abrió la puerta del despacho Presidencial y, teniéndosela abierta, dio paso al coronel, que hizo una última venia y se retiró.

En la sala de espera, la espera seguía. La señorita, retocándose los labios, coloreándose los párpados y poniendo un toque de polvos de arroz en la frente, la nariz y en las mejillas. El otro personaje citado y, en espera, se había dormido profundamente. La dama sonrió peligrosamente al coronel.

Este, le hizo una discreta venia y cruzando la sala, salió de Palacio a la Plaza de Armas.

Un exangüe sol de otoño, doraba la provinciana pila colonial del centro de la Plaza. El agua del surtidor caía reflejando el sol, en un arco iris acuático. Los antiguos portales, todavía cubiertos de mampostería, daban sombra a los transeúntes. La Catedral, de color plomizo, se erguía sobre el amplio atrio de piedra. Un grupo de jubilados cuchicheaba frente a Palacio.

El coronel recordó su primera Parada Militar. Fue un 28 de Julio por la tarde. El señor Presidente, recién electo, con bigotes de gato; saludaba desde la carroza estilo inglés. El coronel, entonces simple oficial, presentaba su espada con la empuñadura al nivel del pecho, muy serio y erguido como una estatua.

El Presidente saliente era un hombre de corta estatura, frente muy despejada, ojos negros e inquietos; un rizo sobre la frente, la barbilla todavía entrecana; el gesto imperioso, el mirar

inquisitivo. Salió de Palacio en el coche de gala. Las hojas de los curvos y afilados sables y las astas de las lanzas con sus banderitas rojiblancas, se inclinaron a su paso. El Presidente saliente era el dueño de la fiesta, más que el entrante.

El coronel Chaves, entonces teniente, usaba la boina de los soldados franceses alpinos y tenía sus piernas fajadas con las rituales bandas de resistencia. Cuando dieron la voz de "descansen, armas", tenía azules y agarrotadas las muñecas y las pantorrillas adoloridas. ¡Cuántos años desde entonces!

El reloj de la Catedral dio la hora, las doce y media. Dos palomas picoteaban sobre una banqueta de madera y hierro. Sintió sed; cruzó la Plaza, se metió en el Portal de Escribanos, avanzó por Mercaderes y se introdujo en el callejón del restaurante "El Cardinal".

El mozo más antiguo, con su delantal blanco hasta los tobillos y una servilleta colgada al brazo, lo saludó alborozado: -Coronel, coronel Chaves: ¡qué gusto tenerlo por aquí!; ¿va a almorzar? Ah, sí; tenemos primero un Tom Collins; tenemos una buena guinda y, las especialidades de la casa: sopa pavesa, huevos a la Meyerbeer y, lomito a la parmesana.

El coronel sacudió el brazo del mozo y tomó asiento en el comedor. Había desayunado muy temprano esa mañana; mordisqueó un trozo de pan y, siguió mirando al vacío: raros fantasmas lo cruzaban. Acabó dando una palmada en la mesa y, se colgó la servilleta al cuello.

Capítulo XXIII

LA HORA DE LA VERDAD

Sonó el teléfono, una, dos, cinco veces. El coronel Chaves, que se hallaba en lo mejor de sus sueños, apartó violentamente la frazada de su cuello, prendió la lamparita de su velador y empuñó el auricular.

—Aló, sí, ¿quién llama?..... un momento.

—Aló, sí, un segundo; aquí el doctor Mariano Cornejo, Ministro de Gobierno.

—¿Ministro de qué?..... 9495¿quién?

—Coronel, soy el Ministro de Gobierno de la Patria Nueva. ¿No sabe usted que tenemos otro Gobierno?..... Hemos reivindicado al pueblo. El señor Leguía está en Palacio y yo encabezo su Gabinete. Deseo hablar con usted; lo espero a las doce del día, en el Ministerio.

El coronel balbuceó algunas palabras ininteligibles, ninguna de ellas dignas de un santo; miró de nuevo su reloj y el calendario. La verdad es, que había pasado dos días en cama atacado por una feroz "influenza". Su médico, su hijo, el mayor Jaime y una enfermera, habían sido todo su derredor en los tres días. La noche, del 3 al 4, se sintió con la cabeza pesada, una endiablada coriza, malestar, y un feo acalambamiento en los huesos. Bebió una copa de cognac con jugo de limón; sudó como un cargador en estío, se durmió y no supo más. Según calculaba ahora, lo habían atendido, le habían inyectado, lo habían masajado; le dieron a beber pócimas antiflojísticas y lo

hicieron dormir ¿y ahora qué? Un señor que lo cita sin más ni más, a las 12 del día yalguien llamaba a la puerta. ¡Adelante! trató de rugir el coronel... fue un balido. El general Alcázar, uniformado, hizo su entrada triunfal en la alcoba del enfermo.

—Vaya, parece que está usted recuperado. Se ha pasado usted estos días dramáticos en el país de los sueños.

El coronel indagó a su amigo: ¿Qué ha pasado?

El general se dignó ser explícito: —Estimado, estamos en la Patria Nueva. Por lo pronto, los coroneles están desvalidos. Es la hora de los civiles con ideas y, de los generales con historia. En vista de esto, lo invito a reconocer francamente el legítimo triunfo de Leguía, quien se halla en Palacio desde esta madrugada. Entró acompañado por el general Cáceres, cuya sombra protege al nuevo Régimen. Leguía ha proclamado la “Patria Nueva” y vengo a acompañarlo a usted, mi querido coronel, por si necesita compañía.

—Leguía entró a Palacio y procedió a nombrar a su Gabinete Ministerial presidido por el doctor Mariano H. Cornejo, ese “pico de oro” que todos conocemos y, el doctor Cornejo, que le conoce a usted, lo convoca para las 12 del día.

—¿Y yo, qué diablos tengo que hacer allí?

—¿No conoce usted al señor Leguía? Se ha disuelto el Parlamento y se va a convocar a un plebiscito para llevar a cabo una reforma constitucional auténtica. Seguramente se piensa en usted como uno de los miembros de la Asamblea Nacional. Yo también formaré parte de ella.

—Temo no poder asistir a esa invitación. No me siento bien de salud; me duelen hasta los huesos....

—Esperemos a ver qué dirá el doctor Morrison, su médico y, qué piensa el doctor Mendoza de Osma. Morrison es un médico muy acertado y, el viejo Mendoza de Osma tiene mucha experiencia; los dos van a venir a verle.

Los dos galenos revisaron al coronel; lo inyectaron con algo reconstituyente le suministraron unas pócimas y le dieron una friega con alcohol alcanforado y mentol.

—Voy a oler a boxeador, a una legua a la redonda.

—Yo lo acompañaré, tapándome las narices.

En el trayecto, el general explicó al coronel cómo habían ocurrido los acontecimientos. El coronel escuchaba atentamente.

—El Presidente saliente también ha sido mi amigo pero, lo del crimen de Palcaro, contra Rafael Grau y, el gobernar sin presupuesto, buscar candidatos de seda y felpa, todo eso me alejó de él.

—Lo primero que hay que hacer es sacar del juego a los cogotudos, a los de la argolla. Tienen mucha capacidad financiera y no se resignarán a perder sus prebendas.

—Si no me equivoco, coronel, sacaron pasaje a Europa cuatro de esos “cogotudos”.

El coronel, muy pálido y flaco, marchaba a pasos medidos apoyándose en un bastón de boj. La calle estaba llena de charcos. Las veredas despostilladas; parecían trampas para los transeúntes.

El Ministro de Gobierno era un hombre grueso, miope, tartamudo, erudito, astuto y locuaz. Hablaba pausadamente, con un ritmo desigual pues, además, tenía las piernas más cortas que el busto y un tanto zambas; sus anteojos eran gruesos; llevaba el cabello muy corto y su rostro era redondo y cachetón.

El coronel saludó marcialmente, apoyándose en el bastón de boj, que no podía dejar. El Ministro de Gobierno lo saludó con respeto y afecto.

—Señor Ministro: he salido sólo porque usted me lo ha pedido, dejando mi lecho de enfermo.

El señor Ministro de Gobierno cogió el brazo del coronel y lo sentó en un sillón; empezó a hablar paseándose en torno del asiento del coronel; éste resultaba así “La Bella del Bosque”.

Los razonamientos y los términos del Ministro de Gobierno eran rotundos y claros.

—Señor coronel: hemos averiguado que usted tiene larga residencia en las provincias de Chancay, Cajatambo, Huancaavelica y Trujillo. Por consiguiente, usted podría ser electo

Diputado constituyente por cualquiera de ellas. Las elecciones deben realizarse dentro de tres meses. Huarochirí esta vedado pues allí saldrá electo el sabio arqueólogo indígena, doctor Julio C. Tello; por Trujillo hay pleito de candidatos: Larco, Ganoza, Alva, Pinillos, etcétera. Quedan Chancay y Cajatambo y, claro, Lima. Le sugiero Cajatambo: habitantes analfabetos esparcidos por la serranía. Cajatambo es un burgo de bolsillo, que se creó para un primo del ex-Presidente; era mi colega de la Universidad. ¿Qué le parece? No dudo que acepte. Sigamos –y el Ministro seguía paseando y hablando.

–Ahora mismo, habrá un plebiscito para consultar las bases de la nueva Constitución. Será muy simple. Cinco años de período presidencial, elecciones simultáneas de los Poderes Ejecutivo y Legislativo. Solución de los conflictos de trabajo por arbitraje; congresos regionales para descentralizar el país; garantías sociales más amplias; protección al obrero y al indio.....

Sonó el teléfono. El Ministro se interrumpió y luego volvió a la carga diciendo:

–De todo esto hablaremos en una conferencia que voy a dar. Por Lima conviene que vaya el Rector de la Universidad, Javier Prado y Ugarteche, quien la representará muy bien; don Germán Luna Iglesias, por Cajamarca; el joven José Antonio Encinas, por Puno; le doctor Roger Luján Ripoll, por Ica, estando el famoso don Mariano Nicolás Valcárcel, el abogado más célebre de nuestra época, por Arequipa. Y yo también estaré allí, por Puno o por Lima.

Un edecán pidió permiso para pasar un mensaje. El Ministro lo leyó con un ojo y, dirigiéndose al coronel y a los demás, les dijo:

–Ya sabe usted algunos de los secretos de Estado. Lo invitaré de nuevo dentro de una semana. Entretanto, mi Secretario lo ayudará a preparar su viaje a Cajatambo. Muchas gracias por todo. Me llama el señor Presidente; hasta pronto coronel; muy agradecido.– Y el Ministro se marchó balanceándose como un barco mal estibado.

El coronel salió lentamente; el Secretario lo alcanzó: –Permítame acompañarlo, señor coronel. Usted nos hace falta para el equilibrio civil-militar. Habrá varios generales. Y, bajando la voz, dijo: ¡Demasiados! Cada uno de ellos quiere ser virrey, curaca o señor feudal de algo; los coroneles aspiran un poco menos que los generales. El Perú necesita equilibrio, señor coronel. Usted nos hace falta para el equilibrio, señor coronel. Yo no soy partidario de tanto General como los que han brotado de no sé dónde y que, en taxis, se acercan a la puerta de Palacio por la calle de Pescadería, llenos de ambiciones.

El coronel apoyó el bastón, deteniéndose, para despedirse.

–Hasta otro día, señor Secretario.

–Hasta muy pronto, señor coronel; hasta muy pronto.

Un ruido de hierros viejos, una humareda de petróleo quemado, un bocinazo del destartado Ford, y el coronel se hallaba ya camino a su casa, repantigado en el taxi. Tenía que reflexionar sobre todo lo que había escuchado y que lo había puesto en guardia contra no sabía quién. En tanto, el general Alcázar se había quedado indagando y, satisfaciendo su curiosidad política por los pasillos del Ministerio.

Capítulo XXIV

LA LOLA SE FUE DEL PUERTO

El doctor Mendoza de Osma se encerró con sus colegas; el psiquiatra Valdizán y el gastroenterólogo Cabrera. Estaban dedicados a examinar, por enésima vez a Lola. Habían decidido celebrar una junta de médicos invitando al famoso doctor Matamoros, el más prestigioso clínico de la temporada. Antes de acomodarse en el cuarto, Chiquita los había mirado con detención y hostilidad.

—Esta niña parece que no nos quiere mucho. Se ha sobrepuesto a escuchar nuestra conversación y nos mira de mal modo.

El doctor Mendoza de Osma trató de explicarles.

—La niña, en efecto, está muy ligada a ella y ésta, siempre la ha mirado maternalmente.

Reinó un breve silencio. El doctor Cabrera lo rompió diciendo:

—Me preocupa extraordinariamente el mutismo prolongado de la paciente. Cierta vez en que llegó a alcanzar siete días sin defecar, se intoxicó. Tiene los síntomas de un opiómano, pero no fuma opio.

El doctor Mendoza de Osma se pegó un manotón de la frente:

—Creo tener la clave. Lola, a menudo, toma gotas de láudano para sus malestares estomacales, y el láudano es opio líquido.

—No es todo —interrumpió el doctor Valdizán; ella tiene, al parecer, una doble personalidad. Es un caso urgente, con com-

plicaciones tal vez, de raíces familiares. La he estado observando y la he sometido a unos cuantos "tests".

—Se muestra amorosa con Carlita, áspera con Esther; con Luis José, total afecto; regular con José Pepe; adusta con Marina; detesta al general Alcázar y, se pone frenética cuando le hablan del ahijado de su tío, Mariano José. Además, la sorprendí con un ejemplar de "Le disciple", totalmente garabateado por ella como si dialogara con Robert Greslu; su ejemplar de "Madame Bovary" está casi limpio, apenas unas rayas verticales y horizontales denotan su entusiasmo o su interés.

El doctor Mendoza de Osma, bajando la voz y abriendo los ojos: —Secreto profesional, ha intentado matarse dos veces, una con láudano y otra con somníferos; un caso de veras difícil. Yo le prometí al coronel Pedro José Vergara, cuidar de ella por siempre jamás; estamos en el principio.

Esther llamó a la puerta de la Junta de Médicos y entró con paso rápido y rostro demudado.

—Señores doctores, doctor Mendóza, creo que a mi hermana Lola... le ha pasado algo grave... .vengan conmigo, por favor, pronto.

Los médicos siguieron rápidamente a Esther. En efecto, Lola yacía en su lecho, con el rostro muy pálido, los ojos vidriosos, abiertos; una mano colgaba de la cama; todavía el sudor perlaba su frente. Sobre la cama, dos ampolletas vacías, con una jeringa y una nota que decía: "Hermanos: Les pido perdón. Cuídense todos y, sobre todo, a Chiquita. Adiós L.".

Los doctores Mendoza de Osma y Cabrera auscultaron y tomaron el pulso a Lola; se miraron, meneando negativamente la cabeza. Esther no pudo ahogar un grito. Al oírlo, Chiquita irrumpió en el cuarto medio vestida, lo que dejaba admirar, sin recato, su hermoso cuerpo juvenil. El doctor Valdizán detuvo su paso. El doctor Mendoza de Osma recetó a Esther una alta dosis de bromuro; Marina, que observaba con angustia la escena, salió del cuarto sollozando.

Luis José se precipitó a la habitación. Los médicos salieron

respetuosamente. Al retirarse, tropezaron con el general Alcázar; muy orondo, en uniforme de visita:

-¿Qué les pasa, qué les pasa? ¿Han visto al doctor allí? Díganme, ¿qué pasó?

-Algo tremendo; acaba de llegar la muerte y, se llevó a Lola.

-No puede ser -le dijo a Esther mirándola a los ojos- no puede ser.....no puede ser.....

Pero fue.

* * *

Esa noche se armó una capilla ardiente en la sala de la casa. La empresa funeraria Berghusen, armó la ritual capilla ardiente. Parientes y amigos, de riguroso luto, lloraban de pena o por cortesía, pero lloraban. De pronto, el general Alcázar saltó y se precipitó hacia la puerta: había ingresado el coronel Chaves.

-Perdone coronel Chaves, usted no.....no avance más; se lo pido por favor.

El coronel se detuvo mirando al general, con ojos atónitos.

-Usted sabe, coronel, por qué debe retirarse. Su presencia en el velorio causaría malestar.

-¿Pero yo qué he hecho?.....Yo quiero ver a Lola por última vez.

-No coronel; la última vez fue en París, hace ya mucho tiempo. Desde entonces, ella se convirtió en una sombra enloquecida -la voz del general se había vuelto ronca-. Ella lo amó con locura..... hasta que usted volvió.

-Pero, yo no sabía; yo no tengo culpa alguna; yo.....

-Usted, usted..... yo soy todavía su amigo; retírese usted coronel, por favor. Entiéndame, no me obligue a más.

El coronel miró hacia la capilla ardiente; exhaló un seco: ¡Lo siento, gracias! y salió de la casa.

José Pepe, con el gesto torcido, interrogó al general: -¿Qué pasa general? Está usted colorado. Venga, tomemos un café con un poco de cognac y, siéntese. Voy a llamar a Esther.

El general se dejó caer en una silla. Dos lágrimas grandes nublaron sus ojos y rodaron por sus secas mejillas.

—¿Lloras Manuel? —le preguntó tiernamente Esther.

El general la abrazó con infinita ternura y la besó: —Lloro de rabia porque he visto un fantasma y, porque ese fantasma es mi amigo.

* * *

Breve y triste fue el velorio. Los empleados de Berghusen cumplieron su fúnebre tarea. Lola quedó dentro de su ataúd de caoba, las manos cruzadas sobre un crucifijo de plata de viejo origen familiar.

Los cuatro candelabros, con sus luces encendidas, empalidecían el ambiente. Arrodillados en reclinatorios, con plataforma de felpa, Esther y los parientes más cercanos rezaban rosarios interminables. Entraban y salían santiguándose frente al ataúd. Luis José lagrimeaba en un extremo de la pieza, parientes cercanos y lejanos, amigos, amigas, antiguos servidores de los Vergara.

El general Alcázar, constituido en voluntario y celoso maestro de ceremonias, recibía a los visitantes y, desde luego, despedía a los más conspicuos.

Fueron llegando, el general Fuentes, el general Soyer; los coroneles Gonzales, Requena, Prieto; algunos sobrevivientes de la resistencia de Cáceres, vinculados a viejas familias limeñas.

Capítulo XXV

LA IMPLACABLE NEMESIS

El Presidente de la Asamblea Nacional, ex-Ministro de Gobierno, terminaba su largo y elocuente discurso sobre las garantías individuales y sociales que debía consagrar la nueva Constitución y defendía con erudición y fuego, el principio de que los conflictos de trabajo debían ser resueltos por arbitraje obligatorio. En esa parte, dedicó elogiosas palabras al arbitraje que el Perú había sostenido también en sus relaciones internacionales; había muchos que se oponían a tal medio en lo concerniente al trabajo, imbuidos por lecturas exóticas y no obstante las lecturas sobre la Comuna de París de 1871, que sepultó a la I Internacional; de los levantamientos contra el zarismo en la Rusia de 1905 y, de los espartaquistas de la Alemania contemporánea.

El Presidente de la Asamblea dijo: —Estos señores quieren que el Estado peruano se ajuste a libros franceses, rusos o alemanes. Tienen ojos sólo para la letra y no para la vida.

El coronel Chaves abandonó su curul y se refugió en la cafetería de la Cámara; pidió un café con leche y tostadas, y mirando al vacío empezó a devorar su liviano refrigerio.

En torno suyo, otros asambleístas discutían de política; se contaban chistes verdes; a garganta suelta celebraban las bromas olvidando su función. El coronel no los oía. Erguido y solitario, bebía su café y hacía tronar sus tostadas. Una mano se dejó caer sobre su hombro izquierdo.

—¿Por qué tan solitario, coronel?

Levantó la vista. Frente a él, la cara arrugada del general Alcázar.

—Tome asiento, mi general.

El general pidió un vaso de la arequipeña agua de Socosani y unas galletas. El silencio imperó por varios minutos. El general inició la charla.

—Disculpe coronel esta visita inesperada; sé que no figuro entre sus amigos más gratos. Lo comprendo y no necesito explicaciones.

El coronel gruñó: —Está usted equivocado general.

El general continuó: —Debo conversar con usted sobre otros temas conociéndolo como lo conozco, o lo conocí hace tanto tiempo, ya que hay cierta inquietud en nuestra institución. Los nuevos reglamentos militares nos conducen a reformas muy discutibles. Sé que hay un cierto descontento en el ejército. A eso, se agrega la creación de la Guardia Republicana al estilo francés y bajo la dirección del Ministro de Gobierno, lo que constituye otro reto. Y, algo más serio; se nos segrega la Marina al crearse el Ministerio ad-hoc, con un viejo marino a la cabeza.

El coronel Chaves volvió a guardar silencio. Después de un rato y de beber un vaso de agua, empezó a hablar:

—Mire, general y amigo; lo que voy a decirle es al amigo y no al colega. Es un comentario callejero; a él tienen acceso todos los lectores de periódicos. Hace algunos años, pasó algo semejante en lo que se refiere a nuestra institución, pero el general Presidente fue muy cuerdo y tajante. Para él, era más importante tener muchos coroneles y comandantes que más generales. El decía que los generales sin mando de tropas buscan mandar a los políticos, hacerse políticos y, claro, para general-político bastaba él. Yo lo entendí así. Ahora es diferente y eso tienen ustedes que resolverlo, mi general. Yo soy, ahora, un legislador civil puesto que estoy retirado del ejército; usted, como general, no ha pasado al retiro.

El general Alcázar, muy serio, interrumpió: —Los dos somos

ahora legisladores y nuestro deber, según lo hemos jurado, está en dar una buena Constitución y buenas leyes constitucionales; pero cuando se trata de las Fuerzas Armadas no podemos olvidar nuestro origen. Yo, al menos, retirado o no, sigo perteneciendo a las Fuerzas Armadas aunque me hayan electo miembro de la Asamblea Nacional.

El coronel Chaves, ligeramente encrespado, pidió otro café y respondió al general Alcázar: –Mi general, usted me está dando una lección que agradezco, pero que no es necesaria.

Interrumpió Alcázar: –¡No, coronel, no le estoy dando ninguna lección!; estamos conversando como ciudadanos y como militares. Me parece que la creación del Ministerio de Marina, de la Guardia Republicana, la aplicación de la pequeña aviación naval al Ministerio de Marina y, los nuevos ascensos a generales, crean una situación debilitante para el Ejército. Los generales ascendidos son cuatro pero, sumados a los que ya lo éramos, resultan más de una docena, que es más que bastante para el tamaño de nuestro Ejército. Yo mismo, con mi edad, soy una figura decorativa, de consejo, pero muy difícil que asumiera una labor activa, de campamento, de acción guerrera. Y, estas novedades me preocupan como ciudadano y como soldado. Es lo que quería decirle, y eso, no es una lección.

El coronel Chaves miró fijamente al general y sólo le dijo: –Entonces, mi general, debo agradecerle la confianza; y se volvió a callar.

–Ahora, de lo que se trata es de hacer una Constitución que, no por ser hecha por civiles, nos olvide a nosotros, las Fuerzas Armadas; y, de otro lado, que nosotros garanticemos lo que esta Asamblea haga. El Presidente de la Asamblea dice que esto es una “Patria Nueva”. No he pensado mucho en la expresión, pero parece que se abre camino. La gente quiere la Patria pero no le gusta los viejos usos; prefiere lo nuevo y, la Guerra Mundial ha producido muchas novedades: las fuerzas de los sindicatos, la Revolución Rusa, el auge de los trabajadores, la libre determinación de los pueblos.....

El coronel Chaves sonrió: –Comprendo su buen humor y,

que estoy haciendo el ridículo. De todos modos, la gente prefiere la "Patria Nueva" a la Patria anterior; y no digo "La Patria Vieja", porque así llaman a lo que ellos crearon, a los fundadores de la República.

El coronel Chaves aplaudió suavemente y, levantando su vaso, con risa franca, exclamó: —¡Viva la Patria Nueva, mi general!, sólo que tengo la sospecha de que en el fondo de esta expresión hay algo demagógico y falso. Ya lo veremos.

El general Alcázar bebió un trago. Estaba emocionado. Después de un minuto, comentó: —usted es como yo lo suponía. No me sorprende su silencio de ahora.

Semanas después, turbas incendiaban los dos periódicos de oposición y atacaban las casas de algunos prominentes personajes.

La Asamblea se llenó de protestas. El coronel, por vez primera, pidió la palabra. El Presidente, sorprendido, se la concedió.

—Señor Presidente: sólo quiero manifestar que yo he venido aquí para colaborar al establecimiento de una Constitución progresista y, a defender los derechos ciudadanos. Hasta ahora, las sesiones sólo han tratado de asuntos teóricos, entre ellos, la libertad de expresión pero, los escándalos de ayer indican, como dicen los antiguos, que del dicho al hecho hay un gran trecho. Yo formulo un voto para que ese trecho quede abolido.

Días después, varios miembros de la Asamblea, a pesar de su inviolabilidad, fueron apresados "por conspiradores". A la salida de la Asamblea, un grupo de soplones, rodeando al coronel, le intimaron a entregarse. El severo militar, sacando rápidamente su revolver, se plantó frente al cabecilla y, apuntándole a la sien se limitó a decirle:

—Si hace un gesto más, miserable, lo vuelo.

El soplón, tembloroso, volviéndose a los suyos, con voz quebrada, ordenó:

—Váyanse; abran paso al señor coronel.

Este profirió: —¡Rápido, rápido, lárguense hijos de puta! ¡Yo

soy el Representante de la Nación y, además, un jefe del Ejército!

Un grupo grande de asambleístas había acudido ante aquellos gritos. Los soplonos desaparecieron como por encanto.

Triunfo pírrico el del coronel Chaves..... ¡salados, soplonos!

Como primera providencia, no fue a dormir a su casa y se abstuvo de usar el teléfono para no complicar a su hijo, el comandante Jaime Chaves, que le cobijó la primera vez y que fue detenido por investigar el paradero de su padre.

Habían cambiado súbitamente el Ministerio de Gobierno; un personaje de menor categoría sucedió al anterior y fue encargado de extremar las medidas de violencia personal. Los anteriores habían sido menos duros. Empezaba una noche aciaga. El coronel Chaves se preguntó: ¿Y esto es la Patria Nueva?

Tuvo que cambiar de refugio. Jaime preocupado le dijo:

—Papá, mi mejor consejo es que no sigas esquivando a los soplonos. Sal, sube a un coche y que te lleve al Ministerio de Gobierno, o a la Policía, o a la Prefectura; a donde consideres más propicio; y deja constancia de que no tienes vinculaciones; que eres inocente.

El coronel Chaves lanzó una carcajada y sacó del maletín de viaje su revólver y, se lamentó por lo que iba a hacer.

—Aunque se trate de un parlamentario que cuenta con inmunidad, acompáñame.

* * *

Desde las barandas del barco que los llevaba al destierro, un grupo de asambleístas batía sus pañuelos. El coronel Chaves, con las manos en las faltriqueras, contemplaba cómo se iba alejando el barco del puerto; cómo los saludaban desde los viejos buques fondeados en la rada, los marineros, las gaviotas y los pelícanos. El barco comenzó a dar tumbos en las inquietas aguas del "Camotal".

Poco después, un oficial anunció que era la hora de la cena. El coronel tardó en escucharlo. Sin responder palabra, paso a paso, se dirigió al comedor donde lo esperaba una mesa bien provista.

Se sentó con sus compañeros de exilio y, como un saludo les dijo: -Al fin salimos de tanta mierda.

Todos le respondieron: -¡Al fin!-. Nadie contestó, y comenzaron a comer en silencio.

Capítulo XXVI

SIMILITUDES

La vida de un diplomático no es la misma que la de un desterrado, aunque ambos se encuentren fuera de la Patria. El primero disfruta de atenciones y privilegios; el segundo, padece de muchas desventajas y prohibiciones. Esto lo había oído decir el coronel Chaves, pero no lo había vivido. Además, sus conocimientos teóricos al respecto, no eran muy profundos; él era un hombre práctico y, como todos los prácticos, se limitaba a sí mismo. Desde luego, él, que menospreciaba la literatura, no había leído a Mallarmé, ni conocía aquel verso suyo que citan todas las antologías: "La chair c'est triste, hélas et y'ai lui tous les livres". (Si la carne es triste, ¡ay! yo he leído todos los libros), sólo que, en el caso del coronel, la última parte del verso no correspondía a la realidad.

De primera intención, lo embarcaron con rumbo a Panamá, pero él se las arregló para volver al Sur, dejando de lado al Perú. Pasajero en un barquito frutero que, partiendo de Guayaquil, pasaba por alto los puertos peruanos y anclaba en Arica.

Desembarcaron frente al histórico Morro en donde, alrededor de medio siglo atrás, un puñado de soldados peruanos se inmoló defendiendo a su Patria. El coronel se cuadró militarmente frente al Morro y, se dirigió a casa del Cónsul del Perú, que se hallaba cerca.

Después de dos días de permanencia en Arica, alquiló un automóvil y partió con rumbo a Iquique. Y de allí, otro pedazo

de tierra que fuera antes peruano, partió hacia Antofagasta. Este puerto, ayer boliviano, se hallaba en plena actividad de embarques salitreros. El coronel Chaves miró con tristeza el parque, las oficinas del nitrato y el pabellón chileno flameando sobre la casa de la Gobernación.

No tardó en comprar un boleto hacia Santiago, en el "Longi" o sea en el ferrocarril Longitudinal que atravesaba la pampa salitrera y cruzaba los pueblos y ciudades del Norte Chico chileno. Al cabo de dos días de un viaje pesado y polvoriento, llegó a Santiago.

Santiago era ya una ciudad dinámica y disciplinada. La calle Ahumada, vía principal, era una colmena de gente y de vehículos. Era una calle estrecha, muy parecida al Jirón de la Unión; unía la Plaza de Armas con la Avenida de las Delicias, siguiendo un preestablecido plan urbano de las viejas ciudades españolas. En cada esquina surgía un carabinero de uniforme verdoso; el pueblo les llamaba "pacos".

El coronel se alojó dos días en el hotel "Estado", en la calle de ese nombre, paralela a la de Ahumada y luego, fue a parar a una residencial de la calle de Huérfanos, muy cerca de la Plaza de Armas.

La dueña de la pensión, doña Patricia Mercado, recibió con amplia sonrisa al todavía apuesto coronel Chaves. Doña Patricia, de soberbios cabellos negros, abundante seno, rotundas caderas y ojos negros dormilones, arrió al coronel con una lánguida y devastadora mirada; él hizo lo propio.

—Los cuartos están a cien pero a usted, se lo doy en ochenta; su pieza es grande, aireada; tiene ventanas a la calle y se comunica..... con la mía.

El coronel la miró fijamente y, sacando de la billetera ocho billetes de a diez, los entregó a la patrona y respondió: —Acepto. Y firmó el libro de registro.

En la pensión, los días pasaban tranquilos; las noches lo eran menos pero muy agradables. El coronel empezó a reiniciar sus ejercicios. Caminaba hasta el Cerro de Santa Lucía; después, desayunaba con fruta, pan y café con leche, luego de media

hora de flexiones; ducha templada y, conversación con doña Patricia. Paseaba por Ahumada; almorzaba frugalmente y tomaba después una pequeña siesta; lectura y paseos; de vez en cuando, no faltaban mariscos y sopaipillas, para ir luego al cine o al Club Peruano, a conversar con los pocos compatriotas que residían en la ciudad.

El coronel parecía preocupado; además, la proximidad de doña Patricia se había convertido de juguete en cilicio. Resolvió pues, cambiar de residencial y, tras de algunas excusas, se mudó cerca del Palacio de la Moneda.

Semanalmente recibía indirectas noticias de Lima. También, un empleado de la Legación Argentina, le suministraba diarios e informes. Se había unido a un pequeño y casi clandestino grupo de peruanos donde, un ex-obrero, el señor Pujazón, actuaba como relacionador público, desde la época de Billinghurst. En este tiempo, no se habían reanudado las relaciones diplomáticas entre Perú y Chile.

Una noche, recibió una llamada de Valparaíso; era el coronel Calle, su amigo de la Escuela Militar.

—Vengo a hacerle compañía; me han expulsado del Perú; soy un paria.

Al coronel Chaves le hizo gracia eso de “paria” y replicó: —Es usted un honorable exiliado político.

El coronel Calle le entregó una carta, sin firma, del general Alcázar. No podía ser más sigiloso. Al parecer, un grupo de generales pretendía diversas jefaturas y direcciones burocráticas y eso, había creado un clima de hostilidad y desconfianza entre ellos y también con algunos coroneles que, siendo ya tantos, tenían que encontrar un lugar adecuado. Las cosas habían cambiado; antes se buscaban generales para ciertos cargos, hoy se buscaban cargos para ciertos generales.

—Y yo, la primera víctima, he sido pasado al retiro. Cargos para todos..... para mí, sueldo confiscado y una pitanza mísera.

Los críticas palabras del general Alcázar debían ser consideradas como un llamado o como una queja. A través de una

carta del comandante Jaime Chaves, su hijo, se informó de otros pormenores. El comandante pedía consejos al coronel.

—Hemos perdido la batalla sin contarte papá; el asunto presupuestal es definitivo en estos momentos. Los generales ganan como mil; los coroneles como cuatrocientos y, los demás, realmente propinas. El descontento de abajo es muy fuerte. ¡Qué bien hiciste en quedarte como coronel!

El coronel dobló lentamente la misiva filial. Encendió un fósforo, lo aplicó a una de las extremidades y redujo a cenizas la punzante carta.

Al anochecer, se dirigió paso a paso al Correo Central para enviar correspondencia normal, y en su estafeta tenía varias cartas; una de ellas, la de su hijo, dirigida desde New York. ¡Hola! —se dijo el coronel—, ignoraba que Jaime hubiese viajado a los Estados Unidos. En la carta le refería asuntos corrientes, uno de ellos, el del estreno de la primera película hablada musical en colores, titulada **Broadway Melodies**. Jaime se entusiasmaba describiendo aquella maravilla, sobre todo la música y el zapateado de Fred Astaire y Ginger Rogers.

El corazón, súbitamente le palpitó con fuerza: “Broadway Melody”Broadway.....Broadway..Ah sí, una noche, en un café de Champs Elysées, Lola le dijo: ¿Sabes?, el próximo encuentro lo haremos en New York. Ya sé que tú has vivido en “gringolandia”; ya lo sé, pero no había saboreado la ciudad. Yo he leído **Manhattan Transfer**, de John Dos Pasos, Raab, de Waldo Frank; y unos cuentos de O’Henry y de Hemingway; todos ellos hablaban de Broadway. Dicen que es como una gigantesca serpiente; empieza cerca de Chinatown, en el Este y, concluye en el West Side, en Harlem. Cruza toda la ciudad rompiendo perfiles, metiéndose en donde no lo llaman; a veces, en una calle respetable o en un solar de los teatros como cerca del Time Square, que desborda la luz. Yo sueño con Broadway —había dicho Lola—. ¡Qué lindo sueño! ¿Verdad que nos encontraremos allá?

El coronel se pasó la mano por la frente. Nunca lo había inquietado el recuerdo de Lola Vergara; una aventura más. Sin

embargo, aquel nombre de **Broadway Melody** le había revuelto los recuerdos y las sensaciones. Lola Vergara, nada juvenil, nada llamativa pero con "charme"; era alta y cálida como una gata. Solía decir: –Dicen que me parezco a Cecil Sorel y a Felyne Berbist. De ellas tengo algo, un "hit" que no se puede definir. ¿No has leído ese libro de Anita Loos, **Los caballeros las prefieren rubias** pero se casan con las morenas? Estuvo de moda hace poco, léelo.

El coronel, ya en su casa, abrió un pequeño aparador, sacó una botella y un vaso y se sirvió una fuerte ración de whisky; se lo tomó de un solo sorbo que lo hizo toser. Abrió nuevamente la carta. Su hijo le noticiaba de algo triste: el general Alcázar había ingresado al Hospital Militar de San Bartolomé como paciente, con un edema pulmonar.

El coronel, chasqueó los dedos: –Mi amigo, el general, pasa de los ochenta; una bronconeumonía le sería fatal.

Días después, como un rayo, otra noticia: la Bolsa de Nueva York seguía de baja. Y luego otra: el Presidente Leguía había sido derrocado por una conjuración dirigida por un comandante desconocido. Y otra noticia: Leguía estaba encarcelado y enfermo en la Penitenciaría de Lima. Al mes siguiente no llegó nada. Durante noventa días el coronel vivió momentos angustiosos.

Estaba perplejo; él conocía el Ejército y no podía explicarse algunos hechos ni la acción de algunos personajes. Cuando le escribieron que el coronel Castella, edecán del Presidente, era miembro de la Junta de Gobierno que había derrocado a éste, hizo un gesto de repugnancia. ¡No podía ser!, pero era. Luego, otra noticia: otro comandante, a quien conocía y respetaba y que debía haber sido ya coronel, era desalojado de la Junta por tener ideas liberales. Los derrochadores constitucionalistas habían sido sustituidos por partidarios de la vieja plutocracia. No, eso no podía ser.

El coronel escribió a algunos amigos. Le informaron que la Marina mantenía una actitud de rechazo a la plutocracia. Hombres civiles, hasta allí incontaminados con la política, se

mostraban contradictoriamente partidarios de otra dictadura. Aparecían grupos jóvenes de estudiantes provincianos, en actitud rebelde. Por último, el comandante, jefe del derrocamiento de Leguía, fue también derrocado y, su sucesor, convocó a elecciones generales.

Aquello era un laberinto. El coronel Chaves, pensando que podía ser útil aún, decidió regresar al Perú.

Lo hizo como pasajero de segunda clase en un barco italiano, el "Virgilio", rumbo a Nueva York. Allí se embarcó en el "Santa María". Se acercaba el fin del invierno. Una cerrada niebla obligaba a que la bocina del barco ululara con frenesí. No había estrellas en el cielo; la brisa se le colaba al coronel por el cuello, obligándole a usar una gruesa bufanda de campaña.

¿Era tiempo para actuar de nuevo? ¿Tendría capacidad para hacerlo? El coronel Chaves evocó sus días de invierno en Europa y en Estados Unidos; entonces, no tiritaba ni tenía necesidad de pellizas ni bufandas. Le bastaba caminar, caminar y un trago de whisky. Ahora, se estremecía de frío y anhelaba ávidamente, su sol del Perú; el trópico que rejuvenece y revive.

Al fin cruzó el Canal de Panamá. Había terminado el suplicio invernal. Le pareció que volvía a ser joven.

Capítulo XXVII

TOQUE DE SILENCIO

Desde lejos, el coronel, divisó en la lancha de la Capitanía, la silueta maciza y erguida del comandante Jaime Chaves. Llevaba capote de ordenanza; tenía una máuser bajo el brazo; con el otro, se sujetaba al borde de la lancha.

El comandante Chaves subió a trancos las frágiles y mojadadas gradas de la escalerilla de babor. Arriba, pálido, se encontraba el coronel esperando a su hijo. La barbilla lucía algunas hebrillas plateadas; tenía encasquetado un sombrero pequeño de fieltro negro. Los dos hombres se abrazaron sin pronunciar palabra.

El recién llegado tendió la mirada hacia el puerto; le dolió verlo inactivo y era evidente que los efectos del "crack" de Nueva York y, de los bruscos cambios políticos, pesaban sobre el país. En vano su hijo le hablaba y hablaba; el coronel no escuchaba, prestaba atención a sus propios pensamientos. Por fin logró el hijo atraer el interés del coronel.

-Papá, el general Alcázar me pidió varias veces que te comunicaras con él. Se restableció de su pulmonía y volvió a la vida activa. ¡Es un viejo muy trejo! pero, acaba de sufrir otro ataque de no sé qué y no hace sino pedir que le vayas a ver. Doña Esther me ha solicitado que te lo comunique apenas llegaras.

El coronel Chaves se emocionó y, dirigiéndose a su hijo exclamó: -Jaime, desembarquemos pronto; mi equipaje no es

sino un baúl ropero y dos maletas. Y, por favor, me llevas enseguida al Hospital Militar. Presiento que el general está muy grave.

Apenas pisaron el muelle de guerra, el comandante Chaves llamó a un auto del ejército, que lo esperaba, y ordenó: —Vamos directamente al Hospital San Bartolomé.

El automóvil enfiló por la Avenida Sáenz Peña y la carretera del Callao hasta la Plaza Dos de Mayo y cruzó el centro de Lima con toda la rapidez que le permitían los guardias estacionados en casi todas las esquinas.

Llegaron a San Bartolomé y se dirigieron a la habitación del general Alcázar. El Médico Jefe les detuvo:

—Señor coronel, señor comandante, debo advertirles que el general Alcázar murió esta mañana; sus restos serán velados acá por decisión de sus familiares; permítanme guiarles.

Al llegar, vio a Esther, la viuda, y a Carlita. Estaba también una mujer algo apretada de carnes que él no conocía, pero que lloraba desconsoladamente. Esther la miraba con desconfianza.

Luis José llegó un poco más tarde. El coronel besó la mano de Esther y sólo atinó a decir: —Eramos amigos, usted lo sabe; Dios ha querido que mi regreso coincida con su muerte; así podré despedirle. Ella enjugó una lágrima que rodó por su mejilla tiznándola de negro.

Carlita lo saludó cambiada; le pareció que estaba encinta. Luis José se lo confirmó: esperamos un sobrino.

Chiquita estaba casada con el doctor Dicenta, médico de cabecera del general. El comandante Jaime no quitaba los ojos de Chiquita, que estaba realmente hermosa. Chiquita desvió la mirada y se dirigió a Luis José.

El general Alcázar, muy pálido, color de cera, yacía en el ataúd. Lo habían vestido con su uniforme de gala, pantalón rojo con franja negra; frac azul; la banda de la Orden del Sol cubriéndole el pecho. Sobre el ataúd descansaba el sombrero de picos, las charreteras, los guantes y la espada.

Esther, seguía arrodillada orando. Con ella no habían sido

cruelles los años; apenas había engrosado; se mantenía casi esbelta.

El hospital estaba repleto de oficiales uniformados. El general Zuloaga se acercó a la viuda para darle el pésame y dijo:

—El Gobierno del Perú ha otorgado al general Alcázar la Medalla al Mérito; Francia le envía la Cinta de Caballero de la Legión de Honor; recíbalas usted.

Luis José recibió las medallas y esbozó una sonrisa triste.

Terminada la inhumación, un grupo de jefes y oficiales se acercó al coronel Chaves cautamente, y empezaron a formular preguntas. El coronel evitaba dar opiniones y respuestas.

—Acabo de llegar; estamos en el cementerio; hablaremos después.

Su hijo le informó rápidamente: —Hay dos o tres conspiraciones en marcha; todos pretenden ser movimientos institucionales. Yo no he aceptado ningún compromiso; tengo que guardar tu nombre y el mío.

El coronel explicó amargamente:

—Mira, yo sólo he actuado en dos golpes de Estado; uno, institucional y constitucionalista y, el otro, para obligar a que se cumpliera la Constitución y se evitara un choque inútil. No quise continuar en el Servicio cuando me cambiaron y me postergaron intencionalmente. Pedí mi pase al retiro y dejé el lugar para otro que quisiera ser general. Me quedé como coronel pero, hijo, la hora de los generales es un hecho; hay, proporcionalmente, más generales que coroneles. Y eso obliga; ya verás, se nos viene una revuelta de generales y luego, tendremos otra de coroneles; ésta deberá ser la que me proponen. Es tarde ya. Mantén tu independencia; no faltes a tu juramento.

—Por favor, anuncia a la familia Vergara que dentro de siete días vamos a visitarles y expresarles nuestra condolencia.

La idea de visitar a los Alcázar-Vergara implicaba la de acercarse al dulce contacto del recuerdo de Lóía, es decir, de Lola Vergara y de su propio y último juramento en París. De ello no dijo palabra al comandante Jaime, a quien sólo expresó su propósito de rendir homenaje a una antigua amistad.

-Es bueno que digan que el general Alcázar fue un general probo, cortés y fino. Siguió a Cáceres como miembro de su "Ayudantina", en su resistencia serrana al invasor. Peleó en Concepción, Marcavalle, Tanmaytambo y Huamachuco. Fue muy adicto a Leoncio Prado y después, al general Muñiz. Acompañó a Cáceres más tarde, en su Gobierno y en su lucha con Piérola. Sirvió después en la Escuela Militar, en la Escuela de Guerra, en el Parlamento y, finalmente, en el Consejo de Oficiales Generales. De guerrero se había convertido en "Clubmen" y en político. Nadie le acusó de abusos o latrocinios. Era un hombre recto, quizá demasiado ceremonioso a pesar de su mal carácter y de su vozarrón. Sé que él me estimó mucho y, yo le pagué en igual forma. Me presentó a su esposa cuando eran novios; por eso quiero que me acompañes a la visita que haremos a ésta; ojalá sea antes de que se me presente otro viaje.

Pasó la semana. El coronel se entrevistó con una comisión de coroneles y generales, todos resueltos a concretar una conspiración y, a correr más riesgos. No compartía sus decisiones.

El coronel, vestido de gris oscuro, con corbata negra, subió al Chevrolet que lo esperaba. El chofer se llamaba Cayetano y había servido en la 12^o de Infantería.

El coronel abrió la maleta y sacó de ella un libro que guardó en el bolsillo de su chaqueta.

En casa de los Alcázar-Vergara estaba reunida la familia. El coronel advirtió la ausencia de José Pepe quien trabajaba ahora en el Sur. Residía en Mollendo, cerca del mar; había dejado su oficina en Arequipa a causa de que su corazón no soportaba ya la altura.

El coronel observaba a la familia. Esther, resistía con éxito los combates del tiempo. Chiquita parecía como embobada; su marido cuidaba de ella como de una hija. Luis José, con el bigotillo bien cortado, el cabello lustroso, aunque algo canoso y las rayas del pantalón tiesas como si se tratara de un pantalón de lata, atendía puntualmente al diálogo. Desde la pared, presidían la reunión los sobrios retratos de don Juan José y su esposa y, la de don Mariano José y el abuelo general.

El coronel sacó el librito y lo entregó a Esther: –Señora, este libro me fue prestado por.....Lola y, no alcancé a devolvérselo. Guárdelo usted. Chiquita se precipitó sobre el volumen, lo abrazó ávidamente y leyó en voz alta: –Conde de Lautreamont: **Les chants de Maldoror** y luego, con voz trémula: –Esther, Esther, aquí está firmado por Lola, en tinta morada y dice: Lola Vergara, París, y besó la página.

Luis José también cogió el volumen y dijo: –Sí, a Lola le encantaba este libro de Isidoro Ducasse. Decía que era un infierno lírico. Lo comparaba con uno del poeta Rimbaud.

El coronel, poniéndose de pie, exclamó: –Sé que hoy es aniversario de la señorita Lola. Pensaba ir al cementerio y dejar unas flores en su sepulcro. Tengo un automóvil en la puerta; le quedaría muy agradecido si quisieran hacerme el honor de acompañarme en esta acción.

Esther dijo: –Acepto– y se sonó la nariz. El esposo de Chiquita exclamó: –Nosotros aceptaríamos también pero estimo que debo evitar a mi señora ciertas emociones por el bien del niño–. Chiquita reiteró: –Acepto coronel; yo voy porque quiero ponerle también flores a Lola–. Luis José dijo a su vez: –Lo acompaño y le agradezco coronel esta fineza.

Todos habían enronquecido.

En el cementerio, el coronel se adelantó guiado por un empleado del panteón y colgó del nicho una corona de siemprevivas; luego, se mantuvo silencioso con la cabeza inclinada. Chiquita, que había comprado un ramo de crisantemos, soltó el llanto. Todos tenían los ojos nublados por las lágrimas.

Subieron al automóvil y permanecieron silenciosos en todo el trayecto. Al llegar a la casa de los Alcázar-Vergara, el coronel fue el primero en descender del auto. Esther le dijo:

–Por favor, pase usted; acompañenos un rato. El coronel se negó cortésmente: –Si usted me lo permite, volveré otro día.

Después, dijo al marido de Chiquita: –Doctor, que nadie lo sepa, no me siento bien; estoy sudando frío, creo que estoy mal. No llamen a mi hijo. Por favor, acompañenme al auto.

El marido de Chiquita lo acompañó hasta la casa de Jaime.

Chiquita, curiosa como siempre, ordenaba los libros mientras su marido examinaba al viejo coronel. De pronto, dio un grito. Detrás de los libros había un retrato de Lola.

–Coronel, coronel, ¿dónde se tomó este retrato de Lola?

El viejo coronel respondió en voz baja: –Fue en Versalles, un día de sol... cuando el Señor acabe conmigo, el retrato será tuyo.

Chiquita le dio un beso en la mejilla. Sobraban las palabras.

Capítulo XXVIII

LAS ESTRELLAS NOS MIRARON

La víspera de la entrega de los galones, charreteras y demás emblemas y signos de coronel al nuevo graduado, Jaime Chaves, su padre, el coronel Julio César Chaves, le había dicho:

—Perdona, hijo, yo no voy a asistir a la ceremonia, pero te esperaré en mi departamento o, iré a tu casa si me invitas para celebrarte. Tú sabes que soy un lobo solitario y temo suceda algo inconveniente, de puro torpe que soy.

El flamante coronel Jaime Chaves abrazó a su padre y le dijo:

—La ceremonia será en la Escuela Militar. Me gustaría buscarte apenas termine el festejo.

—Yo iré a buscarte a tu casa, o ve tú a Miraflores, si demoras en la celebración.

Se atravesaron entre ellos la esposa del nuevo coronel y sus hijos. El coronel Chaves, vestido de civil, se alejó pausadamente, con su paso acompasado y mirando a través de sus anteojos.

Después de un rato, llegó a la estación del tranvía de Chorrillos, subió a uno de los vehículos, desplegó el diario que había comprado y revisándolo, esperó que el timbrado del conductor indicase al motorista la orden de partir.

El diario traía noticias de los últimos sucesos europeos; algunos de Estados Unidos y, unos pocos, de las provincias. Entre los referentes a la ciudad, estaba la lista de los ascensos militares y, desde luego, el del comandante Jaime Chaves al

grado de coronel. Había una reseña de sus logros castrenses y una elogiosa mención de su padre, el coronel Julio César Chaves.

El tranvía corrió con rapidez pero con pronunciado estremecimiento de izquierda a derecha, y tantos, que el coronel se quedó dormido y sólo despertó cuando el revisor, tocándole el hombro, le pidió su boleto a Chorrillos.

—Yo voy a Miraflores.

—Disculpe el señor —sonrió el revisor— ya lo pasamos; estamos en Barranco, camino a Chorrillos.

El coronel sacudió la cabeza: sacó su billetera y pagó el nuevo boleto.

Cruzaba la Plaza Grau para embocar a la Avenida de Chorrillos. El coronel miró por la ventanilla. A un lado, el Chalet, colegio campestre de las monjas de Belén y junto, la hermosa casa de los Lavalle (Vista Alegre). Al detenerse el tranvía en el paradero de la Escuela Militar, el coronel tuvo la tonta ilusión de descender pero, se miró y comprobó que no estaba vestido para la ceremonia; se arregló el sombrero y volvió a agarrar el diario.

Bajó del tranvía en una esquina. Antes del último paradero y, a grandes zancadas, se dirigió hacia el Malecón. Era un día soleado pero fresco. El mar se mecía suavemente; pequeños tumbos, con leves coronas de espuma, morían en la playa pedregosa. El coronel recorrió el malecón de un extremo a otro. Miró el mar; a lo lejos, dos barcos pescaban con sus velas latinas desplegadas; navegaban lentamente o esperaban, recogiendo o tendiendo redes.

El coronel se dejó caer en una banca del Malecón; se quitó el sombrero y se hundió en una larga meditación.

Unos niños pasaron a la carrera trepados en sus velocípedos. El coronel miró el reloj; había empezado la tarde y sentía un poco de hambre. Regresó por donde había llegado; subió a un tranvía que se dirigía a Lima; la ceremonia de la Escuela Militar parecía no haber concluido.

Descendió en Miraflores encaminándose a la Calle Schell,

donde había alquilado un pequeño chalet. Entró y se tendió en el sofá. Aquella calle le recordaba tantas cosas distantes. Se llamaba así porque uno de los fundadores de Miraflores, el señor Schell, había construido allí una especie de quinta, en la que, cuando los chilenos desembarcaron al Norte de Chorrillos, instaló su cuartel el Jefe Supremo, el pequeño y peligroso Nicolás de Piérola, resuelto a defender Lima, a su manera.

El coronel, entonces un adolescente de quince o dieciséis años, todavía alumno de Secundaria, sentó plaza como reservista, para lo cual se escapó de su casa.

Le dieron un fusil "Chassepot" y, por error, balas "Malincher" que no servían para otra cosa que para aumentar el peso del arma. Dos días a la semana hacían ejercicios en La Alameda de los Descalzos. Los jefes eran civiles, abogados, médicos, comerciantes. Como todo adolescente, Julio César Chaves era alto y fuerte; lo hicieron cabo.

El 13 de enero de 1881, fue un día terrible. Chorrillos estaba siendo saqueado e incendiado. Desde Miraflores se veían las llamaradas que teñían de rojo el cielo. Julio César sintió un sordo calofrío y un acre sabor de hiel en la boca. Dos días después, en uno de los improvisados reductos que debían defender a Lima, esperó en vano la orden de atacar; mientras otros sectores recibían el asalto feroz de los invasores, el suyo no supo sino que era preciso esperar con los cañones y los fusiles fríos. Fue una horrible experiencia. Desde entonces, cuando estaba en Lima, prefería residir en Miraflores y, en el viejo sector de las calles de Porta y Schell.

* * *

El coronel había bebido un vaso de cerveza y devorado una butifarra. Sonó el teléfono.

—Aló, aló. Soy un coronel destronado. No, no pueden aguantar dos coroneles Chaves en el Ejército. Ya no usan el uniforme pero admiran el tuyo. ¿Qué?. Claro que te espero..... los espero.... vengan.

El coronel Chaves, el ex-coronel Chaves, comenzó a arreglar la pequeña sala. Se detuvo a enderezar una foto de su padre, que pendía de la pared. La campanilla de la puerta vibró con insistencia. El coronel fue a abrir. Dos chiquillos gritaban y, como enloquecidos, entraron a la carrera..... le abrazaron las piernas y se le treparon al cuello.

–Tata, tata, ya tenemos coronel ¡Vivan los Chaves! ¡Viva el Perú!

El coronel Jaime, de uniforme y un poco congestionado, cogiendo del brazo a Bertha, su esposa, esperó que sus hijos dejaran libre a su padre y lo estrechó, casi con violencia, entre sus brazos.

–Papá, gracias por todo. Traté de invitarte. Bertha besó a su suegro llorando de alegría.

El coronel Chaves, casi balbuceante, acariciaba a su hijo y a su esposa. Sólo atinó a decir, con voz ronca, pero con los ojos secos:

–Hijo.....coronel Chaves, te felicito..... Yo he sido y soy un lobo solitario pero, ahora, parece que me traiciona también la soledad..... Vamos a tomarnos un trago por tu grado....y no me imites; si te lo ofrecen mañana, acepta, deja que te asciendan a general.

INDICE

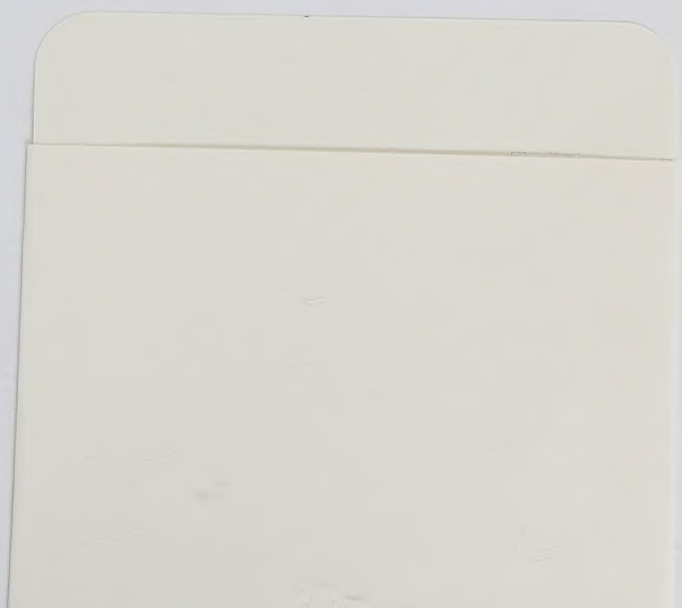
El coronel	5
Oro y gualda	9
El peligro de las masas	13
Los coroneles y el general	19
Estrategias y amores	23
Los generales también mueren en la cama	33
Sin dudas ni murmuraciones	39
El gran viaje	45
Patria, feroz y sanguinario mito	51
La tela de Penélope	57
El señor coronel es importante	65
Lo que nunca falta	71
Pegaso y Rocinante	75
Ultimatum	81
La vida comienza cada día	87
Asoman los generales	93
La ausencia curativa	97
La Pere victoire	101
Nuevos amores	105
La calle ardía de "vivas"	113

Tribulaciones y deudas	119
Otra vez el destino	123
La hora de la verdad	129
La Lola se fue del puerto	135
La implacable Némesis	139
Similitudes	145
Toque de silencio	151
Las estrellas nos miraron	157

000070



3 9001 02933 8947



Como en *Los señores*, esta novela se teje en torno de una casa familiar, ubicada en el centro de Lima: la casa del viudo y prestigioso coronel Vergara. A ella concurren otros coroneles, más jóvenes y activos, atraídos por su magisterio y por sus hijas: Esther, sensata y reposada; Lola, apasionada y trágica.

El otro escenario de la acción es Palacio de Gobierno. Estamos en la segunda década del siglo, en un tiempo de conspiraciones y de golpes de Estado. El amor y la política, pues. La vida privada y la pública que se entrelazan. La historia nacional y las historias personales.

A ambas nos acerca este libro donde la imaginación y la memoria confluyen para revivir tiempos idos y en el que conviven personajes reales y ficticios. Con sencillez, con amenidad, con levedad y con gracia Luis Alberto Sánchez nos traslada en estas páginas a una Lima de la que no queda casi ya ni la nostalgia, pero que su cálida evocación nos hace sentir entrañablemente nuestra.